

conectoriumseries



ALABANZA Y
MENOSPRECIO
DE LA LIBERTAD
Y LA DEMOCRACIA

voltaire
repplier
russell
arendt
orwell
brodie
taleb
et al.

1

una serie de conectorium;

ALABANZA Y MENOSPRECIO DE LA LIBERTAD Y LA DEMOCRACIA

 una serie de conectorium;

con ensayos de:

Voltaire

George Orwell

Hannah Arendt

Agnes Repplier

Bertrand Russell

Benjamin C. Brodie

Nassim Nicholas Taleb

y otros extractos

compilación, contextos y traducciones:

Julio Antelo Reimers

ÍNDICE

Contexto del libro

Contexto condensado: Taleb, centralismo y autonomía

Nassim Nicholas Taleb: Un choque entre dos sistemas

Contexto condensado: Orwell y la censura

George Orwell: La libertad de prensa

Contexto condensado: Russell y la propaganda

Bertrand Russell: El librepensamiento y la propaganda

Contexto condensado: Russell, los sesgos y la censura

Contexto condensado: Arendt, «liberty» y «freedom»

Hannah Arendt: ¿Qué es la libertad?

Contexto condensado: Orwell y el nacionalismo

George Orwell: Notas sobre el nacionalismo

Contexto condensado: Voltaire y la epidemia de siempre

Voltaire: Fanatismo

Contexto condensado: Brodie y la psicología de la epidemia
Benjamin C. Brodie: La influencia de entusiastas y fanáticos

Contexto condensado: Repplier y la opinología
Agnes Repplier: Opiniones

Condensados sin contexto:

- J. S. Mill: sobre la libertad (política)
- Epicteto: sobre la libertad (individual)
- John Gray: libertad o rebaño
- Nietzsche: libertad y soledad vs. rebaño
- Doris Lessing: mentalidad de rebaño
- Concepción Arenal: educación para evitar la rebañez
- Edward A. Ross: tecnología y rebaño
- Alexandre Deleyre: rebaño, fanatismo y libertad

Publicado primero en versión web/newsletter:

conectorium.com/alabanza-y-menosprecio-de-la-libertad-y-la-democracia/

CONNECTORIUM, 2024

ISBN: 978-99974-19-47-7

CONTEXTO DEL LIBRO

Los cursos de «escritura creativa» y «marketing viral» tienen en común que recomiendan empezar siempre con un «gancho». Como este es un libro de historia, política y filosofía, es un libro aburrido: entonces vale la pena comenzar mostrando una actriz porno. Mejor si es una de las más famosas.

Mia Khalifa nació en el Líbano, en el seno de una familia católica muy conservadora que huyó en 2001 a los Estados Unidos por culpa de acciones militares de Israel. *Fast forward* al 7 de octubre de 2023, y vemos Khalifa apoyando las acciones de Hamás en Israel, un grupo islámico ultraconservador y totalitario que no dudaría en apedrearla si ella viviera en Gaza. A esta licenciada en Historia no le importó haber sido amenazada en el pasado por musulmanes dada su profesión, y *Playboy* la despidió por sus comentarios en Twitter.

No fue el único trabajo que perdió ni fue la única celebridad atacada. Pero al menos conoce el tema y la región; no como Justin Bieber, que compartió la frase «*Pray for Israel*» sobre una foto de Gaza recién bombardeada. Tampoco fue la única en quedarse sin trabajo por sus mensajes pro-Palestina. Los países en los que la libertad de expresión es un pilar, los supuestos abanderados de la lucha mundial en pro de la democracia y la libertad, también fueron los líderes en «cancelaciones». En los Estados Unidos y Europa se despidió a parlamentarios y trabajadores, sobre todo en empresas de tecnología, rubros en los que el lobby judío tiene bastante peso.

En Alemania, en cambio, lo que pasó fue porque todavía están traumatados por lo que hicieron. Suspendieron la entrega de dos premios literarios distintos, uno a una autora palestina y el otro a una autora rusa de origen judío, quienes habían escrito, por separado, sobre abusos del Estado de Israel: los premiadores temían ser etiquetados como «antisemitas». Ahora mismo, cualquier crítica que hagás del gobierno de Israel es «antisemitismo», ellos no cometen errores. Como son un pueblo que ha sufrido mucho, su gobierno cree que por eso tienen todo el derecho de causar a otro pueblo las mismas heridas que sufrieron, pero esto, por supuesto, «no se dice». Sobre todo en el país que les causó el peor de los sufrimientos imaginables, donde varios futbolistas fueron suspendidos por postear en *sus redes personales* mensajes pro-palestinos.

Uno de los premios cancelados se llama «Hannah Arendt», gran defensora de la libertad que estaría escribiendo en contra del autoritarismo del gobierno del que pudo haber sido su país. Si no me creés, leé la carta que firmó, junto con Einstein y otros casi treinta judíos que vivían en USA, contra la visita de Menájem Beguín, jefe del grupo paramilitar Irgún, el cual, durante la guerra de independencia, masacró pueblos palestinos enteros. Cuando se creó el nuevo Estado, convirtió su grupo en partido político —llamado, valga la ironía, *Libertad*—, y buscó la presidencia y se fue de gira. Casi treinta años después, este ex-terrorista fue presidente de Israel. Y luego le otorgaron el Premio Nobel de la Paz por firmar los acuerdos de paz con Egipto. No es el único ex-terrorista en llegar al poder ni en recibir el Nobel de la Paz.

En Occidente todo es posible, no como en Turquía, que olvida (o que olvidamos) su occidentalismo, y donde al futbolista que dedicó un gol a los rehenes judíos lo metieron preso. En

Occidente, si estás del lado correcto, podés decir lo que querás. Podés atacar la falta de amor al prójimo del cristianismo radical en un video, y el cristianismo radical puede responderte, en nombre del Dios del Amor, con amenazas de muerte. Y recordemos lo que dijo un congresista de los Estados Unidos sobre los palestinos, mientras lo filmaban, sin ningún miedo a perder su trabajo ni a ningún *cancel culture*: “*I think we should kill them all*”. Así se hablaba de los judíos hace 90 años.

Pero estoy criticando mucho mi casa y mi cultura, costumbre ahora mismo de varios propagandistas de Rusia y su guerra; es curioso que, cuando Putin ofreció nacionalidad a todos los que se enlisten en su ejército, ninguno de éstos se anotó. No veo a los conservadores de derecha que dicen que todo está mal en Occidente ahorrando en rublos o yenes, ni mandando a sus hijos a la universidad en China ni Rusia. Tampoco veo a los progresistas de izquierda nadando de Miami a Cuba, ni mudándose a Venezuela, ni siquiera a China, un país que se ve líndisimo y modernísimo y vigiladísimo. A ver, en Occidente también somos (muy) monitoreados, pero por lo menos puedo quejarme de esto. Y de los presidentes y primeros ministros, y de sus políticas. En Irán, Rusia, China, Nicaragua, Venezuela, Arabia y el resto de los autoritarios, el pensamiento crítico se paga con la cárcel, el exilio, o la vida. El problema es que, con nuestros idealismos y fanatismos, y la brecha cada vez más abierta de la polarización política, estamos invitando a un retorno de los autoritarismos.

Entre la censura de los supuestos puritanos y los que se creen con superioridad moral, y el hartazgo de los que están cansados de los abusos de los gobiernos y de que los gobernantes ahora sean payasos —que saben el arte ganar elecciones y llamar la atención en vez del arte de gobernar—, el riesgo es

perder la democracia, que así como la conocemos es nueva, no tiene ni 250 años, y no hace ni 70 que es realmente inclusiva, y apenas han pasado 100 años desde que algunas mujeres pudieron votar. Pero no estamos aquí para aleccionar. Dejemos el circo para la democracia y la política, y sigamos nosotros con el show de las contradicciones.

Uno de los casos más llamativos es el de colectivos lgbtqi+ defendiendo a Hamás, un movimiento que prohíbe y castiga con prisión o muerte la homosexualidad. ¿Por qué lo hicieron? Porque algunos «pensadores» dijeron que entre «izquierdas» se tienen que apoyar.

Ha sido impactante ver en las protestas pro-Palestina, que las hubo multitudinarias en todas partes del mundo, banderas con esvásticas nazi. El antisemitismo, siempre que encuentra la oportunidad, muestra su cara; aunque sus simpatizantes suelen hacerlo escondiendo la cara con capuchas. Excepto en Roma, donde cientos de manifestantes se reunieron frente al antiguo comando central del partido fascista e hicieron el famoso saludo con el brazo extendido. Si vas a Roma vas a ver que a los romanos no les importa nada. No tienen ninguno de los complejos de los alemanes, para quienes cualquier expresión fascista, si te pillan, se paga con un poco de plata y cárcel.

Entre las contradicciones de los antisemitas, es curioso ver cómo te juran que los judíos tienen un complot para dominar el mundo. Al final, ¿cómo es, son inferiores o superiores?

Los que son inferiores, con seguridad, son los inseguros que se dejan llevar por el espíritu de la muchedumbre para hacer pogromos. Para muchos ha sido un shock ver pogromos en pleno siglo 21, porque al parecer ya deberíamos estar curados y ser muy civilizados, ya deberíamos haber llegado al «fin de la historia», como si las peores guerras y atrocidades no fueran

las que hicimos hace muy poco tiempo. La realidad es que, a medida que avanza la tecnología, también avanzan las herramientas para oprimir y dañar, y siempre van a haber locos con ganas de oprimir y hacer daño y empernarse en el poder.

¿Qué te puedo decir de esos locos? ¿Que no importa del lado que estén, usan la misma retórica? ¿Que los líderes de Hamás e Israel, ambos buscaban tener al pueblo palestino dividido y radicalizado porque convenía a sus intereses, y que esto lo han admitido públicamente? ¿Que las excusas para invadir Ucrania ya se han usado en un montón de guerras antes, durante siglos?

Del abuso de poder, que ha existido siempre, lo mejor que se puede decir es precisamente eso: *ha existido siempre*. Todas las épocas tienen gente que atiza y se aprovecha de nacionalismos y fanatismos, que los hay en todos los tiempos, así como hay epidemias de opinión. Y lo único que podemos hacer como individuos es tratar de no ser presas, de no caer presos. Darnos cuenta de que, de un lado y del otro, la retórica y los pecados son los mismos. Y mejor si podemos ser libres para hacer y decir lo que realmente pensamos, sin miedo a presiones económicas ni estatales. Y estar atentos al trabajo de la propaganda.

Desde la pandemia, pasando por Ucrania, hasta Gaza, hemos visto el trabajo de la propaganda política en su punto más alto desde la Segunda Guerra Mundial. «Desinformación», *fake news* y ahora *deepfakes*, que no son más que formas políticamente correctas de decir «mentira», pero sin ofender al acusado. Absolutamente todo ha sido utilizado para el debate. Se politizó hasta el uso de barbijos: no hay que tener más de dos dedos de frente para darte cuenta de que ponerte un pedazo de tela en la boca disminuye tus posibilidades de contagiar y contagiarte; pero, sin embargo, esto se convirtió en símbolo de

opresión: algunos lo usaron para taparnos la boca, otros lo sintieron como un bozal. Y hay personas que gustan tanto de los bozales que manejaban en su vehículo solas, con los vidrios arriba, el aire acondicionado encendido... y con el barbijo puesto. La narrativa tiene el poder de convencerte de hacer cualquier cosa en modo automático.

Los abusos de los gobiernos en la pandemia y su completa falta de sentido común, así como de las personas con un mínimo de poder, serán tema de estudio. Tengo un amigo que vive en un departamento; lógicamente, tenía que sacar a pasear a su perrita todos los días; un día la policía lo llevó preso y lo encerró en una celdita repleta de gente... porque no estaba respetando el «distanciamiento social». Personas que dormían juntas eran obligadas a sentarse separadas mientras esperaban algún trámite en el banco o la oficina pública, incapaces algunos de ellos de digitalizar las solicitudes más sencillas.

Entre las maravillas de la pandemia está el esparcimiento del miedo — y de las citas de autores falsas o sacadas de contexto. Gente compartiendo frases de Dostoyevski que no eran suyas, y conspiracionistas compartiendo frases de George Orwell que fueron redactadas precisamente para prevenir a la sociedad de fanáticos como ellos. Capitalistas citando a Adam Smith para justificar su egocentrismo, dejando en claro que no leyeron ni un capítulo de su *Teoría de los sentimientos morales*; y comunistas que no abrieron las puertas de sus propiedades privadas y que reclamaron el cierre de las fronteras.

En los últimos años hemos visto gente «pro-vida» protestando con armas semiautomáticas cargadas al hombro. Gente «pro-libertad» tildando de fascista a cualquiera que no piense lo mismo que ellos — o *elles*. Porque hemos visto feministas que te gritan que digás «*niñes*», pero se niegan a decir «*feministes*», y a

luchar en la guerra; y para defender a su género han llegado al punto de afirmar que su género no es una creación de la *madre* Naturaleza sino un invento del *hombre*. Hemos visto progresistas oponiéndose al progreso, y liberales oponiéndose a la libertad. Gente cargando gasolina al auto para ir a la protesta contra la industria petrolera. *Influencers* que no usan nunca las marcas que promocionan. Ya no tan jóvenes «buscándose a sí mismos» de fiesta en fiesta. Veganos predicando la paz con *todos* los animales mientras agreden a sus hermanos humanos. Gente que dice «amo a los animales» mientras se come «un buen pedazo de carne». Y religiosos que dicen que aman a los niños, pero su amor es también hambre carnal.

Somos *walking contradictions*, como lo cantaron Green Day y Whitman; lo vivieron en carne propia Unamuno y Lugones, que vieron a federalistas pidiendo que su ciudad sea la capital de un nuevo Estado, como vemos de nuevo ahora. Y ahora vemos anarco-capitalistas llorando por *una sola* moneda mundial. Libertarios pidiendo que el Estado «rescate» a su banco. Y anarquistas en modo «que venga alguien y ponga orden». Socialistas rogando que se liberen las exportaciones al sector privado. Occidentales defendiendo la invasión rusa, diciendo que se hizo para defenderse «del avance de la OTAN» y luego afirmando que la OTAN ya no tiene poder militar ni político. Al final, ¿es o no poderosa?

Como esos fanáticos que vemos apedreando a los jugadores de su propio equipo, hay occidentales libres atacando su cultura y alabando regímenes autoritarios donde la censura es la ley y su libertad no existe. En Occidente, en cambio, la censura es social, y provoca igual miedo. Si no lo creés, mirá el caso de los ingenieros de Google que crearon una inteligencia artificial

que se rehusa a ilustrar «*white people*» e ilustra a los Papas como mujeres.

Todos somos papistas de algo. Acordate de esos que se juran ateos, pero son, como dijo un amigo, “cristianos, pero del crossfit”. El humano necesita una Iglesia, una comunidad, una tribu donde sentirse seguro y abrazado: a falta de religiones institucionalizadas, que en Occidente las andamos desechando, nos volvemos fanáticos de otra cosa; a veces, de *cualquier cosa*.

Pero llega el momento en el que “todo idealismo es mentira frente a lo necesario”, como escribió Nietzsche¹. El momento en el que uno se tiene que tragar sus palabras porque la realidad te obliga («nunca hay que escupir para arriba», dicen los sabios), el momento en el que uno termina haciendo lo que criticaba, en el que se comporta igual o peor que «el otro». Aunque, lamentablemente, a veces ni siquiera eso es suficiente para arrancarlo a uno de sus prisiones; como dijo Voltaire: “es muy difícil liberar a los necios de las cadenas que veneran”².

De eso se trata este viaje, de conocer nuestras cadenas, saber que las tenemos, ver los riesgos de tenerlas y aceptar la realidad para intentar adaptarnos a ella. Porque el fanatismo y los idealismos son destructores de la democracia y la libertad.

El objetivo de este libro es ayudarnos a recuperar la libertad de opinión y la política — o, por lo menos, la ilusión.

No te puedo prometer un viaje sin sacudones.

¹ *Ecce Homo, ¿Por qué soy tan inteligente?*, 10 (1888).

² “*Il est bien malaisé (puisqu’il faut enfin m’expliquer) d’ôter à des insensés des chaînes qu’ils révèrent*”. *Le Dîner du Comte de Boulainvilliers* (1767).

Más contexto

A continuación, textos de escritores que trataron esta problemática con mucho, mucho tino.

Todas las traducciones son nuevas, exclusivas y las primeras al voseo; algunas incluso son las primeras al español.

Uso comillas latinas «para repetir lo que se dice»; inglesas para citas textuales y evitar *misquotations* (como dijo Cortázar, “citar es citarse”). Entre lo que escribe uno, lo que traduzco y lo que entendés, ojalá que muy poco quede *lost in translation*. Y *sorry* por algunos extranjerismos, pero hay cosas intraducibles.

Debemos el título a Natalia Ginzburg y su ensayo *Alabanza y Menosprecio de Inglaterra* — en realidad, a Jesús López Pacheco, que tradujo “*elogio e compianto*” como “alabanza y menosprecio” en vez de “elogio y lamento”, en lo que puede haber sido un guiño literario o una elección estética (o no).

Sobre la estética de la tapa: *La libertad guiando al pueblo* es una pintura de Eugène Delacroix en homenaje al levantamiento del pueblo parisino en julio de 1830 contra Carlos X, quien intentó suprimir el parlamento porque no gustó de los resultados electorales, y quiso limitar la libertad de expresión, de prensa y el derecho al voto; en fin, empernarse en el poder. Esta revolución marcó su caída, y aunque no tuvo un gran líder visible, Delacroix notó que fue la Libertad. Tuvo el acierto de pintarla liderando, pero también pisando a sus muertos y siendo ella misma idolatrada.

Gracias

Conectorium no podría existir sin el apoyo constante, incondicional e invaluable de Arell, Karen, Pablo, Tonchi, Pablo, Leonardo y Tatiana. Y esta serie no podría haber sido impresa sin la inversión de Vivian, Gustavo y Roxana. Tampoco sin el soporte de Laura, Diego, Walter, Matías y Andrés; ni sin el aporte de Jessica, Egon, Steve, Micaela, Cecilia y Rodrigo.

A excepción de un par, todos los autores que vas a leer ya no están vivos, la mayoría hace un buen tiempo; pero sus escritos los hacen sentir, no sólo contemporáneos, sino cercanos. Hay que agradecerles por compartir lo que compartieron — y al hecho de que están disponibles en el dominio público.

Los derechos para reproducir a Hannah Arendt los administra Penguin Random House. George Orwell aparece aquí con aprobación de su ejecutor literario (de la agencia AM Heath).

Al profesor Nassim Nicholas Taleb: gracias por el permiso para traducir y reproducir su ensayo, primero en la página web y el *newsletter* de Conectorium(.com), y luego para imprimirlo aquí. Y, también, por supuesto, por su cacería contra el *bullshit*.

CONTEXTO CONDENSADO

Nassim Nicholas Taleb y la lucha entre centralismo y autonomía

Empezamos viendo en la práctica los riesgos que enfrentamos hoy. Este artículo se publicó el 19 de abril de 2022, a pocos días de que la invasión rusa de Ucrania cumpla dos meses.

Aunque la campaña había empezado ocho años antes. El 24 de febrero de 2014, en pleno Euromaidán, cuando los ucranianos protestaban contra su gobierno y días después de que su presidente Yanukóvich se haya dado a la fuga y se haya emitido una orden de aprensión, en Sebastopol, Crimea, manifestantes deponían al alcalde nombrado por la Rada Suprema (parlamento de Ucrania) para poner en el cargo a un ruso étnico. Ese día Rusia inició maniobras militares en la frontera, y tres semanas después firmó la anexión de la nueva República de Crimea a la Federación de Rusia. El 24 de febrero de 2022 Putin puso en marcha la más reciente de sus ofensivas. Dos años después se habla, por un lado, de un posible acuerdo: la guerra está estancada hace meses, Rusia controla cerca del 18% de los 603.628 km² que tiene (o tenía) Ucrania. Por otro lado, se leen titulares en diarios alemanes que dicen que Polonia se alista para una invasión. Polonia es miembro de la Unión Europea y la OTAN —lo que obligaría a entrar en la guerra a sus aliados—, algo que los ucranianos querían para sí mismos; por eso las protestas del Euromaidán, y por eso, su-

puestamente, la invasión rusa. Pero si Putin quería detener el «avance» de la OTAN, ha logrado lo contrario: desde la invasión, Finlandia ingresó a la organización, Suecia está a un paso, varios países han expresado sus ganas, y Ucrania ya está negociando su acceso a la UE.

Pero volvamos a nuestra lectura. A las pocas semanas del inicio del conflicto, Nassim Nicholas Taleb tuvo una conversación con la periodista Laetitia Strauch-Bonart; sus comentarios se publicaron el 19 de abril en el semanario francés *l'Express*, y Taleb publicó su propia versión en forma de ensayo en su blog en Medium llamado *Incerto*, el mismo nombre del paraguas bajo el que abriga todas sus obras. La descripción del ensayo dice:

“La guerra en Ucrania es un enfrentamiento entre dos sistemas: uno moderno, legalista, descentralizado y con muchas cabezas; otro arcaico, nacionalista, centralizado y monocéfalo”.

Sobre el autor: nació en Amiún, Líbano, el 11/09/1960. Su *official bio* dice que también tiene nacionalidad estadounidense, y agrega: “*Greek-Orthodox Antiochian Greek ethnoreligious group*”. Y es que uno de sus hobbies es el estudio de etnias (sobre todo en la zona del Levante), la filología y los idiomas: entiende más de diez. Adolescente cuando estalló la Guerra Civil del Líbano, estudió Matemáticas en París. Sigue siendo un apasionado por las matemáticas; tanto, que luego de usarlas en su trabajo durante 21 años como *trader*, ahora las ha incorporado a su trabajo filosófico. Tiene publicados más de setenta *papers* técnicos como «*backup*» de su *Incerto*, “un ensayo multi-volumen que cubre amplias facetas de la incertidumbre” —su obsesión es la probabilidad— y que incluye los libros: *The Black Swan*, *Fooled by Randomness*, *Antifragile*, y *Skin in the Game*. Ha sido traducido a 50

idiomas, y sus obras son tan populares que los títulos se han convertido en términos con vida propia. Se considera un «empirista escéptico»: cree que científicos y financieros sobrestiman el valor de las explicaciones racionales y que infravaloran el peso de la aleatoriedad. Considera que el pasado no puede usarse para predecir el futuro: desprecia la futurología. En realidad, desprecia la charlatanería. A los *bullshit vendors* los insulta y los señala con nombre y apellido. Por eso se estrella incluso contra el mundo académico, que conoce desde adentro: tiene MBA, PhD y es profesor en NYU. Pero dice que quiere ser recordado como un erudito, y su mayor orgullo es haber podido conseguir el tiempo para dedicarse al conocimiento. Para saber más de él, sus ideas y su trabajo, podés darte una vuelta por las vueltas de su cabeza en fooledbyrandomness.com.

Algunas notas extras para esta lectura:

- 1) Los mongoles conquistaron el territorio de la Rus de Kiev, hoy parte de Ucrania, en 1223; lo dominaron por poco más de dos siglos.
- 2) Talasocrático = poder marítimo.
- 3) No traduzco *handwaving*, que es la forma de describir ese gesto que hacemos cuando movemos la mano para expresar que algo no tiene importancia.
- 4) «Reificación» quiere decir «transformar la idea abstracta en objeto o cosa real».

NASSIM NICHOLAS TALEB:

Un choque entre dos sistemas

Nacionalismo ofensivo vs. defensivo

Este conflicto muestra una confusión dañina, entre los rusos y sus partidarios, entre el Estado como nación en el sentido étnico y el Estado como entidad administrativa.

Un Estado que quiere basar su legitimidad en la unidad cultural debe ser pequeño, de lo contrario está condenado a encontrarse con la hostilidad de otros. Un ciudadano suizo francófono, aunque culturalmente ligado a su lenguaje, no aspira a pertenecer a Francia, y Francia no trata de invadir la parte suiza que habla francés bajo este pretexto. Además, las identidades nacionales pueden cambiar rápidamente: los belgas francófonos tienen una identidad diferente de los franceses. La misma Francia pasó por una operación de colonialismo interno para destruir Provenza, Languedoc, Picard, Saboya, Bretaña y otras culturas, y erradicar sus lenguajes en favor de una identidad centralizada. La nacionalidad no está nunca definida ni fijada; la administración sí.

La unidad cultural puede tener sentido, pero solo en la forma de algo reducido, como la ciudad-estado; y yo iría incluso más allá como para decir que el Estado sólo funciona bien de esta manera. En este caso, el nacionalismo es defensivo —catalán, vasco o cristiano-libanés—, pero en el caso de un Estado grande como Rusia, el nacionalismo se convierte en ofensivo.

Nótese que durante la *Pax Romana* o la *Pax Otomana*, no había estados grandes, sino ciudades-estado reunidas en un imperio cuyo rol era distante. Pero hay imperios relajados e imperios rígidos del tipo Estado-nación, estos últimos representados por Rusia.

Coordinación para protegerse de mafiosos

Hay ahora dos modelos imperiales: o uno pesado, como el de Rusia, o una coordinación de Estados, como el de la OTAN. Vamos a ver cuál emerge victorioso del conflicto actual. Esta guerra no sólo enfrenta a Ucrania y Rusia, sino que es una confrontación entre dos sistemas: uno moderno, legalista, descentralizado y multicéfalo; el otro arcaico, nacionalista, centralizado y monocéfalo. Ucrania quiere pertenecer al sistema liberal: aunque habla una lengua eslava, como Polonia, quiere ser parte de Occidente.

¿Qué es lo que llamamos Occidente?

Lo que nosotros llamamos «Occidente» no es una entidad espiritual, sino, ante todo, un sistema administrativo. No es un ensamble etno-geográfico, sino un sistema legal e institucional: incluye a Japón, Corea del Sur y Taiwán [que están en el Oriente]. *Mezcla el mundo talasocrático fenicio, basado en el comercio en red, y el de Adam Smith, basado en los derechos individuales y la libertad para negociar, bajo el condicionamiento del progreso social.* En los Estados Unidos, la diferencia entre Demócratas y Republicanos es mínima vista desde un siglo diferente. Ambos lados quieren progreso social, pero a diferentes ritmos de crecimiento.

Por el otro lado, el nacionalismo requiere un Estado centralizado y todopoderoso —o peor aún, hegeliano—, uno que haga una curación de la vida cultural para deshierbar las variaciones individuales.

El nacionalismo es generalmente conectado a una dimensión espiritual — representado en el Patriarca de Moscú a través del modelo ruso-eslavo-ortodoxo, lo que me horroriza como ortodoxo que soy. Además, esta supuesta proximidad entre Ucrania y Rusia es cuestionable: Crimea ha sido rusa desde Catalina II la Grande, y Stalin la rusificó al desplazar a los tártaros. Es fácil decir que Ucrania es el alma de Rusia porque esta viene de la Rus de Kiev, pero también se puede decir que es la Horda de Oro de los hijos de Gengis Kan.

E incluso si, espiritualmente, Ucrania fuese parte de Rusia, esto no significaría que los ucranianos no tuvieran el derecho de unirse al sistema occidental. Bien podrían ser emocionalmente eslavos, pero administrativamente organizados en un sistema occidental y protegidos militarmente a través de una alianza entre occidentales; la que además incluye, te recuerdo, a Turquía. Putin no puede entender esto, tampoco pueden algunos especialistas en relaciones internacionales que a veces son llamados «realistas»; estoy pensando, por ejemplo, en John Mearsheimer.

Estados vs. Individuos

Estos pensadores descuidados como Mearsheimer y otros *handwavers* similares confunden los Estados con los intereses individuales; creen que sólo existe un equilibrio de poder entre potencias: para Mearsheimer, Putin sólo está reaccionando ante avances indebidos de Occidente en su terreno. Pero la realidad es bastante diferente: lo que quieren los ucranianos es ser parte de lo que yo llamaría un orden internacional «benigno», que funciona bien porque se auto-corrige, y donde el equilibrio de poder puede existir y permanecer inofensivo. Putin y los «realistas» están en el siglo incorrecto, no piensan en términos de sistemas ni en términos de individuos. Sufren de lo

que llamo el «Síndrome de Westfalia»: la reificación de los Estados en entidades platónicas, naturales y fijas.

Solzhenitsyn

Aleksandr Solzhenitsyn vio claramente el aspecto diabólico de la sociedad comunista, pero creía que la sociedad occidental era igual de dañina. Pero siendo naturalmente multicéntrico, Occidente apunta a ser como Suiza: está orientada de abajo hacia arriba, a pesar de cierta concentración ocasional. Además, «Occidente» está evolucionando; no tiene centros fijos de autoridad. Lógicamente, hay influencias desproporcionadas en Occidente, como el Google de hoy en día y la General Motors de ayer, pero ni Google ni General Motors están en el centro: estas multinacionales no se controlan ni a sí mismas.

Las multinacionales tienden a hundirse; de hecho, es más probable que quiebren a que lo haga tu empresa familiar.

Este modelo tiende a la «antifragilidad», un concepto presente en mis libros que se refiere a la propiedad de los sistemas de fortalecerse cuando se ven expuestos a estresores, shocks o volatilidad. Rusia no puede ser lo que yo llamo «antifragil».

Un mecanismo de corrección de errores

Un sistema estable requiere una organización descentralizada y con muchas cabezas, lo que hace posible corregir errores y evitar efectos perjudiciales de ciertos riesgos al limitarlos a un nivel local. Después de la guerra de 1918, los franceses destruyeron Siria al centralizarla. Al contrario, cuando se formó la nueva Alemania, los franceses insistieron en que sea federal bajo la ilusión de que la debilitaría. Privado de un centro de gravedad, Alemania no pensó más en hacer la guerra, sino en hacer... dinero. Resulta que la mantequilla es mejor que las

armas. Alemania se convirtió en un poder económico gracias al federalismo; y todo se siente natural, ya que pasó su historia fragmentada en estados antes de la absorción prusiana. Para Rusia, tal organización descentralizada sería imposible: si soltara lastre, se encontraría inmediatamente ante la secesión de 20 Estados pequeños — Chechenia, Ingushetia, Bashkiria... Por eso aprieta el tornillo hacia el otro lado.

Lo interesante del mundo occidental es que es un modelo multicefálico, hecho de contratos que permiten autonomía regional bajo coordinación global; Rusia es un sistema auto-cefálico, que piensa sólo en un equilibrio de poder. Observá Occidente: ¿hay un centro? No. Y es más, si hubiera uno, hoy estaría en Kyiv. Y si querés destruir a Occidente, ¿cuántas bombas necesitás? Si destruí Washington, se mantienen Londres y París. Pero si destruí el palacio donde está Putin, es otra cosa.

La estabilidad de un sistema descentralizado es mucho mejor que la de un sistema centralizado. Como tal, estoy gratamente sorprendido por la reacción del mundo occidental, que además fue orgánica. Pensé que Occidente no se iba a enfrentar a Putin, porque una pelea entre un autócrata y empleados me pareció perdida de antemano, pero parece que la suma de nuestras acciones está empezando a dar frutos.

Tristemente, la Unión Europea se está pasando de centralizada...

El principio de subsidiaridad no fue respetado, por eso la salida del Reino Unido. Pero el modelo apropiado es el de la OTAN, que existe en el área donde se necesita acción conjunta —reacción militar—, mientras deja a los países hacer lo que quieran bajo la condición de no atacarse mutuamente. Y soy agradecido con la Unión Europea por haber conseguido que el

concepto de nación empiece a pensarse más en términos de coordinación regional.

¿Cómo puede Rusia ingresar al mundo moderno?

Sólo si se fragmenta en estados separados. Algunos grupos rusos han sido siempre irredentistas: los cosacos, los kulaks (granjeros localistas), y los siberianos. Hay también varias minorías. Más ampliamente, por culpa de este complejo de Westfalia, se olvida que los rusos no tienen necesariamente los mismos intereses que Rusia. Los intereses nacionales son cosas abstractas, y la gente termina creyendo en ellos incluso cuando entran en conflicto con las poblaciones que engloban.

Ortodoxia y patriarcas menores

El Patriarca de Moscú era también el Patriarca de Ucrania. Pero en el mundo ortodoxo, siempre que ocurre una división étnica o idiomática, se nombra un «patriarca menor» en el país que se independiza — este es el caso en Serbia, Bulgaria, Rumania. Esto explica por qué el Patriarca de Constantinopla, el más importante, accedió al pedido de que el Metropolitano de Kyiv [arzobispo ortodoxo] se convierta en un patriarca menor en 2019. Por esta separación, la Iglesia Ortodoxa Rusa se sintió amputada. El Patriarca de Moscú, Cirilo, apoya a Putin. El Patriarca de Antioquía, cercano a Assad, hace lo mismo.

Esto también confirma, como si fuera todavía necesario, el absurdo de las ideas de Samuel Huntington en *The Clash of Civilizations*. No sólo que su libro está lleno de razonamientos pseudo-matemáticos (lo que causó que Serge Lang lo excluya de la Academia de Ciencias), sino, como otros «realistas», su obstinación por pensar en centros geopolíticos y de identidad lo lleva a concluir que Ucrania pertenece al dominio ruso. ¡Pero se puede ser ortodoxo en Nueva York!

La multicefalia no ayudó en 2014

Toma su tiempo para que un sistema colectivo y distribuido reaccione. Se necesitan muchas ovejas para pelear contra un lobo, y en 2014 éramos muy pocas ovejas.

La gente quiere poder comerciar los unos con los otros en el mundo de Adam Smith. Este falso debate me recuerda la oposición entre Napoleón y los ingleses.

Napoleón vs. el comerciante inglés

Al inicio, lo único que querían los ingleses era que sus productos llegasen sanos y salvos. Las opiniones de Napoleón no les interesaban. *Mientras Napoleón pensaba en términos de la gloria de Francia, ellos pensaban en la billetera del dueño de tienda inglés.* Pero el comerciante inglés ganó y, como el comerciante fenicio, fue él quien hizo el mundo moderno: el mundo anglo-fenicio del cosmopolitismo mercantil. Esto es lo que explica, por ejemplo, que los alemanes de hoy estén más interesados en exportar autos que en la expansión geográfica de Alemania.

Así mismo, me asombra escuchar a algunas personas hablar sobre «imperialismo cultural americano». ¿Vos pensás que, en la mañana, cuando se despiertan, los estadounidenses piensan en exportar su música y su comida? Lo que pasa simplemente es que, al otro lado del mundo, los jóvenes prefieren comer hamburguesas.

No estoy en contra de la modernidad; estoy a favor de su mejora

El sistema liberal moderno comete errores, sí. Pero cuando lo critico, no apunto a destruirlo, sino a mejorarlo. Y es un buen sistema porque se autocorrigue. Critico las intervenciones occidentales ingenuas porque pienso sobre sus consecuencias:

estuve en contra de la guerra en Iraq, y la experiencia justificó mis miedos; estoy en contra de la intervención en Siria, porque si nos libramos de Assad, no sabemos quién lo va a reemplazar; no tengo nada en contra del Brexit, porque si los británicos piensan que pueden ser parte de nuestro sistema sin depender de la maquinaria burocrática de Bruselas, están en su derecho.

El problema de un sistema benigno como el nuestro es *su transparencia, que causa distorsiones en la percepción*: Tocqueville entendió que la igualdad parece tanto más fuerte cuanto más reducida es; de forma similar, un sistema parece tanto más disfuncional cuanto más transparente es. Por eso mis ataques a alguien como Edward Snowden y sus acólitos, que explotan esta paradoja para atacar a Occidente en beneficio de conspiradores rusos.

El pseudo-libertarismo invita a la tiranía

Tengo problemas con mucha gente, a menudo con libertarios ingenuos, que piensan que soy como ellos porque les gustan mis libros. Pero algunos de estos quieren destruir nuestro sistema en vez de mejorarlo; muchos están llenos de resentimiento.

No se dan cuenta de que la alternativa a nuestro desordenado sistema es la tiranía: un Estado que se parece a la mafia (Libia ahora, Líbano durante la guerra civil) o una autocracia. ¡Y encima estos idiotas se llaman a sí mismos libertarios!

Este es el caso de Snowden y sus seguidores; es un impostor. Si yo te hablara de una organización en Riad que defiende a las mujeres en Francia contra la opresión masculina, te reirías de mí. Bueno, Snowden dice que defiende a los estadounidenses contra la tiranía de Google mientras opera desde... ¡Moscú!

En Twitter, terminé dándome cuenta de que en este ingenuo sistema libertario —o, mejor dicho, pseudo-libertario— que incluye a los entusiastas de bitcoin, hay gente que, como Snowden, ve el Covid-19 como un pretexto para que una extraña entidad oscura ejerza control sobre la población. Esto incluye también a los activistas anti-vacunas. Estamos en el corazón mismo de la desinformación: la meta del Programa de Desinformación Ruso es crear desconfianza entre ciudadanos y autoridades, y explotar todo lo que pueda traer disentimiento. La desinformación procede de acuerdo a la supuesta cita de Stalin: “La muerte de un hombre es una tragedia; la muerte de un millón es una estadística”. Estos activistas, por ejemplo, magnifican las minúsculas disfunciones de las vacunas contra el covid-19.

Como me di cuenta de la desinformación

Empecé a detectar cuentas de Twitter llamadas «Linda», que eran pro-Trump y que, al protestar contra la inflación, usaban el signo del rublo ruso en vez del dólar. Cuando la misma gente apoya tanto a los famosos camioneros de Canadá como a Vladimir Putin, hay un problema. De alguna manera, llegué a defender a Ucrania porque los mismos boludos que me atacaron por Covid también defendieron a Putin.

Sigue siendo inquietante que los libertarios vengan a defender ¡a un autócrata!

Los libertarios son controlados por Rusia porque, en general, son gente ingenua que solo tiene pensamientos de primer orden: no saben considerar las consecuencias de ciertas acciones. Esto es lo que los distingue de los liberales clásicos.

No se dan cuenta de que destruir el sistema actual invita a la tiranía.

La Paz Larga

No esperamos hasta esta guerra para darnos cuenta de que Steven Pinker estaba equivocado sobre el declive de la violencia. No hay tal cosa como la Paz Larga, en gran parte porque el pasado no fue tan violento como Pinker afirma. Mis colegas y yo refutamos los cálculos de Pinker en nuestra investigación. Sus errores vienen en particular del hecho de que algunos datos que usa sobrestiman el número de muertos en conflictos pasados. Pinker quiere hacer de guardián del pensamiento liberal moderno, pero es el Bernard-Henri Lévy estadounidense: no sabe nada de su tema.

Además, incluso si este conflicto termina bien, se habrá demostrado que es suficiente que un Estado tenga armas nucleares para que pueda causar un desastre. Sin embargo, en el mundo de hoy, no es aceptable que un líder conquiste otro territorio simplemente porque posee la bomba nuclear. Este principio debe ser destruido.

Lo que nos trae al siguiente riesgo: China. Ciertamente, no ha escapado al mundo moderno tanto como Rusia, y está estrechamente conectada comercialmente a Occidente. Pero también tiene tendencias imperiales. Lo mejor sería entonces que también la China se descentralizara para escapar al yugo de Pekín. Taiwán y Hong Kong superan en rendimiento a China, así que ¡pensá en más de esos!

Terminando la guerra ucraniana

Si le das a Putin incluso un dedo, habrá ganado la guerra. Por lo tanto, el liderazgo ruso tiene que ser humillado, y la única forma es su retirada. Necesitamos una repetición de la guerra ruso-japonesa de 1905. En este caso, Putin será derrocado desde adentro porque, históricamente, a la gente que acepta

autocracias no le gustan los débiles. Un Putin débil deja de ser Putin; del mismo modo que un Trump amable, con tacto y reflexivo, ya no sería Trump. Para que esto continúe, se necesita un montón de boludos para seguir alimentando la narrativa; y si los boludos empiezan a dudar de la historia, será el principio del fin.

****Background***

He visitado Ucrania muchas, muchas veces, recientemente como huésped de los Zelensky en agosto de 2021 durante las festividades de la independencia de Ucrania. La última vez se sentía como «Hanibal ad portas». Tomé varios vodkas con ucranianos y discutí las ideas de este texto con varios amigos, así como con miembros del parlamento ucraniano en una conferencia especial sobre la fragilidad y la estabilidad de los sistemas.

CONTEXTO CONDENSADO

George Orwell y la censura

Empezamos con la primera de dos apariciones de George Orwell en este libro. Desde otro ángulo y desde otra época, como Taleb, Orwell toca el tema de la lucha y las diferencias ideológicas entre Occidente y Rusia, comparte su visión sobre la cobardía intelectual, habla de los vejámenes en Ucrania, y nos introduce al poder de la propaganda.

Desde 1941, Estados Unidos, la Unión Soviética y el Reino Unido comandaron la alianza que luchó contra los nazis en la Segunda Guerra Mundial. Como la causa era sagrada y se anteponeía a todo lo demás, los crímenes y vejámenes de Stalin eran pasados por alto. El Holodomor en Ucrania entre 1932 y 1934 (literalmente «matar de hambre» en ucraniano: cerca de 6 millones de muertos); la violenta ocupación de Polonia de 1939, bajo la misma y vieja excusa de siempre: «proteger a sus ciudadanos». Esa vez, supuestamente, del régimen alemán, con quienes se acababa de firmar un mes antes un pacto de no agresión, roto por Hitler en 1941 cuando invadió el territorio ruso.

Avancemos hacia 1943. El socialismo multiplicaba afectos en el Reino Unido y su amistad con Rusia era, en la prensa, un tema que rayaba en lo incuestionable. Y a las preguntas que hacían algunos periodistas y escritores, la única respuesta que retornaba era la censura. En este contexto, Orwell decide, en

sus propias palabras, “fusionar el propósito político y el propósito artístico en un todo”, y *Animal Farm* fue el primer libro en el que intentó hacerlo “con plena conciencia”. Escribe esto en su ensayo *Por qué escribo*, de 1946, mismo año en que publica *Los Escritores y el Leviatán*, en el que habla de la influencia política en el trabajo del escritor, y la necesidad de independencia. Un año antes había publicado sus *Notes on Nationalism*, que leeremos después. En él anota las características de nuestro tribalismo y fanatismo, y que uno se hace parte de un clan no sólo de forma *positiva* —porque apoya lo que apoyan sus amigos—, sino también de forma *negativa* —porque está en contra de lo que sea que hagan los «otros»—. En el ensayo que leemos líneas abajo vemos un ejemplo práctico y cómo Orwell ya venía trabajando y observando el tema del seguimiento ciego, de la muerte del debate, del que esperamos su resurrección para poder recuperar el sentido común y la cordura.

En 1943, en plena lucha contra el nazismo, Orwell escribe una novelita titulada *Animal Farm*; aunque la traducción literal es *Granja de Animales*, fue publicada en español también bajo el título *Rebelión en la Granja*. Parece que en español nos gusta explicar todo de entrada. El subtítulo original *A fairy story (Un cuento de hadas)* no sobrevivió ni dos años. Luego se usó también *Una sátira contemporánea*: el libro es una sátira de la Revolución rusa de 1917 que ejecutó a la monarquía y dio paso a la creación de la Unión Soviética. Que los chanchos hayan estado a cargo de la rebelión no es casualidad, tampoco lo es que uno de ellos se llame Napoleón y que termine instalando una dictadura después de perseguir a su antiguo aliado (como Stalin a Trotsky), y luego de declarar que “todos los animales son iguales”. Taleb dice que “Tocqueville entendió que la igualdad parece tanto más fuerte cuanto más reducida es” — más palabras sobran.

Y motivos sobran a los editores para rechazar este libro en el contexto en el que vivían. Cuatro editores, para ser exactos. Uno de ellos después de consultar con el Ministerio de Información del Reino Unido, como cuenta el autor en el prólogo de la obra, que es lo que leemos a continuación.

Este prólogo no fue publicado junto con las primeras ediciones de la novela, que se estrenó en 1945, por razones obvias. Fue descubierto y dado a conocer recién en 1972, dos décadas después de la prematura muerte del autor. Salió a la luz bajo el título *La libertad de prensa*, siendo un ensayo en sí mismo. La publicación de este prefacio llevaba otro prefacio, escrito por Sir Bernard Crick, probando su autenticidad. Cualquier parecido a la realidad de cómo se maneja la propaganda hoy, y mañana, y hace dos mil años, y con el «servilismo» hacia la narrativa rusa —y también la occidental—, no es coincidencia.

Sobre el autor: nació Motihari, en 1903, cuando la India era colonia británica. Su nombre de pila era Eric Arthur Blair. A sus tres años ya vivía en Inglaterra, a los 19 partió hacia Birmania (Myanmar) y fue parte de la policía antes de volver al Reino Unido a sus 24 y empezar su carrera de periodista y escritor. Fue profesor y librero, hasta que decidió irse a España y luchar en la guerra civil española para el bando republicano (contra Franco) desde enero de 1937. En su camino hacia España, Henry Miller (el autor de *Trópico de Cáncer* y su par), le dijo en París que ir a este evento externo y extraño para él, “por un sentimiento de obligación y culpa, era «reverenda estupidez»”. Que sus ideas de “combatir el fascismo, defender la democracia, etcétera, eran disparates”¹. Pero Orwell, un poco *left-leaning* en ese entonces, era un tipo de ideales — o, mejor

¹ David Boyd Haycock, *I Am Spain*, capítulo 7, sección 1 (2012).

dicho, *ideoso*. No fue el único extranjero que se dejó llevar por la causa: miles llegaron por su cuenta a pelear esta guerra, tantos, que a veces los locales despreciaban la ayuda. De todas maneras, cayó herido de bala, su vida se salvó por centímetros. Luego de recuperarse, volvió a casa con su esposa, y durante un tiempo tanto británicos, como españoles y soviéticos los espiaron.

Años después, durante la Segunda Guerra Mundial, trabajó como periodista, primero para el *Tribune* y luego para la BBC. Ahí aprendió y asumió que, en tiempos de guerra, el periodismo es parte de la propaganda. Un poco asqueado de la situación, renunció para dedicarse a tiempo completo a *La granja de los animales*. Pocos meses después volvió al *Tribune*. Falleció en 1950, a los 46 años, por tuberculosis.

Algunas notas extras para esta lectura:

- 1) La *intelligentsia* suele ser esa parte de la «intelectualidad» que mezcla arte, cultura, filosofía y política, con ideas generalmente inclinadas «hacia la izquierda». El vocablo tiene origen ruso y es fácil notar —el mismo Orwell lo explica en el siguiente ensayo— que se refiere a los intelectuales ingleses que apoyaban la causa socialista y/o comunista.
- 2) A Owsald Mosley lo conocés si has visto *Peaky Blinders*; fue el fundador de la Unión Británica de Fascistas.

GEORGE ORWELL: La libertad de prensa

Este libro fue pensado por primera vez, o al menos su idea central, en 1937, pero no se escribió hasta finales de 1943. Para cuando fue escrito, ya era obvio que habría grandes dificultades para publicarlo (a pesar de la actual escasez de libros, que garantiza que cualquier cosa que se pueda describir como un libro «venderá»), y al final fue rechazado por cuatro editoriales. Sólo una tenía algún motivo ideológico. Dos llevaban años publicando libros anti-rusos, y la otra no mostraba ningún tinte político. Un editor sí empezó aceptando el libro, pero después de hacer los preparativos decidió consultar al Ministerio de Información, que parece que le advirtió, o por lo menos le aconsejó, enfáticamente, que no lo publicara. Aquí un extracto de su carta:

“Ya mencioné la reacción que tuve de un importante funcionario del Ministerio de Información con respecto a *Rebelión en la granja*. Tengo que confesar que su opinión me hizo reflexionar seriamente... Ahora veo que podría considerarse como algo cuya publicación no es muy aconsejable en este momento. Si la fábula tratara sobre los dictadores y las dictaduras en general, entonces su publicación estaría bien, pero ahora veo que la fábula sigue tan marcadamente el progreso de los soviets rusos y sus dos dictadores, que sólo puede aplicar-

se a Rusia y excluye a las demás dictaduras. Otra cosa: sería menos ofensivo si la casta dominante no fueran los cerdos¹. Creo que elegir a los cerdos como casta dominante ofenderá a mucha gente, y particularmente a cualquiera que sea un poco susceptible, como lo son sin duda los rusos.”

Este tipo de cosas no son un buen síntoma. Obviamente, no es deseable que un departamento gubernamental tenga ningún poder de censura sobre libros que no son auspiciados por el gobierno (excepto la censura por seguridad, a la que nadie se opone en tiempos de guerra). Pero el mayor peligro para la libertad de pensamiento y de expresión en este momento no es la interferencia directa del Ministerio de Información o de cualquier organismo oficial. Si los editores se esfuerzan por evitar que se publiquen ciertos temas, no es porque temen ser perseguidos, sino porque temen a la opinión pública. En este país, la cobardía intelectual es el peor enemigo al que tiene que enfrentarse un escritor o un periodista, y no me parece que este hecho se haya debatido como se merece.

Cualquier persona imparcial con experiencia periodística admitirá que, durante esta guerra, la censura oficial no ha sido muy molesta. No hemos sido sujetos al tipo de «coordinación» totalitaria que hubiera sido razonable esperar. La prensa tiene algunas quejas justificadas, pero en general el Gobierno se ha comportado bien y ha sido sorprendentemente tolerante con las opiniones minoritarias. Lo siniestro de la censura literaria en Inglaterra es que es en gran medida voluntaria.

¹ No está muy claro si esta propuesta de modificación es idea del propio Sr. ..., o si procede del Ministerio de Información, aunque parece tener aire de ser oficial.

Las ideas impopulares pueden ser silenciadas, y los hechos inconvenientes mantenidos en la oscuridad, sin necesidad de ninguna prohibición oficial. Cualquiera que haya vivido mucho tiempo en un país extranjero sabrá de casos de noticias sensacionales —cosas que ocuparían los grandes titulares por sus propios méritos— que se mantienen fuera de la prensa británica, no porque el Gobierno haya intervenido, sino por un tácito acuerdo generalizado de que «no estaría bien» mencionar ese hecho particular. Con respecto a los diarios, esto es fácil de entender. La prensa británica es extremadamente centralizada, y la mayor parte de ella es propiedad de hombres ricos que tienen todos los motivos para ser deshonestos sobre ciertos temas importantes. Pero el mismo tipo de censura velada opera también en libros y publicaciones periódicas, y en obras de teatro, películas y la radio. En cualquier momento existe una ortodoxia, un conjunto de ideas que se supone que todas las personas que piensan correctamente aceptarán sin rechistar. No es que está prohibido decir esto, eso, o lo otro, pero «no se hace»; así como a mediados de la época victoriana «no se hacía» mencionar los pantalones en presencia de una dama. Cualquiera que desafíe la ortodoxia imperante se encuentra a sí mismo silenciado con una eficacia sorprendente. Una opinión genuina que no esté de moda no encuentra oídos casi nunca, ni en la prensa popular ni en las publicaciones de alto nivel.

En este momento, lo que demanda la ortodoxia imperante es una admiración acrítica de la Rusia soviética. Todo el mundo lo sabe, casi todo el mundo actúa en consecuencia. Cualquier crítica sería al régimen soviético, cualquier revelación de hechos que el gobierno soviético preferiría mantener ocultos, es casi impublicable. Y esta conspiración nacional para halagar a nuestro aliado tiene lugar, curiosamente, en un contexto de auténtica tolerancia intelectual. Porque aunque no se te permite

criticar al gobierno soviético, al menos sos relativamente libre de criticar al nuestro. Casi nadie publica un ataque contra Stalin, pero no hay problema en atacar a Churchill, al menos en libros y revistas. Y a lo largo de cinco años de guerra, durante dos o tres de los cuales estuvimos luchando por la supervivencia nacional, se han publicado, sin intermitencia, innumerables libros, panfletos y artículos que abogan por un acuerdo de paz. Es más, se han publicado sin suscitar mucha desaprobación. Mientras el prestigio de la URSS no se vea afectado, la libertad de expresión es razonablemente respetada. Hay otros temas prohibidos, y mencionaré algunos más adelante, pero la actitud predominante hacia la URSS es el síntoma más grave. Es, por así decirlo, espontánea, y no se debe a la acción de ningún grupo de presión.

El servilismo con el que la mayor parte de la *intelligentsia* inglesa se ha tragado y ha repetido la propaganda rusa desde 1941 sería bastante asombroso si no fuera porque se han comportado de forma similar en varias ocasiones anteriores. En cada asunto controversial, el punto de vista ruso ha sido aceptado sin examinarse y luego publicitado con total desprecio por la verdad histórica o la decencia intelectual. Por citar sólo un ejemplo, la BBC celebró el vigésimo quinto aniversario del Ejército Rojo sin mencionar a Trotsky. Esto es tan preciso como conmemorar la batalla de Trafalgar sin mencionar a Nelson, pero no provocó ninguna protesta de la *intelligentsia*. En las luchas internas en los diversos países ocupados, la prensa británica se ha puesto en casi todos los casos del lado de la facción favorecida por los rusos y ha difamado a la facción contraria, a veces suprimiendo pruebas materiales para hacerlo. Un caso especialmente flagrante fue el del coronel Mihailovich, el líder chetnik yugoslavo. Los rusos, que tenían a su propio *protege* yugoslavo, el mariscal Tito, acusaron a Mihailovich

de colaborar con los alemanes. La acusación fue rápidamente repetida por la prensa británica; a los partidarios de Mihailovich no se les dio ninguna chance de responder, y los hechos que la contradecían simplemente no se publicaron. En julio de 1943, los alemanes ofrecieron una recompensa de 100.000 coronas de oro por la captura de Tito, y otra similar por la captura de Mihailovich. La prensa británica «regó» la recompensa por Tito, pero sólo un diario mencionó (en letra pequeña) la recompensa por Mihailovich; y las acusaciones de colaborar con los alemanes continuaron. Algo muy parecido pasó durante la guerra civil española. También entonces, las facciones del bando republicano, que los rusos estaban decididos a aplastar, fueron imprudentemente calumniadas en la prensa izquierdista inglesa, y la publicación de cualquier declaración en su defensa, incluso en forma de carta al editor, era rechazada. En la actualidad, no sólo se consideran censurables las críticas serias a la URSS, sino que incluso el hecho de que existan se mantiene en secreto en algunos casos. Por ejemplo, poco antes de su muerte, Trotsky había escrito una biografía de Stalin. Uno puede asumir que no era un libro imparcial, pero era obviamente vendible. Un editor estadounidense se estaba encargando de publicarlo y el libro estaba en imprenta —creo que ya se habían enviado los ejemplares de revisión— cuando la URSS entró en la guerra. El libro fue retirado inmediatamente. En la prensa británica no ha aparecido ni una sola palabra al respecto, aunque es evidente que la existencia de ese libro, y su supresión, es una noticia que merecía unos cuantos párrafos.

Es importante distinguir entre la censura que la *intelligentsia* literaria inglesa se impone voluntariamente a sí misma y la censura que a veces pueden imponer los grupos de presión. Es notorio que ciertos temas no pueden discutirse por «intereses particulares». El caso más conocido es el de los medicamentos

patentados. Una vez más, la Iglesia católica tiene una influencia considerable en la prensa y puede silenciar hasta cierto punto las críticas contra sí misma. Casi nunca se da publicidad a un escándalo en el que esté implicado un sacerdote católico, mientras que un sacerdote anglicano que se meta en problemas (por ejemplo, el rector de Stiffkey) es noticia de primera plana. Es muy raro que cualquier cosa de tendencia anticatólica aparezca en el escenario o en una película. Cualquier actor puede decirte que una obra de teatro o una película que ataque o se burle de la Iglesia católica es susceptible de ser boicoteada por la prensa y probablemente será un fracaso. Pero este tipo de cosas son inofensivas, o al menos comprensibles. Toda gran organización vela por sus propios intereses lo mejor que puede, y la propaganda evidente no es algo a lo que oponerse. Uno no espera que el *Daily Worker* publique hechos desfavorables sobre la URSS así como no espera que el *Catholic Herald* denuncie al Papa. Pero cualquier persona pensante conoce al *Daily Worker* y al *Catholic Herald* por lo que son. Lo que es inquietante es que, en lo que respecta a la URSS y sus políticas, no se puede esperar una crítica inteligente o incluso, en muchos casos, simple honestidad de los escritores y periodistas liberales que no están bajo presión directa para falsificar sus opiniones. Stalin es sacrosanto y ciertos aspectos de su política no deben discutirse seriamente. Esta regla ha sido observada casi universalmente desde 1941, pero ya funcionaba, en mayor medida de lo que a veces se cree, desde diez años antes. Durante todo ese tiempo, las críticas de la izquierda al régimen soviético sólo podían oírse con dificultad. Había una enorme producción de literatura anti-rusa, pero casi toda venía del lado conservador y era manifiestamente deshonesta, desactualizada y movida por motivos sórdidos. Por otro lado, había una corriente igualmente enorme, y casi igual de deshonesta, de

propaganda pro-rusa, y el equivalente a un boicot contra cualquiera que intentara debatir cuestiones importantes de una manera adulta. Se podían publicar libros anti-rusos, pero hacerlo significaba asegurarse de ser ignorado o tergiversado por casi toda la prensa intelectual. Tanto en público como en privado se te advertía de que eso «no se hacía». Lo que decías podía ser cierto, pero era «inoportuno» y le hacía el juego a tal o cual interés reaccionario. Esta actitud solía defenderse alegando que la situación internacional y la urgente necesidad de una alianza anglo-rusa así lo exigían; pero estaba claro que se trataba de una racionalización. La *intelligentsia* inglesa, o gran parte de ella, había desarrollado una lealtad nacionalista hacia la URSS, y en sus corazones sentían que poner en duda la sabiduría de Stalin era una especie de blasfemia. Los acontecimientos en Rusia y en otros lugares debían juzgarse con criterios diferentes. Las interminables ejecuciones de las purgas de 1936 a 1938 fueron aplaudidas por los opositores de toda la vida a la pena de muerte, y se consideraba igual de apropiado publicitar las hambrunas cuando ocurrían en la India y ocultarlas cuando sucedían en Ucrania. Y si esto era verdad antes de la guerra, el ambiente intelectual no es mejor ahora.

Pero volvamos ahora a este mi libro. La reacción de la mayoría de los intelectuales ingleses será bien simple: «no debió ser publicado». Naturalmente, los críticos que entienden el arte de la denigración no lo atacarán por motivos políticos, sino literarios. Dirán que es un libro aburrido, tonto, y un vergonzoso desperdicio de papel. Esto puede ser verdad, pero obviamente no es la historia completa. Uno no dice que un libro «no debió ser publicado» simplemente porque el libro es malo. Al fin y al cabo, todos los días se imprimen montones de basura sin que nadie se moleste. La *intelligentsia* inglesa, o la mayoría de ella, se opondrá a este libro porque difama a su Líder y (según ellos)

perjudica la causa del progreso. Si hiciera lo contrario, no tendrían nada que decir en su contra, aunque sus defectos literarios fueran diez veces más flagrantes de lo que son. El éxito, por ejemplo, durante un período de cuatro o cinco años del *Club de Lectura de la Izquierda*, demuestra lo dispuestos que están a tolerar tanto la chabacanería como la escritura negligente, siempre y cuando les digan lo que quieren escuchar.

La cuestión aquí es muy sencilla: todas las opiniones, por impopulares que sean —incluso, por muy tontas que sean—, ¿tienen derecho a ser escuchadas? Si lo ponés de esa forma casi cualquier intelectual inglés pensará que debe decir «Sí». Pero dale una forma concreta y preguntá: «¿Qué tal un ataque a Stalin? ¿Tiene derecho a ser escuchado?», y la respuesta más frecuente será «No». Porque en ese caso lo que se cuestiona es la ortodoxia vigente y, por lo tanto, el principio de libertad de expresión se pausa. Ahora bien, cuando uno exige libertad de expresión y de prensa, no está exigiendo una libertad absoluta. Mientras perduren las sociedades organizadas, siempre debe haber, o en todo caso siempre habrá, cierto grado de censura. Pero la libertad, como dijo Rosa Luxemburgo, es “libertad para el otro”. El mismo principio está contenido en las famosas palabras de Voltaire: “Detesto lo que decís; pero defenderé hasta la muerte tu derecho a decirlo”. Si la libertad intelectual, que ha sido sin lugar a dudas una de las marcas distintivas de la civilización occidental, significa algo, es que todo el mundo tiene derecho a decir e imprimir lo que cree que es la verdad, siempre que no perjudique al resto de la comunidad de alguna manera inequívoca. Tanto la democracia capitalista como las versiones occidentales del socialismo han dado por sentado este principio hasta hace poco. Nuestro gobierno, como ya he señalado, todavía hace algún alarde de respetarlo. La gente común en la calle —quizás porque no están lo suficientemente

interesados en las ideas como para ser intolerantes con ellas— todavía sostiene vagamente: «supongo que todo el mundo tiene derecho a tener su propia opinión». Es sólo, o en todo caso principalmente, la *intelligentsia* literaria y científica, la misma gente que debería ser guardiana de la libertad, la que está empezando a despreciarla, tanto en la teoría como en la práctica.

Uno de los fenómenos peculiares de nuestro tiempo es el liberal renegado. Más allá de la conocida afirmación marxista de que la «libertad burguesa» es una ilusión, existe ahora una tendencia generalizada a argumentar que sólo se puede defender la democracia con métodos totalitarios. Si uno ama la democracia, dice el argumento, debe aplastar a sus enemigos sin importar los medios. ¿Y quiénes son sus enemigos? Siempre parece que no son sólo los que la atacan abierta y conscientemente, sino los que «objetivamente» la ponen en peligro difundiendo doctrinas erróneas. En otras palabras, defender la democracia implica destruir toda independencia de pensamiento. Este argumento se utilizó, por ejemplo, para justificar las purgas rusas. El rusófilo más apasionado difícilmente creía que todas las víctimas fueran culpables de todas las cosas de las que se las acusaba, pero al sostener opiniones heréticas perjudicaban «objetivamente» al régimen, y por eso era correcto, no sólo masacrarlos, sino también desacreditarlos con acusaciones falsas. El mismo argumento se utilizó para justificar la mentira bastante consciente que se produjo en la prensa de izquierdas sobre los trotskistas y otras minorías republicanas en la guerra civil española. Y se usó de nuevo como razón para quejarse contra el *habeas corpus* cuando Mosley fue liberado en 1943.

Esta gente no se da cuenta de que si alentás métodos totalitarios, puede llegar el momento en que se utilicen en contra tuya en lugar de a tu favor. Acostumbrate a encarcelar fascistas

sin juicio, y quizás el proceso no se detenga en los fascistas. Poco después de que el suprimido *Daily Worker* fuera reinstaurado, yo estaba dando una conferencia en un instituto técnico en el sur de Londres. El público estaba compuesto por intelectuales de clase obrera y de clase media-baja, el mismo tipo de público que uno solía encontrar en las sucursales del *Club de Lectura de la Izquierda*. La conferencia había versado sobre la libertad de prensa, y al final, para mi asombro, varios asistentes se levantaron y me preguntaron: ¿No pensaba yo que el levantamiento de la prohibición del *Daily Worker* era un gran error? A la pregunta de por qué, dijeron que era un periódico de dudosa lealtad y que no debía tolerarse en tiempos de guerra. Me encontré defendiendo al *Daily Worker*, que se ha esforzado en difamarme más de una vez. Pero, ¿de dónde habían sacado esta visión esencialmente totalitaria? Con toda seguridad, ¿de los propios comunistas! La tolerancia y la decencia están profundamente arraigadas en Inglaterra, pero no son indestructibles, y tienen que mantenerse vivas en parte mediante un esfuerzo consciente. El resultado de predicar doctrinas totalitarias es debilitar el instinto por el cual los pueblos libres saben lo que es o no es peligroso. El caso de Mosley lo ilustra. En 1940 era perfectamente correcto apresar a Mosley, hubiera o no cometido algún delito técnico. Estábamos luchando por nuestras vidas y no podíamos permitir que un posible traidor quedara libre. Mantenerlo encerrado en 1943, sin juicio, fue un ultraje. La incapacidad general para ver esto fue un mal síntoma, aunque es cierto que la agitación contra la liberación de Mosley fue en parte artificial y en parte una racionalización de otros descontentos. Pero, ¿cuánto del actual deslizamiento hacia formas fascistas de pensamiento es atribuible al «anti-fascismo» de los últimos diez años y a la falta de escrúpulos que ha conllevado?

Es importante darse cuenta de que la actual rusomanía es sólo un síntoma del debilitamiento general de la tradición liberal occidental. Si el Ministerio de Información hubiera intervenido y vetado definitivamente la publicación de este libro, el grueso de la *intelligentsia* inglesa no habría visto nada inquietante en ello. La lealtad acrítica a la URSS resulta ser la ortodoxia actual, y cuando están en juego los supuestos intereses de la URSS están dispuestos a tolerar, no sólo la censura, sino la falsificación deliberada de la historia. Por citar un ejemplo. A la muerte de John Reed, autor de *Diez días que estremecieron el mundo* —relato de primera mano de los primeros días de la Revolución rusa—, los derechos de autor del libro pasaron a manos del Partido Comunista Británico, a quien creo que Reed se los había legado. Algunos años más tarde, los comunistas británicos, después de destruir la edición original del libro tan completamente como pudieron, publicaron una versión tergiversada de la que habían eliminado las menciones a Trotsky y omitido también la introducción escrita por Lenin. Si hubiera existido todavía una *intelligentsia* radical en Gran Bretaña, este acto de falsificación habría sido expuesto y denunciado en todo periódico literario. Sin embargo, las protestas fueron escasas o nulas. A muchos intelectuales ingleses les pareció algo natural. Y esta tolerancia, o simple deshonestidad, significa mucho más que la admiración por Rusia que está de moda en este momento. Es muy posible que esa moda en particular no dure. Por lo que sé, cuando se publique este libro, mi opinión sobre el régimen soviético puede ser quizás la generalmente aceptada. Pero, ¿de qué serviría eso? Cambiar una ortodoxia por otra no es precisamente un avance. El enemigo es esta «mentalidad de gramófono», se esté o no de acuerdo con el disco que suena en ese momento.

Conozco bien todos los argumentos en contra de la libertad de pensamiento y de expresión, los que afirman que no puede existir y los que afirman que no debería existir. Yo respondo simplemente que no me convencen y que nuestra civilización, a lo largo de cuatrocientos años, se ha basado en lo contrario. Desde hace una década creo que el actual régimen ruso es sobre todo una cosa maligna, y reclamo el derecho a decirlo, a pesar de que somos aliados de la URSS en una guerra que quiero ver ganada. Si tuviera que elegir un texto para justificarme, elegiría la línea de Milton:

“Por las reglas conocidas de la antigua libertad”.

La palabra *antigua* subraya el hecho de que la libertad intelectual es una tradición profundamente arraigada sin la cual nuestra característica cultura occidental dudosamente podría existir. Muchos de nuestros intelectuales se están apartando visiblemente de esa tradición. Han aceptado el principio de que un libro debe publicarse o suprimirse, alabarse o condenarse, no por sus méritos, sino en función de la conveniencia política. Y otros que en realidad no sostienen este punto de vista lo aceptan por pura cobardía. Un ejemplo de esto es el fracaso de los numerosos y ruidosos pacifistas ingleses a la hora de alzar la voz contra el culto predominante al militarismo ruso. Según esos pacifistas, toda violencia es mala, y nos han instado en cada etapa de la guerra a ceder o al menos a hacer un acuerdo de paz. Pero, ¿cuántos de ellos han sugerido alguna vez que la guerra también es mala cuando la hace el Ejército Rojo? Por lo visto, los rusos tienen derecho a defenderse, mientras que para nosotros hacerlo es un pecado mortal. Sólo se puede explicar esta contradicción de una manera: es decir, por un deseo cobarde de mantenerse dentro del grueso de la *intelligentsia*, cuyo patriotismo se inclina más hacia la URSS que a Gran Bretaña.

Sé que la *intelligentsia* inglesa tiene sobradas razones para su timidez y deshonestidad, me sé de memoria los argumentos con los que se justifican. Pero al menos cortemos las tonterías sobre la defensa de la libertad frente al fascismo. Si la libertad significa algo, es el derecho a decirle a la gente lo que no quiere escuchar. La gente común se sigue suscribiendo vagamente esa doctrina y actúa en consecuencia. En nuestro país —no ocurre lo mismo en todos los países: no era así en la Francia republicana, y no lo es hoy en Estados Unidos— son los liberales los que temen la libertad y los intelectuales los que quieren ensuciar el intelecto: es para llamar la atención sobre este hecho que he escrito este prefacio.

CONTEXTO CONDENSADO

Bertrand Russell y la propaganda, los sesgos y la censura – parte 1

En este ensayo, Bertrand Russell profundiza sobre el poder de la propaganda y la importancia de la libertad de pensamiento. Más adelante lo haremos, con él, sobre los sesgos y la censura.

Russell recibió el Premio Nobel de Literatura en 1950. Fue matemático y filósofo, docente de ambas materias, y también político: miembro de la Cámara de los Lores del Reino Unido durante casi 40 años, hasta su muerte, empezando como miembro del Partido Liberal (*Labour Party*). Fue un activo pacifista. Nació en 1872 en un pueblito de Gales que alguna vez tuvo gran importancia, y murió en otro pueblito de Gales en 1970. Vivió casi un siglo, y no en un tiempo cualquiera, un siglo en el que el mundo occidental vivió profundos cambios sociales y sus dos guerras mundiales. Lógicamente, las ideas políticas de este polímata se fueron puliendo; se alejó de las presiones de los partidos e ideologías hacia el pensamiento independiente. Como su padrino John Stuart Mill, abogó a favor del voto femenino. También por el libre comercio, la libertad sexual y la religiosa. Era ateo o agnóstico, dependiendo del interlocutor. Argumentó en contra del racismo y los grandes beneficios de la aristocracia — aunque él mismo era un aristócrata,

tercer conde de Russell, estudiado en el Trinity College de Cambridge.

El ensayo que leemos se pronunció primero como discurso el 24 de marzo de 1922 en el *South Place Institute* o *South Place Ethical Society*, que tiene sus orígenes en una especie de rebelión ideológica de un grupo de cristianos universalistas, en 1787, contra la idea de la condena eterna. Esta organización, que tiene su sede en Londres, es considerada la más antigua del librepensamiento entre las que siguen activas. En 1924 se mudó del *South Place Chapel* al *Conway Hall*, y desde entonces se la conoce como *Conway Hall Ethical Society*. Todo esto puede parecer circunstancial, pero el discurso de Russell, dos años antes de la mudanza, comienza mencionando a Moncure Daniel Conway, en cuyo nombre está bautizado el recinto. Conway fue un abolicionista norteamericano que murió en París, un tipo que, al mismo tiempo que era pastor metodista, era también librepensador, y que fue pastor de la *South Place Chapel* de Londres dos oportunidades. Murió en 1907 y la *South Place Ethical Society* instituyó conferencias anuales en su honor, que debían ser impresas y publicadas, desde 1908. Así llegamos a este discurso.

Se publicó originalmente bajo el título *Free Thought and Official Propaganda*, un *speech* en el que Russell, con humor, reflexiona sobre el estado del pensamiento —y sus sesgos personales y culturales— en diferentes partes del mundo. Lo hace empezando desde anécdotas personales. Nombra a China como “el último refugio de la libertad”, y esto debería ser suficiente para entender los riesgos que enfrentamos hoy día. Cinco años después de este discurso empezó la guerra civil china que culminó con la revolución de 1949 que fundó el país que conocemos hoy.

Algunas notas extras para esta lectura:

- 1) “Los guardianes” de Platón son, en *La República*, los filósofos-reyes, la clase especial de gobernantes, defensores de la ciudad ideal, que ocupan la posición social más alta.
- 2) Mikado = Emperador de Japón.
- 3) Cristadelfianos: «Hermanos en Cristo» según su original en griego; son una rama del cristianismo que no cree en la trinidad. Muy activos en el Reino Unido y Estados Unidos a mediados del siglo 19.
- 4) Muggletonianos: llamados así por Lodowicke Muggleton (1609–1698), uno de los fundadores de esta secta protestante que comenzó cuando él y su primo John Reeve anunciaron que eran los últimos profetas del libro del Apocalipsis. La secta era igualitaria, apolítica, pacifista y evitaba la adoración y predicación de todo tipo. Nada tienen que ver con los *muggles* de Harry Potter.
- 5) Los Whips son miembros del parlamento o la Cámara de los Lores en el Reino Unido, designados por cada partido para ayudar a organizar sus internas.
- 6) William James (1842-1910) fue un influyente filósofo y psicólogo estadounidense, fundador de la psicología fundacional; promotor del pragmatismo y su doctrina, el *empirismo radical*. Pero defendió el derecho de mantener creencias sin tener pruebas suficientes, sobre todo en el ámbito moral, donde tener una “voluntad de creer” puede ayudar a ser «razonable», comportarse éticamente.
- 7) “Introducir el milenio”: según la Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días: “el *Milenio* hace referencia a los mil años que seguirán a la segunda venida del Salvador (véase Apocalipsis 20...)”.

- 8) “La Guerra” = la Primera Guerra Mundial.
- 9) “*Blank's pills cure all ills*” puede ser una rima para referirse a los varios tipos de remedios que se promocionaban en esa época que supuestamente curaban cualquier mal, o una referencia a una marca de la época que vendía desde píldoras para el hígado hasta restauradores de pelo, o a un químico famosillo en Inglaterra por vender remedios del mismo tipo y hacer anuncios en varias revistas y periódicos.
- 10) Spitzbergen = Svalbard, un archipiélago en el Ártico entre Noruega y el Polo Norte.
- 11) En marzo de 1921 se firmó el acuerdo anglo-soviético con el fin de facilitar el comercio entre el Reino Unido y la República Socialista Federativa Soviética de Rusia, precursora de la URSS nacida de un tratado firmado en diciembre de 1922, a los pocos meses de publicado este ensayo.
- 12) Piotr (o Pedro) Alekséyevich Kropotkin fue un naturalista, escritor, pensador y analista político y económico ruso que falleció en febrero de 1921 por una neumonía. Es uno de los principales filósofos del anarquismo, uno de los fundadores del anarcocomunismo.
- 13) El caso Dreyfus sucedió en Francia en 1894. Se acusó a Alfred Dreyfus, capitán del ejército francés, de entregar información secreta a los alemanes. Se lo condenó a prisión perpetua en Guayana Francesa, no por cometer un crimen, sino por ser judío. El escándalo duró hasta 1906, cuando se reconoció formalmente su inocencia y se lo reintegró al ejército. El caso sacudió a la sociedad francesa y provocó una gravísima crisis política y social —la Francia de entonces casi muere— por el trasfondo antisemita de la

cuestión que se trasladó a todo el territorio de la Tercera República. De él surgió el famoso *J'acuso* de Émile Zola en 1898, y los episodios de odio a los judíos y los ataques antisemitas fueron azuzados por la prensa y la propaganda.

- 14) *Le Moniteur Universel* (también *La Gaceta Nacional*) fue el principal periódico francés durante la Revolución Francesa y luego el diario oficial del gobierno francés.

BERTRAND RUSSELL: El librepensamiento y la propaganda oficialista

Moncure Conway, en cuyo honor nos reunimos hoy, dedicó su vida a dos grandes objetivos: la libertad de pensamiento y la libertad del individuo. Con respecto a ambos, algo se ha ganado desde su tiempo, pero también algo se ha perdido. Nuevos peligros, algo diferentes en su forma a los de épocas pasadas, amenazan ambos tipos de libertad, y a menos que se despierte una opinión pública vigorosa y vigilante para defenderlos, dentro de cien años habrá mucho menos de ambos de lo que hay ahora. Mi propósito en este discurso es recalcar los nuevos peligros y considerar cómo se les puede hacer frente.

Comencemos por tratar de ser claros con respecto a lo que entendemos por «librepensamiento». Esta expresión tiene dos sentidos. En su sentido más estricto significa el pensamiento que no acepta los dogmas de la religión tradicional. En este sentido, un hombre es un «librepensador» si no es cristiano, musulmán, budista, sintoísta o miembro de cualquiera de los otros grupos de hombres que aceptan alguna ortodoxia heredada. En los países cristianos, a un hombre se le llama «librepensador» si no cree decididamente en Dios, aunque esto no bastaría para hacerlo un «librepensador» en un país budista.

No quiero minimizar la importancia del librepensamiento en este sentido. Yo mismo disiento de todas las religiones conocidas, y espero que todo tipo de creencia religiosa desaparezca.

No creo que la creencia religiosa haya sido una fuerza positiva en el balance general. Aunque estoy dispuesto a admitir que en ciertos tiempos y lugares ha tenido algunos efectos positivos, me parece que pertenece a la infancia del razonamiento humano y a una etapa de desarrollo que hoy estamos superando.

Pero hay también un sentido más amplio del «librepensamiento» que considero más importante. Es más, el daño causado por las religiones tradicionales parece principalmente debido al hecho de que han impedido el librepensamiento en este sentido, que no es tan fácil de definir como el más restringido, y al que será bueno dedicar un poco de tiempo para intentar llegar a su esencia.

Cuando hablamos de cualquier cosa como «libre», lo que queremos decir no es definitivo a menos que podamos decir *de qué* está libre. Lo que sea o quien sea que es «libre» no está sujeto a ninguna compulsión externa, y para ser precisos debemos decir qué tipo de compulsión es. Así, el pensamiento es «libre» cuando está libre de ciertos tipos de control externo con frecuencia presentes. Algunos de estos tipos de control que deben estar ausentes para que el pensamiento sea «libre» son obvios, pero otros son más sutiles y elusivos.

Empecemos por el más obvio: el pensamiento no es «libre» cuando se incurre en sanciones legales por tener o no tener ciertas opiniones, o por expresar la creencia o falta de creencia en ciertos asuntos. Muy pocos países en el mundo tienen todavía este tipo elemental de libertad. En Inglaterra, bajo las Leyes de Blasfemia, es ilegal expresar incredulidad en la religión cristiana, aunque en la práctica la ley no se pone en marcha contra los «acomodados». También es ilegal enseñar lo que Cristo enseñó sobre el tema de la no resistencia. Por lo tanto, quien quiera evitar convertirse en un criminal debe profesar

estar de acuerdo con la enseñanza de Cristo, pero debe evitar decir cuál fue esa enseñanza. En Estados Unidos nadie puede entrar al país sin antes declarar solemnemente que no cree en el anarquismo ni en la poligamia; y, una vez dentro, tampoco puede creer en el comunismo. En Japón es ilegal expresar que no se cree en la divinidad del Mikado. Como podemos ver, dar la vuelta al mundo es una aventura peligrosa; un mahometano, un tolstoiano, un bolchevique o un cristiano no pueden emprenderla sin convertirse en algún momento en criminales, o sin morderse la lengua sobre lo que consideran verdades importantes. Esto, por supuesto, sólo se aplica a los pasajeros de primera clase; a los otros pasajeros se les permite creer lo que les plazca, siempre que eviten un entrometimiento ofensivo.

Queda claro que, para que el pensamiento sea libre, la condición más elemental es la ausencia de sanciones legales por la expresión de opiniones. Ningún gran país ha alcanzado todavía este nivel, aunque la mayoría de ellos cree haberlo hecho. Las opiniones que todavía son perseguidas parecen a la mayoría tan monstruosas e inmorales que el principio general de tolerancia no puede aplicarse a ellas. Pero esta es exactamente la misma opinión que hizo posible las torturas de la Inquisición. Hubo un tiempo en que el protestantismo parecía tan malvado como el bolchevismo parece ahora. Por favor, no deduzcan de este comentario que soy protestante o bolchevique.

Las sanciones legales son, sin embargo, en el mundo moderno, el menor de los obstáculos a la libertad de pensamiento. Los dos grandes obstáculos son las sanciones económicas y la distorsión de la evidencia. Está claro que el pensamiento no es libre si la profesión de ciertas opiniones hace imposible ganarse la vida. También está claro que el pensamiento no es libre si todos los argumentos de un lado de una controversia se presen-

tan perpetuamente de la forma más atractiva posible, mientras que los argumentos del otro lado sólo pueden descubrirse mediante una búsqueda diligente. Ambos obstáculos existen en todos los grandes países que conozco, excepto en China, que es el último refugio de la libertad. Estos son los obstáculos de los que me ocuparé: su magnitud actual, la probabilidad de que aumenten y la posibilidad de que disminuyan.

Podemos decir que el pensamiento es libre cuando está expuesto a la libre competencia entre creencias, es decir, cuando todas las creencias pueden exponer sus argumentos y ninguna lleva atadas ventajas o desventajas legales o monetarias. Esto es un ideal que, por diversas razones, nunca podrá alcanzarse completamente, pero es posible acercarse a él mucho más de lo que estamos ahora. Tres incidentes de mi propia vida servirán para mostrar cómo, en la Inglaterra moderna, la balanza se inclina a favor del cristianismo. Mi razón para mencionarlos es que mucha gente no se da cuenta de las desventajas a las que el agnosticismo declarado todavía expone a las personas.

El primer incidente pertenece a una etapa muy temprana de mi vida. Mi padre era librepensador, pero murió cuando yo sólo tenía tres años.

Deseando educarme sin supersticiones, nombró a dos librepensadores como mis guardianes. Sin embargo, los tribunales anulaban su testamento y me educaron en la fe cristiana. Me temo que el resultado fue decepcionante, pero eso no es culpa de la ley. Si hubiera ordenado que me educaran como cristadelfiano, muggletoniano o adventista del séptimo día, los tribunales no habrían ni soñado con oponerse. Un padre tiene derecho a ordenar que se inculque a sus hijos cualquier superstición imaginable después de su muerte, pero no tiene derecho a decir que se les mantenga libres de superstición en lo posible.

El segundo incidente ocurrió en el año 1910. En ese entonces yo deseaba presentarme al Parlamento como Liberal, y los Whips me recomendaron para cierta circunscripción. Me dirigí a la Asociación Liberal, que se expresó favorablemente, y mi adopción parecía segura. Pero, al ser interrogado por un pequeño grupo interno, admití que era agnóstico. Preguntaron si el hecho saldría a la luz, y dije que probablemente sí. Preguntaron si estaría dispuesto a ir a la iglesia de vez en cuando, y respondí que no. En consecuencia, eligieron a otro candidato, quien fue electo, ha estado en el Parlamento desde entonces y es miembro del Gobierno actual.

El tercer incidente ocurrió inmediatamente después. Fui invitado por el Trinity College de Cambridge a ser profesor, pero no miembro [*fellow*]. La diferencia no es monetaria, sino que el miembro tiene voz en el gobierno del College, y no puede ser destituido durante el período de su *fellowship*, a no ser por una inmoralidad grave. La razón principal para no darme un *fellowship* fue que el partido clerical no quería aumentar el voto anticlerical. El resultado fue que pudieron destituirme en 1916, cuando les disgustaron mis opiniones sobre la guerra. Si hubiera dependido de mi cátedra, me habría muerto de hambre¹.

Estos tres incidentes ilustran diferentes tipos de desventajas que afectan al librepensador declarado, incluso en la Inglaterra moderna. Cualquier otro librepensador puede aportar incidentes similares, a menudo de carácter mucho más graves. El resultado es que las personas que no son acomodadas no se atreven a ser francas sobre sus creencias religiosas.

¹ Debo añadir que me volvieron a nombrar más tarde, cuando las pasiones bélicas habían empezado a enfriarse.

La falta de libertad, por supuesto, no está relacionada sólo o principalmente a la religión. Creer en el comunismo o en el amor libre es mucho mayor desventaja que el agnosticismo. No sólo es una desventaja sostener esos puntos de vista, sino que es mucho más difícil obtener publicidad para los argumentos a su favor. Por otra parte, en Rusia las ventajas y desventajas son exactamente las opuestas: el confort y el poder se consiguen profesando el ateísmo, el comunismo y el amor libre, y no existe ninguna oportunidad para la propaganda en contra de estas opiniones. El resultado es que en Rusia un grupo de fanáticos siente absoluta certeza sobre un conjunto de proposiciones dudosas, mientras que en el resto del mundo otro grupo de fanáticos siente igual certeza sobre un conjunto de proposiciones igualmente dudosas, pero diametralmente opuestas. De tal situación resultan en ambas partes, inevitablemente, la guerra, la amargura y la persecución.

William James solía predicar la “voluntad de creer”; por mi parte, me gustaría predicar la “voluntad de dudar”. Ninguna de nuestras creencias es del todo cierta; todas tienen al menos una penumbra de vaguedad y error. Los métodos para aumentar el grado de verdad en nuestras creencias son bien conocidos; consisten en escuchar a todas las partes, tratar de averiguar todos los hechos relevantes, controlar nuestro propio sesgo mediante la discusión con personas que tienen el sesgo opuesto, y cultivar la disposición a descartar cualquier hipótesis que se haya demostrado inadecuada. Estos métodos se practican en la ciencia, y han construido el cuerpo del conocimiento científico. Todo hombre de ciencia cuyo punto de vista sea verdaderamente científico está dispuesto a admitir que lo que se considera como conocimiento científico ahora, seguramente requerirá correcciones con el progreso de los descubrimientos; sin embargo, ese conocimiento se aproxima lo suficiente a la

verdad como para servir para la mayoría de los fines prácticos, aunque no para todos.

En la ciencia, el único lugar donde se encuentra algo que se aproxima al conocimiento genuino, la actitud de los hombres es de tanteo y llena de dudas. En la religión y la política, por el contrario, aunque no hay nada que se acerque al conocimiento científico, todo el mundo considera *de rigueur* tener una opinión dogmática, que se respalda infligiendo hambre, prisión y guerra, y que se protege cuidadosamente de la competencia argumentativa con cualquier opinión diferente. Si tan sólo se pudiera llevar a los hombres a un estado de ánimo tentativamente agnóstico sobre estos asuntos, se curarían el noventa por ciento de los males del mundo moderno. La guerra se volvería imposible, porque cada lado se daría cuenta de que ambos deben estar equivocados. Cesaría la persecución. La educación tendría como objetivo expandir la mente, no estrecharla. Los hombres serían elegidos para los puestos de trabajo por su aptitud para hacer el trabajo, no porque halagaran los dogmas irracionales de los que están en el poder. Así, si pudiera generarse, la duda racional bastaría para «introducir el milenio».

En los últimos años hemos tenido un brillante ejemplo del temperamento científico de la mente en la teoría de la relatividad y su recepción en el mundo. Einstein, un pacifista alemán-suizo-judío, fue nombrado para un profesorado de investigación por el Gobierno alemán en los primeros días de la Guerra; sus predicciones fueron verificadas por una expedición inglesa que observó el eclipse de 1919, muy poco después del Armisticio. Su teoría trastorna todo el marco teórico de la física tradicional; es casi tan perjudicial para la dinámica ortodoxa como Darwin lo fue para el *Génesis*. Sin embargo, los físicos de todas partes se han mostrado completamente dispuestos a

aceptar su teoría tan pronto como se ha visto que las pruebas estaban a su favor. Pero ninguno de ellos, y mucho menos el propio Einstein, afirmarían que él ha dicho la última palabra. No ha construido un monumento de dogma infalible que esté de pie para siempre; hay dificultades que no puede resolver; sus doctrinas tendrán que cambiar así como han cambiado las de Newton. Esta crítica y no dogmática receptividad es la verdadera actitud de la ciencia.

¿Qué habría ocurrido si Einstein hubiera avanzado algo igualmente nuevo en la esfera de la religión o de la política? Los ingleses habrían encontrado elementos de prusianismo en su teoría; los antisemitas la habrían tomado por complot sionista; los nacionalistas de todos los países la habrían encontrado manchada de pacifismo cobarde, y la habrían declarado un mero truco para eludir el servicio militar. Todos los profesores anticuados se habrían dirigido a Scotland Yard para que se prohibiera la importación de sus escritos; los profesores que le fueran favorables habrían sido despedidos. Él, mientras tanto, habría capturado el Gobierno de algún país atrasado, donde se habría vuelto ilegal enseñar cualquier cosa excepto su doctrina, que se habría convertido en un dogma misterioso entendido por nadie. Finalmente, la verdad o falsedad de su doctrina se decidiría en el campo de batalla, sin la recolección de ninguna evidencia a favor o en contra de ella. Este método es el resultado lógico de la voluntad de creer de William James.

Lo que se busca no es la voluntad de creer, sino el deseo de averiguar, que es exactamente lo contrario.

Si se admite como deseable una condición de duda racional, es importante indagar cómo es que hay tanta certeza irracional en el mundo. Gran parte se debe a la irracionalidad y credulidad inherentes a la naturaleza humana promedio. Pero esta

semilla de pecado original intelectual es nutrida e impulsada por otros agentes, entre los cuales, tres desempeñan el rol principal: la educación, la propaganda y la presión económica.

Considerémoslos uno por uno:

Educación

La educación primaria, en todos los países avanzados, está en manos del Estado. Los funcionarios que deciden las cosas que se enseñan saben que algunas son falsas, y que muchas otras son tomadas por falsas —o por muy dudosas— por cualquier persona sin prejuicios.

Tomemos, por ejemplo, la enseñanza de la historia. Cada nación busca únicamente la auto glorificación en los libros escolares de historia. Cuando alguien escribe su autobiografía, se espera que muestre cierta modestia; pero cuando una nación escribe su autobiografía, no hay límites para su fanfarronería y vanagloria. Cuando yo era joven, los libros de texto enseñaban que los franceses eran malvados y los alemanes virtuosos; hoy enseñan lo contrario. En ninguno de los dos casos hay la menor consideración por la verdad. Los libros alemanes, con respecto a la batalla de Waterloo, muestran a un Wellington casi derrotado cuando llegó Blücher a salvar la situación; los libros ingleses presentan a Blücher como si hubiera hecho muy poca diferencia. Los autores de los libros alemanes e ingleses saben que no dicen la verdad. Los libros escolares estadounidenses solían ser violentamente anti-británicos; desde la Guerra se han vuelto igualmente pro-británicos, sin apuntar a la verdad en ninguno de los casos². Tanto antes como después, uno de los principales propósitos de la educación en Estados Unidos

² Véase *The Freeman*, 15 de febrero de 1922, p. 532.

ha sido convertir a la surtida colección de niños inmigrantes en «buenos americanos». Aparentemente, no se le ha ocurrido a nadie que un «buen americano», como un «buen alemán» o un «buen japonés», debe ser, por lo tanto, un mal ser humano. Un «buen americano» es un hombre o una mujer impregnado de la creencia de que *America* es el mejor país del mundo, y que siempre debe ser apoyado apasionadamente en cualquier disputa. Es posible que estas proposiciones sean ciertas; si es así, una persona racional no tendrá nada que discutir. Pero si son ciertas, deberían enseñarse en todas partes, no sólo en Estados Unidos. Es sospechoso que tales proposiciones nunca sean creídas fuera del país al que glorifican. Mientras tanto, toda la maquinaria del Estado, en todos los países, se pone en marcha para hacer creer a niños indefensos proposiciones absurdas, cuyo efecto es hacer que estén dispuestos a morir en defensa de intereses siniestros bajo la impresión de que están luchando por la verdad y lo correcto. Esta es sólo una de las innumerables maneras en las que la educación está diseñada, no para brindar conocimiento verdadero, sino para hacer a la gente complaciente a la voluntad de sus amos. Sin un elaborado sistema de engaños en las escuelas primarias, sería imposible conservar el camuflaje de la democracia.

Antes de dejar el tema de la educación, tomaré otro ejemplo de los Estados Unidos — no porque sea peor que otros países, sino porque es el más moderno, mostrando los peligros que crecen más que los que disminuyen. En Nueva York, uno no puede poner una escuela sin una licencia del Estado, aunque vaya a ser mantenida totalmente con fondos privados. Una ley reciente decreta que no se concederá licencia a ninguna escuela “donde parezca que la instrucción que se propone brindar incluya la doctrina de que los Gobiernos organizados deberán ser derrocados por la fuerza, la violencia o por medios ilícitos”.

Como señala el *New Republic*³, no se especifica qué tipo de Gobierno organizado; o sea que la ley habría hecho ilegal, durante la Guerra, enseñar que el Gobierno del Kaiser debía ser derrocado por la fuerza; y, desde luego, el apoyo de Kolchak o Denikin contra el Gobierno soviético habría sido ilegal. Tales consecuencias no eran las previstas, por supuesto, y sólo son el resultado de una mala redacción. Lo que se pretendía se desprende de otra ley aprobada al mismo tiempo, que aplica a los profesores de las escuelas estatales. Esta ley establece que los certificados que permiten a las personas enseñar en dichas escuelas se emitirán únicamente a quienes hayan “demostrado satisfactoriamente” que son “leales y obedientes al Gobierno de este Estado y de los Estados Unidos”, y los certificados se denegarán a quienes hayan defendido, sin importar dónde o cuándo, “una forma de gobierno distinta al Gobierno de este Estado o de los Estados Unidos”. El comité que elaboró estas leyes, según cita el *New Republic*, estableció que el maestro que “no apruebe el sistema social actual ... deberá renunciar a su cargo”, y que “a ninguna persona que no esté ansiosa por combatir las teorías del cambio social se le deberá confiar la tarea de preparar a los jóvenes y a los mayores para las responsabilidades de la ciudadanía”.

Según la ley de Nueva York, Cristo y George Washington eran demasiado degenerados moralmente como para ser aptos para la educación de los jóvenes. Si Cristo fuera a Nueva York y dijera: “Dejad que los niños vengan a mí”, el presidente del Consejo Escolar de Nueva York le respondería: “Señor, no veo indicios de que usted esté ansioso por combatir las teorías del cambio social. De hecho, he oído decir que usted aboga por lo que llama el *reino* de los cielos, mientras que este país, gracias a

³ Véase *The New Republic*, 1 de febrero de 1922, p. 259 y ss.

Dios, es una república. Está claro que el Gobierno de su reino de los cielos difiere materialmente del estado de Nueva York, por lo que no se le permitirá el acceso a ningún niño”. Si no diera esta respuesta, no estaría cumpliendo con su deber como funcionario encargado de administrar la ley.

El efecto de tales leyes es muy grave. Supongamos, en aras del argumento, que el gobierno y el sistema social del estado de Nueva York son los mejores que han existido en la historia de este planeta; aun así, es de suponer que ambos podrían mejorarse. Cualquier persona que admita esta proposición obvia es por ley incapaz de enseñar en una escuela estatal. Luego, la ley decreta que todos los profesores deben ser hipócritas o tontos.

El creciente peligro, ejemplificado por la ley de Nueva York, es el que resulta del monopolio del poder en manos de una sola organización, ya sea el Estado o una fundación o federación de fundaciones. En el caso de la educación, el poder está en manos del Estado, que puede impedir que los jóvenes oigan cualquier doctrina que le desagrade. Creo que todavía hay quien piensa que un estado democrático apenas se distingue del pueblo. Esto, sin embargo, es un engaño. El Estado es una colección de funcionarios diferentes, que sirven para propósitos diferentes, que obtienen cómodos ingresos siempre que se mantenga el *status quo*. La única alteración que pueden desear en el *status quo* es un aumento de la burocracia y del poder de los burócratas. Por lo tanto, es natural que aprovechen oportunidades tales como la excitación de la guerra para adquirir poderes inquisitivos sobre sus empleados, incluyendo el derecho de hacer pasar hambre a cualquier subordinado que se les oponga. En asuntos de la mente, como la educación, este estado de cosas es fatal. Acaba con toda posibilidad de progreso, libertad o iniciativa intelectual. Pero es el resultado natural de permitir

que toda la educación primaria caiga bajo el dominio de una sola organización.

La tolerancia religiosa, hasta cierto punto, se ha conseguido porque la gente ha dejado de considerar a la religión algo tan importante como antes. Pero en la política y la economía, que han ocupado el lugar que antes ocupaba la religión, hay una tendencia creciente a la persecución, que no se limita en modo alguno a un solo partido. La persecución de la opinión en Rusia es más severa que en cualquier país capitalista. Conocí en Petrogrado [San Petersburgo] a un eminente poeta ruso, Aleksander Blok, cuya muerte fue resultado de las privaciones. Los bolcheviques le permitieron enseñar estética, pero él se quejó de que insistieran en que enseñara la materia “desde un punto de vista marxista”. No pudo descubrir cómo se relacionaba la teoría de la rítmica con el marxismo, aunque, para evitar morir de hambre, había hecho todo lo posible por averiguarlo. Por supuesto, desde que los bolcheviques llegaron al poder, en Rusia ha sido imposible publicar nada que critique los dogmas sobre los que se basa su régimen.

Los ejemplos de Estados Unidos y Rusia ilustran la conclusión a la que parecemos abocados — esta es, que mientras los hombres sigan sosteniendo la actual creencia fanática en la importancia de la política, el librepensamiento en asuntos políticos es imposible; y existe el peligro de que la falta de libertad se extienda a todos los otros asuntos, como pasó en Rusia. Sólo un cierto grado de escepticismo político puede salvarnos de esta desgracia.

No hay que suponer que los funcionarios encargados de la educación desean que los jóvenes se eduquen. Al contrario, su problema es impartir información sin impartir inteligencia. La educación debería tener dos objetivos: uno, dar conocimientos

concretos —lectura y escritura, lenguaje y matemáticas, etcétera—; dos, crear hábitos mentales que permitan a las personas adquirir conocimiento y formarse juicios sólidos por sí mismas. A la primera podemos llamarla información, a la segunda inteligencia. La utilidad de la información se admite tanto práctica como teóricamente: sin una población alfabetizada es imposible un estado moderno. Pero la utilidad de la inteligencia se admite sólo en teoría, no en la práctica, donde no se desea que la gente común piense por sí misma, porque se considera que las personas que piensan por sí mismas son difíciles de manejar y causan dificultades administrativas. Sólo los guardianes, en el lenguaje de Platón, deben pensar; el resto debe obedecer o seguir a los líderes como un rebaño de ovejas. Esta doctrina, generalmente de forma inconsciente, ha sobrevivido a la introducción de la democracia política y ha viciado radicalmente todos los sistemas nacionales de educación.

El país que mejor ha logrado brindar información sin inteligencia es la última incorporación a la civilización moderna: Japón. Dicen que la educación primaria en Japón es admirable desde el punto de vista de la instrucción. Pero, además de la instrucción, tiene otro propósito: enseñar el culto al Mikado — un credo mucho más fuerte ahora que antes de que Japón se modernizara⁴. Luego, las escuelas se han utilizado para conferir conocimientos y promover la superstición simultáneamente. Como no nos sentimos tentados a adorar al Mikado, vemos claramente lo que hay de absurdo en la enseñanza japonesa. Nuestras propias supersticiones nacionales nos parecen naturales y sensatas, por lo que no tenemos una visión tan verdadera de ellas como la que tenemos de las supersticiones de Nippon.

⁴ Véase *La invención de una nueva religión*, del Profesor Chamberlain, de Tokio. Publicado por la *Rationalist Press Association* (por ahora agotado).

Pero si un japonés «viajado» mantuviera la tesis de que en nuestras escuelas se enseñan supersticiones tan contrarias a la inteligencia como la creencia en la divinidad del Mikado, sospecho que podría argumentar un muy buen punto.

Por el momento, no busco remedios, sólo me preocupo del diagnóstico. Nos enfrentamos al paradójico hecho de que la educación se ha convertido en uno de los principales obstáculos para la inteligencia y la libertad de pensamiento. Esto se debe principalmente a que el Estado demanda el monopolio; pero, en todo caso, esa no es la única causa.

Propaganda

Nuestro sistema educativo hace que los jóvenes salgan de las escuelas capaces de leer, pero en su mayor parte incapaces de sopesar pruebas o de formarse una opinión independiente. Entonces, durante el resto de sus vidas, se les ataca con afirmaciones diseñadas para hacerles creer todo tipo de proposiciones absurdas, como que las píldoras de Blank curan todos los males, que Spitzbergen es cálido y fértil, y que los alemanes comen cadáveres. El arte de la propaganda, tal como lo practican los políticos y los gobiernos modernos, deriva del arte de la publicidad. La ciencia de la psicología le debe mucho a los publicistas. En otros tiempos, la mayoría de los psicólogos probablemente habrían pensado que un hombre no podía convencer a mucha gente de la excelencia de sus propios productos simplemente afirmando enfáticamente que eran excelentes. Sin embargo, la experiencia demuestra que estaban equivocados. Si me levantara una vez en un lugar público y afirmara que soy el hombre más modesto que existe, se reirían de mí; pero si pudiera reunir el dinero suficiente para hacer la misma afirmación en todos los autobuses y vallas publicitarias de las principales líneas de ferrocarril, la gente se convencería enseguida de

que tengo una reticencia anormal a la publicidad. Si me acercara a un pequeño comerciante y le dijera: “Mire a su competidor, le está quitando el negocio; ¿no cree que sería un buen plan dejar su negocio y plantarse en medio de la carretera e intentar dispararle antes de que él le dispare a usted?” Si yo dijera esto, cualquier pequeño comerciante me tomaría por loco. Pero cuando el Gobierno lo dice con énfasis y una banda de música, los pequeños comerciantes se entusiasman, y se sorprenden bastante cuando descubren después que el negocio se ha resentido. La propaganda, llevada a cabo por los medios que los publicistas han encontrado exitosos, es ahora uno de los métodos reconocidos de gobierno en todos los países avanzados, y es especialmente el método por el cual se crea la opinión democrática.

La propaganda, tal como se practica en la actualidad, conlleva dos males muy diferentes. Por un lado, generalmente apela a causas irracionales de creencia más que a argumentos serios; por otra parte, da una ventaja injusta a aquellos que pueden obtener más publicidad, ya sea a través de la riqueza o del poder. Por mi parte, me inclino a pensar que a veces se hace demasiado hincapié en el hecho de que la propaganda apela a la emoción más que a la razón. La línea que separa la emoción de la razón no es tan nítida como algunos creen.

Además, una persona inteligente podría elaborar un argumento lo suficientemente racional a favor de cualquier posición que tenga alguna posibilidad de ser adoptada. Siempre hay buenos argumentos en ambos lados de cualquier cuestión real. Se pueden objetar legítimamente algunas afirmaciones erróneas, pero no es en absoluto necesario. Las meras palabras «Jabón Pears», que no afirman nada, hacen que la gente compre ese artículo. Si, dondequiera que aparezcan estas palabras,

se sustituyeran por las palabras «El Partido Laborista», millones de personas se verían inducidas a votar por el Partido Laborista, aunque los anuncios no le hubieran atribuido mérito alguno. Pero si ambas partes en una controversia se limitaran por ley a declaraciones que un comité de eminentes lógicos considerara pertinentes y válidas, el principal mal de la propaganda, tal como se lleva a cabo en la actualidad, permanecería. Supongamos, bajo tal ley, dos partes con un caso igualmente bueno, una de las cuales tiene un millón de libras para gastar en propaganda, mientras que la otra sólo tiene cien mil. Es obvio que los argumentos a favor del partido más rico serían más conocidos que los del partido más pobre y, por lo tanto, ganaría el partido más rico. Por supuesto, esta situación se intensifica cuando uno de los partidos es el Gobierno. En Rusia, el Gobierno tiene el monopolio casi absoluto de la propaganda, pero eso no es necesario. Las ventajas que posee sobre sus oponentes serán generalmente suficientes para darle la victoria, a menos que le pase algo excepcionalmente malo.

La objeción a la propaganda no es sólo que apela a la insensatez, sino, sobre todo, la ventaja injusta que da a los ricos y poderosos. La igualdad de oportunidades entre las opiniones es esencial para que haya verdadera libertad de pensamiento; y la igualdad de oportunidades entre las opiniones sólo puede asegurarse mediante leyes elaboradas dirigidas a ese fin, que no hay razón para esperar que se promulguen. La cura no debe buscarse principalmente en tales leyes, sino en una mejor educación y en una opinión pública más escéptica. Por el momento, sin embargo, no me interesa hablar de curas.

La presión económica

Ya me he ocupado de algunos aspectos de este obstáculo a la libertad de pensamiento, pero ahora quiero abordarlo en líneas

más generales, por ser un peligro que seguramente aumentará a no ser que se tomen medidas concretas para contrarrestarlo.

El ejemplo supremo de presión económica aplicada contra la libertad de pensamiento es la Rusia soviética, donde, hasta el acuerdo comercial, el Gobierno podía infligir —y lo hacía— la muerte por inanición a las personas cuyas opiniones le desagradaban (por ejemplo, Kropotkin). Pero en este aspecto Rusia sólo está algo por delante de otros países. En Francia, durante el asunto Dreyfus, cualquier profesor habría perdido su puesto si hubiera estado a favor de Dreyfus al principio o en contra al final. En la actualidad, en Estados Unidos, dudo que un profesor universitario, por eminente que sea, pueda conseguir empleo si critica a la *Standard Oil Company*, porque todos los presidentes de universidades han recibido o esperan recibir donaciones de parte del señor Rockefeller. En toda América los socialistas son marcados, y les resulta extremadamente difícil obtener trabajo a menos que tengan grandes dotes. La tendencia, que existe dondequiera que el industrialismo esté bien desarrollado, a que los *trusts* y los monopolios controlen toda la industria, conduce a una disminución del número de posibles empleadores, de modo que se hace más y más fácil mantener libros negros secretos por medio de los cuales cualquiera que no esté al servicio de las grandes corporaciones puede morir de hambre. El crecimiento de los monopolios está introduciendo en Estados Unidos muchos de los males asociados con el Socialismo de Estado, así como pasó en Rusia. Desde el punto de vista de la libertad, no hay diferencia para un hombre si su único empleador posible es el Estado o un *Trust*.

En Estados Unidos, que es el país más avanzado industrialmente, y en menor medida en otros países que se aproximan a la condición americana, es necesario que el ciudadano medio,

si desea ganarse la vida, evite incurrir en la hostilidad de ciertos grandes hombres. Y estos grandes hombres tienen un punto de vista —religioso, moral y político— con el que esperan que sus empleados estén de acuerdo, al menos en apariencia. Un hombre que disiente abiertamente del cristianismo, o cree en la relajación de las leyes matrimoniales, o que objeta el poder de las grandes corporaciones, encuentra en Estados Unidos un país muy incómodo, a menos que sea un escritor eminente. Exactamente el mismo tipo de restricciones a la libertad de pensamiento están destinadas a ocurrir en todos los países donde la organización económica se ha llevado al punto del monopolio práctico. Por lo tanto, la defensa de la libertad en el mundo que se está desarrollando es mucho más difícil de lo que era en el siglo 19, cuando la libre competencia era todavía una realidad. Quien se preocupe por la libertad de la mente debe enfrentarse a esta situación plena y francamente, comprendiendo la inaplicabilidad de los métodos que funcionaban lo suficientemente bien cuando el industrialismo estaba en su infancia.

Hay dos principios sencillos que, si se adoptaran, resolverían casi todos los problemas sociales. El primero es que la educación debería tener como uno de sus objetivos enseñar a la gente a creer en proposiciones sólo cuando haya alguna razón para pensar que son ciertas. El segundo es que los empleos deberían concederse únicamente según la aptitud para realizar el trabajo.

Tomemos primero el segundo punto. La costumbre de considerar las opiniones religiosas, morales y políticas de un hombre antes de nombrarlo para un puesto o darle un empleo es la forma moderna de persecución, y es probable que llegue a ser

tan eficiente como lo fue la Inquisición. Las antiguas libertades pueden conservarse legalmente sin que sirvan para nada. Si, en la práctica, ciertas opiniones llevan a un hombre a morir de hambre, saber que sus opiniones no son castigadas por la ley es un consuelo pobre. Existe cierto sentimiento público en contra de matar de hambre a los hombres por no pertenecer a la Iglesia de Inglaterra, o por sostener opiniones ligeramente heterodoxas en política. Pero apenas existe sentimiento alguno contra el rechazo de los ateos o los mormones, los comunistas extremistas o los hombres que defienden el amor libre. Se piensa que esos hombres son malvados, y se considera natural negarse a contratarlos. La gente apenas ha despertado al hecho de que esta negativa, en un Estado altamente industrializado, equivale a una forma muy rigurosa de persecución.

Si este peligro se percibiera adecuadamente, sería posible despertar a la opinión pública y conseguir que las creencias de un hombre no se tuvieran en cuenta a la hora de nombrarlo para un puesto. La protección de las minorías es de vital importancia; e incluso el más ortodoxo de nosotros puede encontrarse algún día en minoría, por lo que todos tenemos interés en frenar la tiranía de las mayorías. Nada, excepto la opinión pública, puede resolver este problema. El socialismo lo agudizaría incluso un poco más, ya que eliminaría las oportunidades que ahora surgen a través de empresarios excepcionales. Todo aumento del tamaño de las empresas industriales lo agrava, ya que disminuye el número de empresarios independientes. La batalla debe librarse exactamente como se libró la batalla de la tolerancia religiosa. Y como en aquel caso, también en éste es probable que el factor decisivo sea la disminución de la intensidad de las creencias. Mientras los hombres estaban convencidos de la verdad absoluta del catolicismo o del protestantismo, según el caso, estaban dispuestos a perseguir a causa de ellos.

Mientras los hombres estén seguros de sus credos modernos, perseguirán en su nombre. Cierta elemento de duda es esencial para la práctica, aunque no para la teoría, de la tolerancia. Y esto me lleva al otro punto, que se refiere a los objetivos de la educación.

Si ha de haber tolerancia en el mundo, una de las cosas que se enseñan en las escuelas debe ser el hábito de sopesar las pruebas, y la práctica de no dar pleno asentimiento a proposiciones para las que no hay motivo para creer que sean ciertas. Por ejemplo, debería enseñarse el arte de leer los periódicos. El maestro de escuela debe seleccionar algún incidente que haya ocurrido hace muchos años y que haya despertado pasiones políticas en su época. Entonces debería leer a los escolares lo que decían los periódicos de un lado, lo que decían los del otro, y algún relato imparcial de lo que realmente ocurrió. Debería mostrar cómo, a partir del relato tendencioso de uno u otro bando, un lector experimentado podría deducir lo que realmente sucedió, y debería hacerles comprender que todo lo que aparece en los periódicos es más o menos falso. El escepticismo cínico que resultaría de esta enseñanza haría a los niños inmunes en su vida posterior a esos llamamientos al idealismo con los que se induce a la gente decente a promover los planes de los sinvergüenzas.

La historia debería enseñarse del mismo modo. Las campañas de Napoleón de 1813 y 1814, por ejemplo, podrían estudiarse en el *Moniteur*, hasta la sorpresa que sintieron los parisinos cuando vieron llegar a los Aliados después de que (según los boletines oficiales) habían sido derrotados por Napoleón en todas las batallas. En las clases más avanzadas, habría que animar a los alumnos a contar el número de veces que Lenin ha sido asesinado por Trotski, para que aprendan a despreciar

la muerte. Por último, se les debería dar una historia escolar aprobada por el Gobierno, y pedirles que deduzcan lo que una historia escolar francesa diría sobre nuestras guerras con Francia. Todo esto sería una formación ciudadana mucho mejor que las trilladas máximas morales con las que algunas personas creen que se puede inculcar el deber cívico.

Hay que admitir, creo, que los males del mundo se deben tanto a defectos morales como a falta de inteligencia. Pero la raza humana no ha descubierto hasta ahora ningún método para erradicar los defectos morales; la predicación y la exhortación sólo añaden la hipocresía a la lista anterior de vicios. La inteligencia, por el contrario, se mejora fácilmente por métodos conocidos por todo educador competente. Por lo tanto, hasta que se descubra algún método para enseñar la virtud, el progreso tendrá que buscarse en la mejora de la inteligencia más que en la de la moral. Uno de los principales obstáculos para la inteligencia es la credulidad, y la credulidad podría disminuirse enormemente instruyendo sobre las formas prevalentes de mendacidad. La credulidad es un mal mayor en la actualidad, más que nunca antes, porque, debido al crecimiento de la educación, es mucho más fácil que antes difundir desinformación y, debido a la democracia, la difusión de desinformación es más importante que en épocas anteriores para quienes mantienen el poder. De ahí el aumento de la tirada de circulación de los periódicos.

Si me preguntan cómo se puede inducir al mundo a adoptar estas dos máximas —a saber, (1) que los trabajos deben darse a las personas en función de su aptitud para desempeñarlos; (2) que uno de los objetivos de la educación debe ser curar a la gente del hábito de creer en proposiciones para las que no hay pruebas—, sólo puedo decir que debe hacerse generando una

opinión pública ilustrada. Y una opinión pública ilustrada sólo puede ser generada por los esfuerzos de aquellos que desean que exista. No creo que los cambios económicos propugnados por los socialistas sirvan por sí mismos para curar los males que hemos estado considerando. Pienso que, pase lo que pase en política, la tendencia del desarrollo económico hará cada vez más difícil la preservación de la libertad mental, a menos que la opinión pública insista en que el patrón no controle nada en la vida del empleado, excepto su trabajo. La libertad en la educación podría asegurarse fácilmente, si se deseara, limitando la función del Estado a la inspección y al pago, y confinando la inspección rígidamente a la instrucción definitiva. Pero eso, tal como están las cosas, dejaría la educación en manos de las Iglesias, porque, desgraciadamente, están más ansiosas de enseñar sus creencias que los librepensadores de enseñar sus dudas. Sin embargo, dejaría un campo libre, y haría posible que se diera una educación liberal si realmente se deseara. No debería pedirse más que eso a la ley.

A lo largo de este discurso he abogado por la difusión del temperamento científico, que es algo totalmente distinto del conocimiento de los resultados científicos. El temperamento científico es capaz de regenerar a la humanidad y dar solución a todos nuestros problemas. Los resultados de la ciencia, en forma de mecanismo, gas venenoso y prensa amarillista, pueden conducir a la ruina total de nuestra civilización. Es una antítesis curiosa, que un marciano podría contemplar con desapego entretenido. Pero para nosotros es una cuestión de vida o muerte. De ella depende que nuestros nietos vivan en un mundo más feliz, o que terminen por exterminarse unos a otros por métodos científicos, dejando tal vez a los negros y a los papúes los destinos futuros de la humanidad.

CONTEXTO CONDENSADO

Russell, los sesgos y la censura – parte 2

¿Quién no se hubiera visto tentado a censurar la línea final de este ensayo en nuestro tiempo? Pero eso iría en contra de lo que se propone, y es una oportunidad para alabar y menospreciar la libertad y la democracia. Y para hacer lo que se hace cuando uno es sesgado: defender lo indefendible.

Otra cosa más. María Zambrano escribió que “se escribe para reconquistar la derrota sufrida siempre que hemos hablado largamente”. Y se escribe largamente cuando se trata de justificar algo.

Russell, en su libro *Marriage and Morals* de 1929, escribió un capítulo que se hizo viral, donde tocó el tema de la eugenesia, y este par de párrafos lo persiguieron de por vida:

“Existe un tipo de eugenesia, muy popular entre cierto tipo de políticos y publicistas, que podría llamarse eugenesia racial. Consiste en la afirmación de que una raza o nación (por supuesto, aquella a la que pertenece el escritor) es muy superior a todas las demás y debería utilizar su poder militar para aumentar su número a expensas de poblaciones inferiores. El ejemplo más notable de esto es la propaganda nórdica en los Estados Unidos, que logró ganarse el reconocimiento legislativo

en las leyes de inmigración. Este tipo de eugenesia puede apelar al principio darwiniano de supervivencia del más fuerte; sin embargo, aunque parezca extraño, sus defensores más fervientes son aquellos que consideran que la enseñanza del darwinismo debería ser ilegal. La propaganda política unida con eugenesia racial es, en general, algo indeseable; pero olvidemos esto y examinemos la cuestión en sí.

En casos extremos, hay pocas dudas sobre la superioridad de una raza sobre otra. América del Norte, Australia y Nueva Zelanda ciertamente contribuyen más a la civilización del mundo de lo que contribuirían si todavía estuvieran pobladas por aborígenes. No hay ninguna razón sólida para considerar a los negros como, en promedio, inferiores a los hombres blancos [El primer texto decía: En general, parece justo considerar a los negros como, en promedio, inferiores a los hombres blancos], aunque para el trabajo en los trópicos son indispensables, por lo que su exterminio (aparte de cuestiones de humanidad) sería altamente indeseable. Pero cuando se trata de discriminar entre las razas de Europa, hay que incorporar una gran cantidad de mala ciencia para respaldar los prejuicios políticos. Tampoco veo ningún fundamento válido para considerar a las razas amarillas como inferiores en algún grado a nosotros mismos. En todos esos casos, la eugenesia racial es simplemente una excusa para el chauvinismo”.

Aunque en el capítulo susodicho atacó a quienes simplificaban la eugenesia —especialmente a quienes la usaban para el racismo y para poner a los ricos por encima de los pobres—, no la descartó. Si se trata de justificar, el tema de la eugenesia

estaba muy en boga en ese tiempo entre la Primera y la Segunda Guerra Mundial. También se puede decir que cambió de opinión sobre el tema: Russell vivió casi 100 años, y los cambios sociales que se dieron entre 1870 y 1970, incluso para nosotros, que creemos que estamos viviendo en una época de grandes cambios, son poco imaginables. Además, muy probablemente, sintió culpa (a pesar de no ser católico). Como dijimos antes, el tema lo persiguió de por vida, y en sus escritos y entrevistas se siente que sintió la necesidad de disculparse y justificarse.

Por ejemplo: Abogó constantemente por un sistema judicial no racista en Estados Unidos (“el fallo más grande de la democracia” en ese país). Escribió un ensayo *Sobre el odio racial* en 1933, (“el odio racial es una de las emociones más crueles y menos civilizadas a las que son propensos los hombres en masa, y es de suma importancia para el progreso humano que se adopten todos los métodos posibles para disminuirlo”). En 1951 escribió un capítulo sobre *El antagonismo racial*. Y sobre los párrafos del libro susodicho, dijo, en 1964:

“Nunca consideré a los negros como inherentemente inferiores. La declaración en *Marriage and Morals* se refiere al condicionamiento del ambiente. La he retirado de ediciones posteriores porque es claramente ambigua”.

Claramente, sus declaraciones no eran ambiguas, sino hijas de su época, madre de la nuestra, con sus taras todavía heredadas genéticamente.

Esa respuesta llegó ante la pregunta de una lectora, *miss Dorheim*, que le escribió, en una carta:

“He leído *Marriage and Morals* y sus *Unpopular Essays*. Tengo quince, y aunque algunos adultos piensan que soy demasiado joven para entender sus libros, los encuentro estimulantes y muy claros y concisos. Me gustaría hacerle cuatro preguntas. Primero, ¿todavía considera a los negros como una raza inferior, como lo hacía cuando escribió *Marriage and Morals*?”

La cuarta pregunta decía:

“Asumiendo que la respuesta a mi primera pregunta es «no», ¿qué piensa del actual *civil rights movement* en los Estados Unidos?”

La respuesta de Russell, del 17 de marzo de 1964, fue:

“Apruebo totalmente el movimiento por los derechos civiles en Estados Unidos y espero que aumente en *momentum* y militancia”.

Tres meses y medio después, el presidente Lyndon B. Johnson firmaba la Ley de Derechos Civiles, que abolía la segregación racial en los Estados Unidos. En octubre ese mismo año, Martin Luther King Jr. recibía el Nobel de la Paz, siendo, con 35 años, la persona más joven en recibir el premio; cuatro años después fue asesinado por un racista que odiaba su libertad y expresión.

CONTEXTO CONDENSADO

Hannah Arendt, libertad, «liberty» y «freedom»

En inglés, la palabra libertad tiene dos traducciones: *liberty* y *freedom*. “Ninguna otra lengua europea, antigua o moderna, ofrece tal posibilidad de elección”, como dijo Hanna Fenichel Pitkin (1931-2023)¹, cuya especialidad se define en inglés como *political theorist*. Continúa ella:

“Entre los muchos teóricos que equiparan *freedom* con *liberty* hay, sin embargo, una notable excepción. Hannah Arendt consideraba esta diferencia conceptual precisamente como algo fundamental en sus preocupaciones teóricas más urgentes, y consideraba que nuestra ceguera ante ella era sintomática de debilidades modernas fundamentales”.

Arendt profundizó sobre el tema en sus ensayos *On Revolution* (1963) y en *What is Freedom?* De éste leemos un extracto líneas abajo: el primero de sus cuatro capítulos. En el tercero escribió:

“la idea de *freedom* [con relación al «libre albedrío»] no desempeñó ningún papel en la filosofía anterior a San Agustín. La razón de este sorprendente hecho es que,

¹ *Are Freedom and Liberty Twins?* (1988).

tanto en la antigüedad griega como en la romana, *freedom* era un concepto exclusivamente político”.

John Stuart Mill (padrino de Bertrand Russell) escribe lo mismo en su ensayo *Sobre la libertad* (1859):

“en la antigüedad esta contienda era entre súbditos, o algunas clases de súbditos, y el gobierno. Por *liberty* se entendía protección contra la tiranía de los gobernantes políticos”.

Entonces, cuando Epicteto discurrea *Sobre la libertad*, lo hace sobre la libertad política — y no olvidemos que Epicteto fue, durante largo tiempo, esclavo. Vamos a leer a Arendt citando a Epicteto, y vale traer lo que no leemos en el segundo capítulo, donde cita a Mill diciendo: “Nadie pretende que las acciones sean tan libres como las opiniones”. Y en *On Revolution* lo cita mientras dice:

“La conversión del ciudadano de las revoluciones en el individuo privado de la sociedad del siglo 19 se ha descrito a menudo, normalmente, en términos de la Revolución Francesa, que hablaba de *citoyens* y *burgueses*. A un nivel más sofisticado, podemos considerar esta desaparición del “gusto por la libertad política” como el repliegue del individuo hacia un “dominio interior de la conciencia” donde encuentra la única “región apropiada de la libertad humana””.

A lo largo de este libro hablamos más de esa libertad política, que implica la ausencia o presencia de restricciones; alabamos la oportunidad de practicarla, menospreciamos su abuso.

Ahora *freedom* se usa comúnmente en inglés para denotar el grado de capacidad que tenés de hacer lo que te plazca, pero

liberty implica el uso responsable de esa capacidad con relación a los demás y sus restricciones: o sea, usar tu *freedom* sin afectar la *freedom* ajena. Y añadamos lo que dijo Epicteto: “Libre es quien vive como quiere ... y no cae en lo que debe evitar.”

Y ahora vale la pena preguntarse: *What is freedom?* Y que la pregunta la responda una defensora de la libertad — aunque diga que esto “parece ser un emprendimiento sin esperanzas”.

Hannah Arendt se vio perseguida por la eterna pregunta sobre qué es la libertad. Nació en un pueblo que ahora es parte de Hanover, en 1906, cuando ésta era parte de la Prusia que comandaba el Imperio Alemán. Johanna Arendt era judía. Cuando en 1933 los nazis ascienden al poder, trabajaba para la resistencia en la Organización Sionista de Alemania. Ya había publicado trabajos en contra del movimiento e investigaba la propaganda antisemita, una investigación entonces ilegal. Por eso fue arrestada por ocho días; ella y su madre.

Decidieron huir, primero a Ginebra y luego a París, donde continuó trabajando para la causa judía y la resistencia. En 1937 los nazis le quitaron la nacionalidad alemana; en el exilio, era una apátrida, una condición sobre la que también investigó exhaustivamente. Cuando en 1940 el Tercer Reich invade Francia, y ella y su segundo esposo son enviados a dos campos de concentración distintos; pero ambos lograron escapar, y se reencontraron en Montauban, donde estaba su madre. De ahí se movieron a Marsella. Su escape hacia Nueva York en 1941 —vía Lisboa, luego de atravesar España—, y el contexto de esa huída, se puede ver en la serie *Transatlantic* de Netflix.

En 1950 dejó el estado de *statelessness*: recibió la nacionalidad estadounidense. A los pocos años ya se había convertido en la autoridad sobre el autoritarismo: probablemente nadie trató mejor el tema del totalitarismo. Escritora, periodista, profesora

y *political theorist*, es una de las filósofas más influyentes del siglo pasado. Murió a los 69 años, en 1975, en su departamento en Nueva York. El *New York Times* reportaba: “La Dra. Arendt se desplomó, al parecer de un ataque al corazón, mientras se encontraba con unos amigos”. En su máquina de escribir acababa de escribir el título de la tercera parte de su último trabajo, *The Life of the Mind*.

¿*Qué es la libertad?* se publicó en 1961 en la primera versión de la colección *Entre el pasado y el futuro*, que contenía seis ensayos; se agregaron dos más para la edición de 1968.

Quería compartir el ensayo completo, pero los derechos de su reproducción no son *free* y el precio se nos iba de presupuesto.

Algunas notas extras para su lectura:

- 1) Donde leás “libertad”, la autora escribió “*freedom*”; por lo hablado antes, mantengo los “*liberty*” originales.
- 2) *Nihil ex nihilo* = nada viene de la nada; *nihil fit sine causa* = nada sucede sin una razón.
- 3) Max Planck es el padre de la teoría cuántica; Nobel de Física en 1918.
- 4) *Raison d'être* = razón de ser; respeto el escrito original.
- 5) Arendt introdujo la idea de la *vita contemplativa* en contraste con la *vita activa*. Quizás no hay necesidad de traducirlas para entenderlas; pero, si la maravilla de la contemplación no te ha encontrado hasta ahora, podemos resumir que, para Arendt, la una hace referencia a la actividad

mental, el pensamiento reflexivo y la introspección, la otra a la vida pública y la acción.

HANNAH ARENDT: ¿Qué es la libertad?

Capítulo 1

Plantear la pregunta ¿qué es la libertad? parece ser un emprendimiento sin esperanzas. Es como si contradicciones y antinomias antiguas estuvieran esperando para forzar la mente a dilemas de imposibilidad lógica, de modo que, dependiendo del cuerno del dilema al que uno está aferrado, se vuelve tan imposible la concepción de la libertad o su opuesto como entender la noción de la cuadratura del círculo. En su forma más simple, la dificultad puede resumirse como la contradicción entre nuestro actuar consciente y nuestra conciencia, que nos dicen que somos libres y entonces responsables, y nuestra experiencia diaria en el mundo exterior, en el que nos orientamos según el principio de causalidad. En todos los asuntos prácticos, y especialmente en los políticos, consideramos que la libertad humana es una verdad evidente, y es sobre esta premisa axiomática que se establecen las leyes en las comunidades humanas, se toman las decisiones y se emiten los juicios. En todos los campos del quehacer científico y teórico, por el contrario, procedemos de acuerdo con la verdad no menos evidente del *nihil ex nihilo*, del *nihil sine causa*, es decir, partiendo del supuesto de que incluso «nuestras propias vidas están, en última instancia, sujetas a causalidad», y que si existiera en nosotros, en última instancia, un ego libre, ciertamente nunca hace su apari-

ción inequívoca en el mundo de los fenómenos y, por lo tanto, nunca puede ser objeto de comprobación teórica. De ahí que la libertad resulte ser un espejismo en el momento en que la psicología se asoma a lo que supuestamente es su dominio más profundo; porque “el papel que la fuerza desempeña en la naturaleza, como causa del movimiento, tiene su contrapartida en la esfera mental en la motivación como causa de la conducta”¹. Es cierto que la prueba de causalidad —la previsibilidad del efecto si se conocen todas las causas— no puede aplicarse al ámbito de los asuntos humanos; pero esta imprevisibilidad no es una prueba de la libertad, sólo significa que simplemente no estamos en condiciones de conocer nunca todas las causas que entran en juego, y esto en parte debido al gran número de factores que intervienen, pero también porque las motivaciones humanas, a diferencia de las fuerzas naturales, siguen ocultas a todos los observadores, tanto a la inspección de nuestros semejantes como a la introspección.

La mayor aclaración en estos temas oscuros se la debemos a Kant y a su *insight* de que la libertad no es más accesible para el sentido interno y dentro del campo de la experiencia interna de lo que lo es para los sentidos con los que conocemos y comprendemos el mundo. Sea o no la causalidad una cosa operativa en los ámbitos de la naturaleza y el universo, es sin duda una categoría mental para poner en orden todos los datos sensoriales, cualquiera que sea su naturaleza, y así hace posible la experiencia. De ahí que la antinomia entre la libertad práctica y la no-libertad teórica, ambas igualmente axiomáticas en sus

¹ Sigo a Max Planck, *Causation and Free Will* (en *The New Science*, Nueva York, 1959), porque los dos ensayos, escritos desde el punto de vista del científico, poseen una belleza clásica en su simplicidad y claridad no simplificadoras.

respectivos campos, no se refiera meramente a una dicotomía entre ciencia y ética, sino que radica en las experiencias de la vida cotidiana de las que tanto la ética como la ciencia toman sus respectivos puntos de partida. No es la teoría científica, sino el pensamiento mismo, en su estado pre-científico y pre-filosófico, lo que parece disolver la libertad en la que se basa nuestra conducta práctica en la nada. Porque el momento en que reflexionamos sobre un acto realizado bajo el supuesto de que somos un agente libre, parece quedar bajo el dominio de dos tipos de causalidad: de la causalidad de la motivación interior, por un lado, y del principio causal que rige el mundo exterior, por otro. Kant salvó a la libertad de este asalto doble contra ella distinguiendo entre una razón «pura» o teórica, y una «razón práctica» cuyo centro es el libre albedrío; por lo que es importante tener en cuenta que el agente de libre albedrío —prácticamente todo lo importante— no aparece nunca en el mundo de los fenómenos, ni en el mundo exterior de nuestros cinco sentidos ni en el campo del sentido interior con el que me siento a mí mismo. Esta solución, que opone el dictado de la voluntad al entendimiento de la razón, es bastante ingeniosa y puede incluso bastar para establecer una ley moral cuya consistencia lógica no tiene nada que envidiar a las leyes naturales. Pero no elimina la mayor y más peligrosa de las dificultades, es decir, que el pensamiento mismo, tanto en su forma teórica como pre-teórica, hace desaparecer la libertad; aparte de que debe parecer raro que la facultad de la voluntad, cuya actividad esencial consiste en dictar y mandar, sea la que alberga la libertad.

En cuanto a la cuestión política, el problema de la libertad es crucial, y ninguna teoría política puede permitirse el lujo de permanecer despreocupada ante el hecho de que este problema ha conducido al “bosque oscuro en el que la filosofía ha

perdido su camino”². La tesis de las consideraciones que siguen es que la razón de esta oscuridad es que el fenómeno de la libertad no aparece en absoluto en el ámbito del pensamiento, que ni la libertad ni su opuesto se experimentan en el diálogo entre yo y yo mismo a través del cual surgen las grandes cuestiones filosóficas y metafísicas, y que la tradición filosófica, cuyo origen a este respecto consideraremos más adelante, ha distorsionado, en vez de clarificar, la idea misma de libertad tal como sucede en la experiencia humana, al trasladarla desde su campo original, el ámbito de la política y los asuntos humanos en general, a un dominio interior, la voluntad, donde estaría abierta a la introspección. Como primera justificación preliminar de este planteamiento, cabe señalar que, históricamente, el problema de la libertad ha sido la última de las grandes cuestiones metafísicas consagradas —como el ser, la nada, el alma, la naturaleza, el tiempo, la eternidad, etc.— en convertirse en tema de investigación filosófica. No hay ninguna preocupación por la libertad en toda la historia de la gran filosofía, desde los presocráticos hasta Plotino, el último filósofo antiguo. Y cuando la libertad hizo su primera aparición en nuestra tradición filosófica, fue la experiencia de la conversión religiosa la que le dio origen —de Pablo primero y de Agustín después—.

El ámbito en el que siempre se ha conocido la libertad, no como un problema, desde luego, sino como una cosa de la vida del día a día, es el ámbito político. Y aún hoy, nos demos cuenta o no, la cuestión política y el hecho de que el hombre es un ser dotado del don de la acción deben estar siempre presentes en nuestra mente cuando hablamos del problema de la libertad; porque la acción y la política, entre todas las capacidades y potencialidades de la vida humana, son las únicas cosas que

² *Ibid.*

ni siquiera podríamos concebir sin suponer al menos que existe la libertad, y difícilmente podemos tocar una sola cuestión política sin tocar, implícita o explícitamente, el problema de la libertad del hombre. La libertad, además, no es sólo uno de los muchos problemas y fenómenos del ámbito político propiamente dicho, como la justicia, el poder o la igualdad; la libertad, que sólo en raras ocasiones —en tiempos de crisis o revolución— se convierte en el objetivo directo de la acción política, es en realidad la razón por la que los hombres viven juntos en una organización política. Sin ella, la vida política como tal carecería de sentido. La *raison d'être* de la política es la libertad, y su campo de experiencia es la acción.

Esta libertad que damos por sentada en toda teoría política, y que incluso los que alaban la tiranía deben tener en cuenta, es todo lo contrario a la «libertad interior», el espacio interno en el que los hombres pueden escapar de la coerción externa y *sentirse* libres. Este sentimiento interior carece de manifestaciones externas y, por tanto, es políticamente irrelevante por definición. Cualquiera que sea su legitimidad, y por muy elocuentemente que haya sido descrito en la antigüedad tardía, es históricamente un fenómeno tardío, y originalmente fue el resultado de un distanciamiento del mundo en el que las experiencias terrenales se transformaron en experiencias dentro de uno mismo. Las experiencias de libertad interior son derivadas, ya que siempre presuponen una retirada del mundo exterior, donde la libertad fue negada, hacia un interior al que ningún otro tiene acceso. El espacio interior en el que el yo se protege del mundo no debe confundirse con el corazón o la mente, ya que ambos sólo existen y funcionan en interrelación con el mundo. No el corazón y no la mente, sino la interioridad como lugar de libertad absoluta dentro del propio yo, fue descubierta en la antigüedad tardía por quienes no tenían un lugar propio

en el mundo y, por tanto, carecían de una condición terrenal que, desde la antigüedad temprana hasta casi mediados del siglo XIX, se consideraba unánimemente como un requisito previo para la libertad.

El carácter derivativo de esta libertad interior, o de la teoría de que “la región apropiada de la *liberty* humana” es el “campo interior de la conciencia”³, aparece más claramente si nos remontamos a sus orígenes. No es el individuo moderno —con su deseo de desplegar, desarrollarse y expandirse, con su temor justificado a que la sociedad se lleve lo mejor de su individualidad, con su insistencia enfática “en la importancia del genio” y la originalidad—, sino los sectarios populares y divulgadores de la antigüedad tardía —que apenas tienen algo más en común con la filosofía que el nombre—, los más representativos en este tema. Así, los argumentos más persuasivos a favor de la superioridad absoluta de la libertad interior se encuentran aún en un ensayo de Epicteto, que comienza afirmando que libre es quien vive como quiere⁴, una definición que extrañamente hace eco de una frase de la *Política* de Aristóteles en la que la afirmación “libertad significa hacer lo que a uno le gusta” se pone en boca de los que no saben lo que es la libertad⁵. Epicteto prosigue a demostrar que un hombre es libre si se limita a lo que está en su poder, si no se mete en un ámbito donde pueda ser estorbado⁶. La “ciencia de vivir”⁷ consiste en

³ John Stuart Mill, *On Liberty*.

⁴ Ver *Sobre la libertad* en *Disertaciones*, libro 4, 1, § 1.

⁵ 1310a25 y ss.

⁶ Op. cit., § 75.

⁷ *Ibid.*, § 118.

saber distinguir entre el mundo ajeno sobre el que no se tiene poder y el yo del que puede disponer a su antojo⁸.

Históricamente, es interesante observar que la aparición del problema de la libertad en la filosofía de Agustín fue precedida por el intento consciente de divorciar la noción de libertad de la política, para llegar a una formulación mediante la cual uno pueda ser esclavo en el mundo y seguir siendo libre. Conceptualmente, sin embargo, la libertad de Epicteto, que consiste en ser libre de los propios deseos, no es más que una inversión de las nociones políticas antiguas vigentes; y el trasfondo político sobre el que se formuló todo este cuerpo de filosofía popular, la obvia decadencia de la libertad en el Imperio Romano tardío, se manifiesta todavía con bastante claridad en el papel que desempeñan en él nociones como poder, dominación y propiedad. Según la concepción antigua, el hombre sólo podía liberarse de la necesidad mediante el poder sobre otros hombres, y sólo podía ser libre si poseía un lugar, un hogar en el mundo. Epicteto trasladó estas relaciones terrenales a relaciones dentro del propio ser humano, con lo que descubrió que ningún poder es tan absoluto como el que el hombre produce sobre sí mismo, y que el espacio interior en el que el hombre lucha y se somete a sí mismo es más enteramente suyo, es decir, más protegido de las injerencias exteriores, de lo que cualquier hogar terrenal puede llegar a ser.

Por lo tanto, a pesar de la gran influencia que el concepto de una libertad interior, no política, ha ejercido sobre la tradición del pensamiento, podemos decir que el hombre no sabría nada de la libertad interior si no hubiera experimentado primero la condición de ser libre como una realidad terrenal tangible.

⁸ §§ 81 and 83.

Primero tomamos conciencia de la libertad o de su opuesto en nuestro trato con los demás, no en el trato con nosotros mismos. Antes de que se convirtiera en un atributo del pensamiento o en una cualidad de la voluntad, la libertad se entendía como la condición del hombre libre, que le permitía moverse, alejarse del hogar, salir al mundo y encontrarse con otras personas de distinta obra y palabra. Esta libertad estaba claramente precedida por la liberación: para ser libre, el hombre debía liberarse de las necesidades de la vida. Pero la condición de libertad no seguía automáticamente al acto de liberación. La libertad necesitaba, además de la mera liberación, la compañía de otros hombres en el mismo estado, y necesitaba un espacio público común para reunirse con ellos — un mundo políticamente organizado, en otras palabras, en el que cada uno de los hombres libres pudiera insertarse de palabra y obra.

Obviamente, no todas las formas de relación humana ni todos los tipos de comunidad se caracterizan por la libertad. Donde los hombres viven juntos pero no forman un cuerpo político —como, por ejemplo, en las sociedades tribales o en la intimidad del hogar— los factores que rigen sus acciones y conducta no son la libertad, sino las necesidades de la vida y la preocupación por su preservación. Además, donde sea que el mundo hecho por el hombre no se convierte en escenario para la acción y la palabra —como en comunidades gobernadas despóticamente que destierran a sus súbditos a la estrechez del hogar e impiden así el surgimiento de un ámbito público—, la libertad no tiene realidad terrenal. Sin un ámbito público políticamente garantizado, la libertad carece de espacio terrenal para aparecer. Puede ser que habite en los corazones de los hombres como un deseo, voluntad, esperanza o anhelo; pero el corazón humano, como todos sabemos, es un lugar muy oscuro, y cualquier cosa que ocurra en su oscuridad difícilmente

puede llamarse un hecho demostrable. La libertad como hecho demostrable y la política coinciden y se relacionan entre sí como dos lados de un mismo asunto.

Sin embargo, es precisamente esta coincidencia entre política y libertad la que no podemos dar por sentada a la luz de nuestra experiencia política actual. El auge del totalitarismo, su pretensión de subordinar todas las esferas de la vida a las exigencias de la política y su consistente desconocimiento de los derechos civiles, sobre todo de los derechos a la privacidad y a la libertad frente a la política, nos hace dudar no sólo de la coincidencia entre política y libertad, sino de su misma compatibilidad. Nos inclinamos a creer que la libertad comienza donde termina la política, porque hemos visto que la libertad ha desaparecido cuando las llamadas consideraciones políticas se impusieron a todo lo demás. Al fin y al cabo, ¿no tenía razón el credo liberal «cuanta menos política, más libertad»? ¿No es cierto que cuanto menor es el espacio ocupado por lo político, mayor es el campo disponible para la libertad? En efecto, ¿no medimos el alcance de la libertad en cualquier comunidad por el margen libre que concede a actividades aparentemente no políticas, a la libre empresa económica o a la libertad de enseñanza, religión, de actividades culturales e intelectuales? ¿No es cierto, como creemos todos de alguna manera, que la política es compatible con la libertad sólo porque y en la medida en que garantiza una posible libertad *de* la política?

Esta definición de *liberty* política como una potencial libertad de la política no nos viene impuesta únicamente por nuestras experiencias más recientes; ha desempeñado un papel importante en la historia de la teoría política. No tenemos que ir más lejos que los pensadores políticos de los siglos XVII y XVIII,

quienes la mayoría de las veces simplemente identificaban la libertad política con la seguridad. El fin supremo de la política, “el fin del gobierno”, era la garantía de seguridad; la seguridad, a su vez, hacía posible la libertad, y la palabra «libertad» designaba una quintaesencia de actividades que tenían lugar fuera del ámbito político. Incluso Montesquieu, aunque tenía una opinión no sólo diferente sino mucho más elevada de la esencia de la política que Hobbes o Spinoza, podía equiparar ocasionalmente la libertad política con la seguridad⁹. El auge de las ciencias políticas y sociales en los siglos XIX y XX ha ampliado incluso la brecha entre libertad y política; porque el gobierno, que desde el inicio de la Edad Moderna se había identificado con el dominio total de lo político, se consideraba ahora el protector designado, no tanto de la libertad como del proceso vital, los intereses de la sociedad y sus individuos. La seguridad seguía siendo el criterio decisivo, pero no la seguridad del individuo frente a la “muerte violenta”, como en Hobbes (donde la condición de toda *liberty* es librarse del miedo), sino una seguridad que permitiera un desarrollo imperturbable del proceso vital de la sociedad en su conjunto. Este proceso vital no está ligado a la libertad, sino que sigue su propia necesidad inherente; y sólo puede llamarse libre en el sentido en que hablamos de una corriente que fluye libremente. Aquí la libertad ni siquiera es el objetivo no político de la política, sino un fenómeno marginal — el que, de alguna manera, forma el límite que el gobierno no debe traspasar a no ser que la vida misma y sus intereses y necesidades inmediatas estén en juego.

Así, no sólo nosotros, que tenemos nuestras propias razones para desconfiar de la política en aras de la libertad, sino toda la

⁹ Ver *Esprit des Lois*, 12, 2: “*La liberté philosophique consiste dans l’exercice de la volonté. . . . La liberté politique consiste dans la sûreté.*”

época moderna ha separado libertad y política. Podría descender todavía más al pasado y evocar recuerdos y tradiciones más antiguos. El concepto secular premoderno de libertad era ciertamente enfático en su insistencia en separar la libertad de los súbditos de cualquier participación directa en el gobierno; para el pueblo, “*liberty* y la libertad consistían en tener el gobierno de esas leyes por las que su vida y sus bienes pudieran ser más suyos, y no por tener participación en el gobierno, que es algo que no les corresponde”, como lo resumió Carlos I en su discurso desde el patíbulo. No fue por un deseo de libertad por lo que la gente acabó exigiendo su participación en el gobierno o su admisión en el ámbito político, sino por desconfianza en quienes tenían poder sobre su vida y sus bienes. El concepto cristiano de libertad política, además, surgió de la sospecha y hostilidad de los primeros cristianos hacia el ámbito público como tal, de cuyas preocupaciones exigían ser absueltos para ser libres. Y esta libertad cristiana en aras de la salvación había sido precedida, como ya vimos, por la abstención de los filósofos de la política como requisito previo para la forma de vida más elevada y libre, la *vita contemplativa*.

A pesar del enorme peso de esta tradición y a pesar de la urgencia, quizá aún más reveladora, de nuestras propias experiencias, ambas presionando hacia la misma dirección de un divorcio de la libertad respecto de la política, creo que el lector puede creer que sólo ha leído una vieja perogrullada cuando he dicho que la *raison d'être* de la política es la libertad y que esta libertad se experimenta ante todo en la acción.

A continuación no haré más que reflexionar sobre esta vieja perogrullada.

CONTEXTO CONDENSADO

Orwell y el nacionalismo

¿Cómo darnos cuenta de que estamos perdiendo esta libertad política? Cuando veamos que nos hemos entregado a lo político — o, mejor dicho, a la politización. Esto lleva, inevitablemente, a la polarización. Que la cosa rime escapa de mis manos.

Vuelve aquí George Orwell; toca, de alguna manera, los mismos temas —esto también es inevitable—, pero le pone un nombre al fanatismo político: «nacionalismo». Lleva el concepto más allá de las naciones, y usa esta palabra sólo “a falta de otra mejor”.

Escribió este ensayo en mayo de 1945, justo cuando la Segunda Guerra Mundial llegaba a su fin, durante el escalofriante clímax de los nacionalismos. Definió y delineó al tipo de personas a quienes no le interesan los hechos ni el sentir ajeno, sino sólo lo que dice su narrativa, que escuchan sólo lo que quieren escuchar. Convengamos en que esto nos sale natural: por lo general, nadie quiere creer algo que «le mueve el piso» ni lo que no le conviene. Racionalmente y desde afuera, es fácil decir que todo tiene un límite y que vos no justificarías lo injustificable, pero, arrastrado por una corriente, la verdad es que uno no sabe dónde puede ir a parar. Por eso es importante conocer los sesgos propios, para que charlatanes, *bullshitters* y lobos —y sus discursos, desinformación y propaganda—, no

puedan encerrarnos en un corral. Conocer otros corrales y campos libres es importante. Orwell tuvo la suerte de viajar y observar otras culturas, de caer presa de ideales y caer luego decepcionado. Nosotros tenemos la suerte de que se dedicó a escribir sus observaciones.

Notes on Nationalism fue publicado en octubre de 1945, en la primera edición de la revista británica *Polemic*, revista enfocada en “filosofía, psicología y estética” — cosa que no es un dato menor para entender por qué tuvo sólo ocho números hasta su cierre en 1947. La primera edición fue publicada en forma de libro para evadir la prohibición de tiempos de guerra que impedía la creación de nuevos periódicos. Era editada por Humphrey Richard Slater, autor, pintor y ex-comunista (dato también no menor para entender esta empresa). En total, Orwell contribuyó con cinco ensayos a esta *magazine* en la que también fue asiduo Bertrand Russell.

Algunas notas extras para esta lectura, quizás esencial para entender la polarización política actual y su libro *1948*:

- 1) Empieza este ensayo haciendo referencia a una estrofa del *Don Juan* de Lord Byron: “*I know that what our neighbours call ‘longueurs’ / (We’ve not so good a word, but have the thing...)*”. En francés, *longeur* quiere decir «longitud». Con relación a la literatura, ya podés adivinar a qué se refieren: a una sección quizás demasiado larga.
- 2) Recordemos que Orwell casi muere en la guerra civil española; Byron sí murió en una guerra extranjera, aunque no por un tiro: luchando en nombre de los británicos para Grecia en su independencia de los otomanos.

- 3) El jingoísmo es un tipo de ultra nacionalismo británico, de carácter expansionista e imperialista. Algunos lo traducen como «patrioterismo».
- 4) Un *Little Englander* era, entre los siglos 18 y 19, un liberal que se oponía a la expansión del Imperio Británico. También se usaba para señalar a conservadores tradicionalistas con la misma opinión. Desde la época del *Brexit* se usa para señalar a nacionalistas ingleses, muchas veces xenófobos, que creen que Inglaterra es superior a *todos* los otros países.
- 5) Hechos 19:28: “Grande es Diana de los efesios”. Diana era para los romanos la diosa Artemisa de los griegos. Su templo en Éfeso (a orillas del mar Egeo, en la actual Turquía) era una de las Siete Maravillas del Mundo Antiguo. Como con toda atracción turística, los artesanos y comerciantes de alrededor vivían de vender joyas y figuritas relacionadas a la diosa y el templo. El pasaje bíblico hace referencia a su enojo y el alboroto que causaron cuando vieron lo que quería hacer (san) Pablo en el lugar.
- 6) La «magia simpática», o «magia por analogía», se vincula a la idea de que «lo similar produce lo similar». Un ejemplo es el uso de muñecos vudú, donde, si ponés un alfiler en algún lugar del cuerpo del muñeco, provocaría un dolor en el mismo lugar a la persona que supuestamente representa.
- 7) Chiang Kai-Shek, (1887-1975): dictador de la República de China entre 1950 y 1975. La República de China, por si acaso, es lo que conocemos hoy como Taiwán, no hay que confundirla con la continental República *Popular* de China, de la que Kai-Shek salió huyendo en 1949 luego de perder la guerra civil china contra el bando comunista liderado por Mao Tse-Tung. El episodio que narra Orwell

sucedió mientras Chiang lideraba la ofensiva militar del Partido Nacionalista Chino, que él mismo dirigía, y que logró unificar gran parte de la China continental. La brutal represión, que es mucho más fuerte de lo que cuenta Orwell, sucedió apenas cinco años después de que Russell dijera que la China era “el último refugio de la libertad”. Fue tan brutal, que lo expulsaron del partido; luego formó un gobierno paralelo.

- 8) Stalin nació en Georgia (*«the country, not the state»*); Hitler, en Austria; Napoleón, en la isla de Córcega; Éamon de Valera (presidente de Irlanda), en Nueva York; Benjamin Disraeli, en el seno de una familia judía sefardí de origen italiano; Raymond Poincaré, en un ducado (Bar-le-duc) que se integró a Francia a finales del siglo 18; William Maxwell Aitken, Primer Barón Beaverbrook, (luego Lord Beaverbrook en el Reino Unido), nació en Canadá.
- 9) El partido *Tory* es el partido conservador británico.
- 10) «Gentiles»: término que usan los judíos para describir a las personas y naciones de herencia no judía.
- 11) La *Peace Pledge Union* es una de las ONG pacifistas más antiguas del Reino Unido; la Milicia Voluntaria para la Seguridad Nacional era uno de los grupos paramilitares de la Italia fascista de Mussolini, más conocida como los *Blackshirts* (o *Camisa negra*), porque ése era su uniforme.
- 12) El Alamein es una ciudad costera en el norte de Egipto donde se libraron un par de batallas claves en la Segunda Guerra Mundial, que al final ganaron los aliados.
- 13) La Batalla de Inglaterra se libró entre julio y octubre de 1940 en los cielos británicos, y fue la primera derrota alemana de la Segunda Guerra Mundial.

GEORGE ORWELL: Notas sobre el nacionalismo

En algún lugar Byron utiliza la palabra francesa *longueur*, y comenta a la pasada que, aunque en Inglaterra no tenemos la *palabra*, sí tenemos la *cosa* en considerable abundancia. Del mismo modo, hay un hábito mental que está muy extendido y que afecta a nuestro pensamiento en casi toda cuestión, pero al que todavía no se le ha dado un nombre. Como equivalente más cercano he elegido la palabra «nacionalismo», pero enseñada se verá que no la estoy utilizando tanto en el sentido ordinario que le damos, porque la emoción de la que estoy hablando no siempre se vincula a lo que se denomina una nación, es decir, una única raza o zona geográfica. Puede vincularse a una iglesia o clase, o puede funcionar meramente en sentido negativo, contra algo y sin necesidad de ningún objeto positivo de lealtad.

Por «nacionalismo» entiendo, en primer lugar, el hábito de asumir que los seres humanos pueden clasificarse como insectos, y que grandes bloques de millones o decenas de millones

de personas pueden etiquetarse como «buenos» o «malos»¹ con total certeza. Pero, en segundo lugar —y esto es mucho más importante—, me refiero al hábito de identificarse a uno mismo con una única nación u otra entidad, situándola más allá del bien y el mal, y no reconociendo otro deber que el de promover sus intereses. *El nacionalismo no debe confundirse con el patriotismo*. Ambas palabras se utilizan normalmente de forma tan vaga que cualquier definición es susceptible de ser cuestionada, pero tenemos que establecer una distinción entre ellas, ya que involucran dos ideas diferentes e incluso opuestas. Por «patriotismo» me refiero a la devoción a un lugar particular y a un modo de vida particular que uno cree que es el mejor del mundo, pero que no desea imponer a otras personas. El patriotismo es defensivo por naturaleza, tanto militar como culturalmente. El Nacionalismo, por otro lado, es inseparable del deseo de poder. El propósito permanente de todo nacionalista es conseguir más poder y más prestigio, *no* para sí mismo, sino para la nación o entidad en la que ha elegido hundir su propia individualidad.

¹ Las naciones, e incluso entidades más vagas como la Iglesia católica o el proletariado, son considerados comúnmente como individuos y a menudo se los denomina «ella». Comentarios patentemente absurdos como “Alemania es naturalmente traicionera” se pueden encontrar en cualquier diario, y generalizaciones temerarias sobre el carácter nacional son dichas por casi todos (“el español es naturalmente un aristócrata” o “todo inglés es un hipócrita”). Cada tanto se ve que estas generalizaciones son infundadas, pero el hábito de hacerlas persiste, y personas que profesan una visión internacional, como por ejemplo Tolstói o Bernard Shaw, son a menudo culpables de ellas.

Todo esto es lo suficientemente obvio cuando se aplica a los movimientos nacionalistas más notorios e identificables de Alemania, Japón y otros países. Frente a un fenómeno como el nazismo, que podemos observar desde fuera, casi todos diríamos prácticamente lo mismo sobre él. Pero aquí tengo que repetir lo que he dicho antes, que sólo utilizo la palabra «nacionalismo» a falta de otra mejor. Nacionalismo, en el sentido extendido en el que estoy usando la palabra, incluye movimientos y tendencias como el comunismo, el catolicismo político, el sionismo, el antisemitismo, el trotskismo y el pacifismo. No significa necesariamente lealtad a un gobierno o a un país, y menos aún *al propio país*, y ni siquiera es estrictamente necesario que las entidades de las que se ocupa existan realmente. Por nombrar algunos ejemplos obvios, la Judería, el Islam, la Cristiandad, el Proletariado y la Raza Blanca son todos objetos de apasionados sentimientos nacionalistas; pero su existencia puede ser seriamente cuestionada, y no existe una definición de ninguno de ellos que sea universalmente aceptada.

También vale la pena notar una vez más que el sentimiento nacionalista puede ser puramente negativo. Hay, por ejemplo, trotskistas que se han convertido simplemente en enemigos de la URSS sin desarrollar una lealtad correspondiente hacia ninguna otra entidad. Cuando uno capta las implicaciones de esto, la naturaleza de lo que refiero por nacionalismo se vuelve más clara. Un nacionalista es alguien que piensa únicamente, o principalmente, en términos de prestigio competitivo. Puede ser un nacionalista positivo o negativo —es decir, puede emplear su energía mental en impulsar o en denigrar—, pero, de todos modos, sus pensamientos siempre giran en torno a victorias, derrotas, triunfos y humillaciones. Observa la historia, especialmente la contemporánea, como el ascenso y el declive sin fin de grandes entidades de poder, y cada acontecimiento que

sucede le parece una demostración de que su propio bando está en la cima y algún odiado rival en el fondo. Pero, finalmente, es importante no confundir el nacionalismo con la mera adoración del éxito. El nacionalista no se basa simplemente en el principio de aliarse con el bando más fuerte. Al contrario, luego de elegir su bando, se persuade a sí mismo de que *es* el más fuerte, y es capaz de aferrarse a su creencia incluso cuando los hechos están abrumadoramente en su contra. El nacionalismo es hambre de poder atemperada por el autoengaño. Todo nacionalista es capaz de la deshonestidad más flagrante, pero también —ya que es consciente de servir a algo más grande que él mismo— está inquebrantablemente seguro de tener razón.

Ahora que he dado esta larga definición, creo que se admitirá que el hábito mental del que estoy hablando está muy extendido entre la *intelligentsia* inglesa, más ahí que entre la masa del pueblo. Para aquellos que se interesan profundamente por la política contemporánea, ciertos temas se han infectado tanto por consideraciones de prestigio que un enfoque genuinamente racional de los mismos es casi imposible. Entre los cientos de ejemplos que uno podría elegir, tomemos esta pregunta: ¿Cuál de los tres grandes aliados, la URSS, Gran Bretaña y Estados Unidos, ha contribuido más a la derrota de Alemania? En teoría debería ser posible dar una respuesta razonada y quizá incluso definitiva a esta pregunta. En la práctica, sin embargo, no se pueden hacer los cálculos necesarios, porque cualquiera que se moleste por esta cuestión lo hará inevitablemente en términos de prestigio competitivo. Por lo tanto, *empezaría* por decidir a favor de Rusia, Gran Bretaña o Estados Unidos, según el caso, y sólo *después* empezaría a buscar los argumentos que parecieran apoyar su postura.

Y hay toda una serie de cuestiones afines de las que sólo se puede obtener una respuesta honesta de alguien indiferente al tema en cuestión, y cuya opinión sobre el mismo, en todo caso, probablemente no tiene ningún valor. De ahí, en parte, el notable fracaso en nuestros tiempos de la predicción política y militar. Es curioso reflexionar que, de todos los «expertos» de todas las escuelas, no hubo ni uno solo que fuera capaz de prever un acontecimiento tan probable como el Pacto Ruso-Alemania de 1939². Y cuando se supo la noticia del Pacto, se dieron las explicaciones más salvajemente divergentes y se hicieron predicciones que fueron falsificadas casi inmediatamente, basándose, en casi todos los casos, no en un estudio de probabilidades, sino en el deseo de hacer que la URSS luzca buena o mala, fuerte o débil.

Los comentaristas políticos o militares, como los astrólogos, pueden sobrevivir a casi cualquier error, porque sus seguidores más devotos no buscan en ellos una evaluación de los hechos,

² Algunos escritores de tendencia conservadora, como Peter Drucker, predijeron un acuerdo entre Alemania y Rusia, pero esperaban una alianza o amalgama que fuera permanente. Ningún escritor marxista o de izquierda, de cualquier color, se acercó en lo más mínimo a la predicción del Pacto.

sino la estimulación de lealtades nacionalistas³. Y los juicios estéticos, especialmente los literarios, suelen corromperse del mismo modo que los políticos. Sería difícil para un nacionalista indio disfrutar leyendo a Kipling o para un conservador ver méritos en Mayakovsky, y siempre existe la tentación de afirmar que cualquier libro con cuya corriente no se está de acuerdo debe ser un mal libro desde el punto de vista *literario*. La gente de perspectiva fuertemente nacionalista suele realizar este truco sin ser consciente de su deshonestidad.

En Inglaterra, si consideramos simplemente el número de personas implicadas, es probable que la forma dominante de nacionalismo sea el *old-fashioned* jingoísmo británico. Es cierto que sigue estando muy extendido, mucho más de lo que la mayoría de los observadores hubiera creído hace una docena de años. Sin embargo, en este ensayo me ocupo principalmente de las reacciones de la *intelligentsia*, entre los que el jingoísmo e incluso el viejo tipo de patriotismo están casi muertos, aunque

³ Los comentaristas militares de la prensa popular pueden clasificarse en su mayoría como pro-rusos o anti-rusos, *pro-Blimp* o *anti-Blimp*. Errores como creer inexpugnable a la Línea Maginot o predecir que Rusia conquistaría Alemania en tres meses no han mellado su reputación, porque siempre decían lo que su audiencia particular quería oír. Los dos críticos militares más favorecidos por la *intelligentsia* son el capitán Liddell Hart y el general Fuller; el primero enseña que la defensa es más fuerte que el ataque, y el segundo que el ataque es más fuerte que la defensa. Esta contradicción no ha impedido que ambos sean aceptados como autoridades por el mismo público. La razón secreta de su popularidad en los círculos de izquierda es que ambos están en desacuerdo con la Oficina de Guerra.

ahora parecen estar resurgiendo entre una minoría. Entre la *intelligentsia*, no hace falta decir que la forma dominante de nacionalismo es el comunismo, utilizando esta palabra en un sentido muy amplio para incluir, no sólo a los miembros del Partido Comunista, sino a los «compañeros de viaje» y a los rusófilos en general. Un comunista, para mi propósito aquí, es alguien que ve a la URSS como su patria y siente que es su deber justificar la política rusa y promover los intereses rusos a toda costa. Obviamente, tales personas abundan hoy en Inglaterra, y su influencia directa e indirecta es muy grande. Pero también florecen muchas otras formas de nacionalismo, y uno puede tener una mejor perspectiva del asunto observando los puntos de semejanza entre corrientes de pensamiento diferentes e incluso aparentemente opuestas.

Hace diez o veinte años, la forma de nacionalismo que más se asemejaba al comunismo actual era el catolicismo político. Su mayor exponente —aunque quizá fuera un caso extremo más que uno típico— fue G. K. Chesterton. Chesterton era un escritor de mucho talento que eligió reprimir tanto su sensibilidad como su honestidad intelectual en aras de la propaganda católica romana. Durante los últimos veinte años de su vida, más o menos, toda su producción fue una repetición interminable de lo mismo, bajo su laboriosa astucia, tan simple y aburrida como “Grande es Diana de los efesios”. Cada libro que escribía, cada párrafo, cada frase, cada incidente de cada historia, cada trozo de diálogo tenía que demostrar más allá de toda posibilidad de error la superioridad del católico sobre el protestante o el pagano. Pero Chesterton no se contentaba con pensar que esta superioridad era meramente intelectual o espiritual: tenía que traducirse en términos de prestigio nacional y poder militar, lo que implicaba una idealización ignorante de los países latinos, especialmente Francia. Chesterton no había

vivido mucho tiempo en Francia, y su imagen de ella —como una tierra de campesinos católicos cantando incesantemente la *Marsellesa* mientras bebían vino tinto— tenía tanta relación con la realidad como la que tiene la comedia *Chu Chin Chow* con la vida cotidiana en Bagdad. Y esto cargaba no sólo una enorme sobreestimación del poder militar francés (tanto antes como después de 1914-18 sostuvo que Francia, por sí sola, era más fuerte que Alemania), sino una tonta y vulgar glorificación del proceso real de la guerra. Los poemas de batalla de Chesterton, como *Lepanto* o *La balada de Santa Bárbara*, hacen que *La carga de la Brigada Ligera* parezca un tratado pacifista: son quizá los fragmentos más chabacanos de grandilocuencia que se pueden encontrar en nuestro idioma. Lo interesante es que si la basura romántica que habitualmente escribía sobre Francia y el ejército francés la hubiera escrito otra persona sobre Gran Bretaña y el ejército británico, él habría sido el primero en burlarse. En política interior era un *Little Englander*, un verdadero aborrecedor del jingoísmo y el imperialismo, y según sus criterios un verdadero amigo de la democracia. Sin embargo, cuando miraba hacia fuera, hacia el campo internacional, podía renunciar a sus principios sin siquiera darse cuenta de que lo estaba haciendo. Así, su creencia casi mística en las virtudes de la democracia no le impedía admirar a Mussolini. Mussolini había destruido el gobierno representativo y la libertad de prensa por los que Chesterton había luchado tanto en su país, pero Mussolini era italiano y había hecho fuerte a Italia, y eso zanjaba la cuestión. Tampoco encontró Chesterton nunca una palabra que decir sobre el imperialismo y la conquista de las razas de color cuando eran practicados por italianos o franceses. Su dominio de la realidad, su gusto literario e incluso, hasta cierto punto, su sentido moral, se dislocaban tan pronto como se veían implicadas sus lealtades nacionalistas.

Obviamente, hay semejanzas considerables entre el catolicismo político, ejemplificado por Chesterton, y el comunismo. También las hay entre cualquiera de ellos y, por ejemplo, el nacionalismo escocés, el sionismo, el antisemitismo o el trotskismo. Sería una simplificación excesiva decir que todas las formas de nacionalismo son iguales, incluso en su atmósfera mental, pero hay ciertas reglas que valen en todos los casos. Las siguientes son las principales características del pensamiento nacionalista:

Obsesión. En lo posible, ningún nacionalista piensa, habla o escribe nunca nada que no sea sobre la superioridad de su propia entidad de poder. Es difícil, si no imposible, para cualquier nacionalista ocultar su lealtad. El más mínimo insulto a su entidad, o cualquier elogio a una organización rival, lo llena con un malestar que sólo puede aliviar haciendo alguna réplica afilada. Si la entidad elegida es un país real, como Irlanda o la India, generalmente reivindicará su superioridad, no sólo en poder militar y virtud política, sino también en arte, literatura, deporte, estructura del idioma, belleza física de los habitantes y quizás incluso en clima, paisaje y cocina. Mostrará gran sensibilidad por cosas como la exhibición correcta de las banderas, el tamaño relativo de los titulares y el orden en que se nombran los distintos países⁴. La nomenclatura desempeña un papel muy importante en el pensamiento nacionalista. Los países que han conseguido su independencia o que han pasado por una revolución nacionalista suelen cambiar sus nombres, y es probable que cualquier país u otra entidad alrededor de la cual

⁴ Algunos estadounidenses han expresado su descontento porque «angloamericano» es la forma normal de combinación de estas dos palabras; se ha propuesto sustituirla por «americano-británico».

giren fuertes sentimientos tenga varios nombres, cada uno de ellos con una implicación diferente. Ambos bandos de la guerra civil española tenían entre los dos nueve o diez nombres que expresaban diferentes grados de amor y odio. Algunos de estos nombres (por ejemplo, «Patriotas» para los partidarios de Franco, o «Bando leal» para los partidarios del Gobierno) eran francamente cuestionables, y no había ninguno que las dos facciones rivales pudieran haber acordado utilizar. Todos los nacionalistas consideran un deber difundir su propia lengua en detrimento de las lenguas rivales, y entre los angloparlantes esta lucha reaparece de forma más sutil como una lucha entre dialectos. Los anglófonos estadounidenses se negarán a utilizar una frase si saben que es una jerga de origen británico, y el conflicto entre latinizadores y germanizadores tiene usualmente motivos nacionalistas. Los nacionalistas escoceses insisten en la superioridad de los escoceses de las Tierras Bajas, y los socialistas cuyo nacionalismo toma la forma de odio de clase despotrican contra el acento de la BBC e incluso contra la pronunciación de la «a» larga. Se pueden nombrar múltiples casos. El pensamiento nacionalista frecuentemente da la impresión de estar teñido por la creencia en la magia simpática, una creencia que probablemente se manifiesta en la costumbre generalizada de quemar efigies de los enemigos políticos, o de utilizar fotografías de ellos como blancos en las galerías de tiro.

Inestabilidad. La intensidad con la que se mantienen no impide que las lealtades nacionalistas sean transferibles. Para empezar, como ya he señalado, pueden estar ligadas, y a menudo lo están, a algún país extranjero. Es muy común encontrar que los grandes líderes nacionales, o los fundadores de movimientos nacionalistas, ni siquiera pertenecen al país que glorificaron. A veces son directamente extranjeros, o, con mayor frecuencia, vienen de zonas periféricas donde la nacionalidad es

dudosa. Algunos ejemplos son Stalin, Hitler, Napoleón, de Valera, Disraeli, Poincaré, Beaverbrook. El movimiento pangermánico fue en parte creación de un inglés, Houston Chamberlain. En los últimos cincuenta o cien años, el nacionalismo transferido ha sido un fenómeno común entre los intelectuales literarios. Con Lafcadio Hearne la transferencia fue a Japón, con Carlyle y muchos otros de su época a Alemania, y en nuestra propia época suele ser a Rusia. Pero el hecho peculiarmente interesante es que también es posible la *re*-transferencia. Un país u otra entidad que ha sido adorada durante años puede convertirse de repente en detestable, y algún otro objeto de afecto puede ocupar su lugar casi sin intervalo. En la primera versión del *Bosquejo de la Historia* de H. G. Wells, y en otros de sus escritos de aquella época, uno encuentra a los Estados Unidos elogiados casi tan extravagantemente como Rusia es elogiada hoy por los comunistas; sin embargo, en pocos años, esta admiración acrítica se había convertido en hostilidad. El comunista intolerante que se convierte en un espacio de semanas, o incluso de días, en un trotskista igualmente intolerante, es un espectáculo común. En la Europa continental, los movimientos fascistas se reclutaron en gran medida entre los comunistas, y es muy posible se produzca en los próximos años el proceso inverso. Lo que permanece constante en el nacionalista es el estado mental: el objeto de sus sentimientos es cambiante, y puede ser imaginario.

Pero, para un intelectual, la transferencia tiene una función importante que ya he mencionado brevemente en conexión con Chesterton. Le da la chance de ser *mucho más* nacionalista —más vulgar, más tonto, más maligno, más deshonesto— de lo que jamás podría ser en nombre de su país natal, o de cualquier entidad de la que tuviera un conocimiento real. Cuando uno ve la basura servil o fanfarrona que se escribe sobre Stalin,

sobre el Ejército Rojo, etc., por personas suficientemente inteligentes y sensibles, se da cuenta de que esto sólo es posible porque se ha producido algún tipo de disrupción. En sociedades como la nuestra, es inusual que cualquiera que pueda describirse como intelectual sienta un profundo apego por su propio país. La opinión pública —es decir, la parte de la opinión pública de la que el intelectual es consciente—, no se lo permite. La mayoría de la gente que le rodea es escéptica y desafecta, y él puede adoptar la misma actitud por imitación o por pura cobardía; en ese caso habrá abandonado la forma de nacionalismo que tiene más a mano sin acercarse a una perspectiva genuinamente internacionalista. Sigue sintiendo la necesidad de una patria, y es natural que la busque en algún lugar del extranjero. Una vez encontrada, puede regodearse sin restricciones en exactamente esas mismas emociones de las que cree haberse emancipado. Dios, el Rey, el Imperio, la bandera de la Unión — todos los ídolos derrocados pueden reaparecer bajo diferentes nombres, y por el mismo hecho de que no son reconocidos por lo que son, pueden ser adorados con buena conciencia. El nacionalismo transferido, como el uso de chivos expiatorios, es una forma de alcanzar la salvación sin alterar la propia conducta.

Indiferencia ante la realidad. Todos los nacionalistas tienen la habilidad de no ver las semejanzas entre conjuntos de hechos similares. Un conservador británico defenderá la autodeterminación en Europa y se opondrá a ella en la India sin ningún sentimiento de incoherencia. Las acciones se consideran buenas o malas, no por sus propios méritos, sino según quién las haga; y no hay casi ningún tipo de ultraje —tortura, secuestro, trabajos forzados, deportaciones masivas, encarcelamiento sin juicio, falsificación, asesinato, bombardeo de civiles— que no cambie su color moral cuando lo comete «nuestro» bando. El

diario liberal *News Chronicle* publicó, como ejemplo de espantosa barbarie, fotografías de rusos ahorcados por los alemanes, y uno o dos años más tarde publicó con calurosa aprobación fotos casi exactamente iguales de alemanes ahorcados por los rusos⁵. El *News Chronicle* aconsejó a sus lectores que vieran la película de noticias en la que se podía presenciar toda la ejecución, con primeros planos. El *Star* publicó, con aparente aprobación, fotos de mujeres colaboracionistas casi desnudas acosadas por la turba de París. Estas fotografías tenían un marcado parecido con las fotografías nazis de judíos siendo acosados por la turba de Berlín. Lo mismo sucede con los eventos históricos. La historia se piensa en gran medida en términos nacionalistas, y cosas tales como la Inquisición, las torturas del tribunal de la Cámara Estrellada, las hazañas de los bucaneros ingleses (Sir Francis Drake, por ejemplo, quien estilaba hundir vivos a los prisioneros españoles), el Terror francés, los héroes del Motín de la India que volaron a cientos de indios lanzándolos desde cañones, o los soldados de Cromwell cortando con navajas las caras de mujeres irlandesas, se convierten en cosas moralmente neutrales o incluso en cosas meritorias cuando se considera que se hicieron por la causa «correcta». Si uno mira para atrás, durante el último cuarto de siglo, encontrará a duras penas algún año en el que no se reportaran atrocidades de alguna parte del mundo; y, aún así, ni un solo caso de estas atrocidades —

⁵ El *News Chronicle* aconsejó a sus lectores que vieran la película de noticias en la que se podía presenciar toda la ejecución, con primeros planos. El *Star* publicó, con aparente aprobación, fotos de mujeres colaboracionistas casi desnudas acosadas por la turba de París. Estas fotografías tenían un marcado parecido con las fotografías nazis de judíos siendo acosados por la turba de Berlín.

cometidas en España, Rusia, China, Hungría, México, Amritsar, Esmirna— fue creído y desaprobado unánimemente por la *intelligentsia* inglesa. La decisión de si tales hechos eran censurables, o incluso la decisión de si ocurrieron, se tomó siempre según la predilección política.

El nacionalista no sólo no desaprueba las atrocidades cometidas por su propio bando, sino que tiene una notable capacidad para ni siquiera enterarse de ellas. Durante casi seis años, los admiradores ingleses de Hitler se las arreglaron para no enterarse de la existencia de Dachau y Buchenwald. Y los que hacen más ruido denunciando los campos de concentración alemanes a menudo ignoran, o apenas saben, que también hay campos de concentración en Rusia. Grandes eventos como la hambruna ucraniana de 1933, en la que murieron millones de personas, han escapado a la atención de la mayoría de los rusófilos ingleses. Muchos ingleses no han oído casi nada sobre el exterminio de judíos alemanes y polacos durante la guerra actual. Su propio antisemitismo ha causado que este gigantesco crimen rebote en sus conciencias. En el pensamiento nacionalista hay hechos que son a la vez verdaderos y falsos, conocidos y desconocidos. Un hecho conocido puede ser tan insoportable que usualmente se deja de lado y no se le permite la entrada a procedimientos lógicos, o, por otro lado, puede entrar en todos los cálculos y sin embargo nunca ser admitido como un hecho, ni siquiera en la propia mente.

Todo nacionalista es atormentado por la creencia de que el pasado puede ser alterado. Pasa parte de su tiempo en un mundo de fantasía en el que las cosas suceden como deberían—en el que, por ejemplo, la Armada Española fue un éxito o la Revolución Rusa fue aplastada en 1918—, y transferirá fragmentos de este mundo a los libros de historia siempre que

sea posible. Muchos de los escritos propagandísticos de nuestro tiempo son simple y llana falsificación. Hechos materiales son suprimidos, las fechas son alteradas, las citas son removidas de su contexto y manipuladas para cambiar su significado. Eventos que, según se crea, no deberían haber sucedido, no se mencionan, y al final, se niegan⁶. En 1927, Chiang Kai-Shek hirvió vivos a cientos de comunistas y, sin embargo, en un lapso diez años se había convertido en uno de los héroes de la izquierda. El reajuste de la política mundial lo llevó al campo antifascista, por lo que se consideró que la ebullición de los comunistas «no contaba», o quizá no había ocurrido. El fin principal de la propaganda es, lógicamente, influir en la opinión contemporánea, pero quienes reescriben la historia probablemente creen, al menos parcialmente, que de verdad están introduciendo hechos al pasado. Cuando uno considera las elaboradas falsificaciones cometidas para demostrar que Trotsky no desempeñó un papel valioso en la guerra civil rusa, es difícil sentir que los responsables estén simplemente mintiendo. Lo más probable es que sientan que su versión *fue* lo que ocurrió a la vista de Dios, y que modificar los registros en consecuencia está justificado.

La indiferencia hacia la verdad objetiva es fomentada por el aislamiento de una parte del mundo respecto a otra, lo que hace cada vez más difícil descubrir lo que realmente está sucediendo. Puede existir una auténtica duda sobre los acontecimientos más enormes. Por ejemplo, es imposible calcular en

⁶ Un ejemplo es el Pacto Ruso-Alemán, que está siendo borrado lo más rápidamente posible de la memoria pública. Un corresponsal ruso me informa de que ya se está omitiendo la mención del Pacto en los anuarios rusos que recogen los acontecimientos políticos recientes.

millones, tal vez incluso en decenas de millones, el número de muertos causados por la guerra actual. Las calamidades que son constantemente reportadas —batallas, masacres, hambrunas, revoluciones— tienden a inspirar en el ciudadano promedio un sentimiento de irrealidad. Uno no tiene ninguna forma de verificar los hechos, ni siquiera puede estar completamente seguro de que hayan sucedido, y siempre se presentan interpretaciones totalmente diferentes de distintas fuentes. ¿Cuáles fueron los aciertos y errores del levantamiento de Varsovia de agosto de 1944? ¿Es cierto lo de los hornos de gas alemanes en Polonia? ¿Quién fue realmente el culpable de la hambruna bengalí? Probablemente se pueda descubrir la verdad, pero los hechos se expondrán de forma tan deshonesta en casi cualquier periódico, que el lector común puede ser perdonado, ya sea por tragarse las mentiras o por no formarse una opinión propia. La incertidumbre general sobre lo que realmente está sucediendo hace que sea más fácil aferrarse a creencias lunáticas. Como nada se puede probar ni refutar del todo, el hecho más inequívoco se puede negar impúdicamente. Por otra parte, aunque no cesa de darle vueltas al poder, a la victoria, la derrota, o la venganza, el nacionalista suele estar medio desinteresado por lo que pasa en el mundo real. Lo que quiere es *sentir* que su entidad está superando a alguna otra, y puede conseguirlo más fácilmente denigrando a un adversario que examinando los hechos para ver si le apoyan. Toda controversia nacionalista se sitúa en el nivel de la sociedad de debate. Nunca es del todo concluyente, ya que cada participante cree invariablemente que ha salido victorioso. Algunos nacionalistas no están lejos de la esquizofrenia, viven felizmente en sueños de poder y conquista que no tienen conexión con el mundo físico.

He examinado lo mejor que he podido los hábitos mentales que son comunes a todas las formas de nacionalismo. Lo siguiente es clasificar esas formas, pero, obviamente, esto no puede hacerse de forma exhaustiva. El nacionalismo es un tema enorme. El mundo está atormentado por innumerables delirios y odios que se entrecruzan de forma extremadamente compleja, y algunos de los más siniestros aún no han hecho mella en la conciencia europea. En este ensayo me ocupo del nacionalismo tal como se da entre la *intelligentsia* inglesa. En ellos, mucho más que en el común de los ingleses, no está mezclado con el patriotismo y, por lo tanto, puede estudiarse en estado puro. A continuación se enumeran las variedades de nacionalismo que ahora mismo florecen entre los intelectuales ingleses, con los comentarios que parezcan necesarios. Es conveniente usar tres epígrafes: Positivo, Transferido y Negativo, aunque algunas variedades encajarán en más de una categoría.

Nacionalismo positivo

1. *Neo-torismo*. Ejemplificado por personas como lord Elton, A. P. Herbert, G. M. Young, el profesor Pickthorn, por la literatura del *Tory Reform Committee* y por revistas como la *New English Review* y la *Nineteenth Century and After*. La fuerza motriz del neo-torismo, que le da su carácter nacionalista y lo diferencia del conservadurismo ordinario, es el deseo de no reconocer que el poder y la influencia británicos han declinado. Incluso aquellos que son lo suficientemente realistas como para ver que la posición militar de Gran Bretaña ya no es lo que era, tienden a afirmar que las «ideas inglesas» (usualmente no explicadas) deben dominar el mundo. Todos los neo-tories son anti-rusos, pero a veces el énfasis principal es anti-estadounidense. Lo significativo es que esta escuela de pensamiento parece estar ganando terreno entre los jóvenes intelectuales, a veces ex-

comunistas, que han pasado por el habitual proceso de desilusión y se han desilusionado de eso. El anglófobo que de repente se vuelve violentamente pro-británico es una cosa bastante común. Escritores que ilustran esta tendencia son F. A. Voigt, Malcolm Muggeridge, Evelyn Waugh, Hugh Kingsmill, y una evolución psicológicamente similar puede observarse en T. S. Eliot, Wyndham Lewis y varios de sus seguidores.

2. *Nacionalismo celta*. Los nacionalismos galés, irlandés y escocés tienen puntos de diferencia, pero se parecen en su orientación anti-inglesa. Los miembros de los tres movimientos se han opuesto a la guerra sin dejar de describirse a sí mismos como pro-rusos, y los más extremos han llegado incluso a ingeniárselas para ser simultáneamente pro-rusos y pro-nazis. Pero el nacionalismo celta no es lo mismo que la anglofobia. Su fuerza motriz es la creencia en la grandeza pasada y futura de los pueblos celtas, y tiene un fuerte tinte de racismo. Se supone que el celta es espiritualmente superior al sajón —más simple, más creativo, menos vulgar, menos esnob, etc.—, pero el ansia de poder habitual está ahí bajo la superficie. Un síntoma de esto es la ilusión de que Irlanda, Escocia o incluso Gales podrían preservar su independencia sin ayuda, y no deben nada a la protección británica. Entre los escritores, buenos ejemplos de esta escuela de pensamiento son Hugh McDiarmid y Sean O'Casey. Ningún escritor irlandés moderno, ni siquiera de la talla de Yeats o Joyce, está completamente libre de rastros de nacionalismo.

3. *El sionismo*. Tiene las características inusuales de un movimiento nacionalista, pero su variante estadounidense parece ser más violenta y maligna que la británica. Lo clasifico dentro del nacionalismo directo y no transferido porque florece casi exclusivamente sólo entre los judíos. En Inglaterra, por varias

razones bastante incongruentes, la *intelligentsia* es mayoritariamente pro-judía en la cuestión de Palestina, pero no son muy apasionados con el tema. Todos los ingleses de buena fe también son pro-judíos en el sentido de desaprobando la persecución nazi. Pero es difícil de encontrar entre los gentiles cualquier lealtad nacionalista real o creencia en la superioridad innata de los judíos.

Nacionalismo transferido

1. *Comunismo*

2. *Catolicismo político*

3. *Colour feeling*. La actitud despectiva de antaño hacia los «nativos» se ha debilitado mucho en Inglaterra, y se han abandonado diversas teorías pseudocientíficas que enfatizaban la superioridad de la raza blanca⁷. Entre la *intelligentsia*, el sentimiento del color sólo se da en su forma transpuesta, es decir, como creencia en la superioridad innata de las razas de color. Esto es cada vez más común entre los intelectuales ingleses, probablemente como resultado del masoquismo y la frustración sexual más que del contacto con los movimientos nacionalistas orientales y negros. Incluso entre los que no tienen una

⁷ Un buen ejemplo es la superstición de la insolación. Hasta hace poco se creía que las razas blancas eran mucho más propensas a la insolación que las de color, y que un hombre blanco no podía caminar con seguridad bajo el sol tropical sin un sombrero. No existía prueba alguna de esta teoría, pero servía para acentuar la diferencia entre «nativos» y europeos. Durante la presente guerra, la teoría se abandonó tranquilamente y ejércitos enteros maniobraron sin sombreros en los trópicos. Mientras sobrevivió la superstición de la insolación, los médicos ingleses en la India parecen haber creído en ella tan firmemente como creen los laicos.

opinión tan firme sobre la cuestión del color, el esnobismo y la imitación ejercen una poderosa influencia. Casi cualquier intelectual inglés se escandalizaría ante la afirmación de que las razas blancas son superiores a las de color, mientras que la afirmación contraria le parecería intachable aunque no estuviera de acuerdo con ella. El apego nacionalista a las razas de color suele mezclarse con la creencia de que su vida sexual es superior, y existe una gran mitología subterránea sobre las proezas sexuales de los negros.

4. *Sentimiento de clase.* Entre los intelectuales de clase alta y media, sólo en su forma transpuesta, es decir, como creencia en la superioridad del proletariado. También en este caso, dentro de la *intelligentsia*, la presión de la opinión pública es abrumadora. La lealtad nacionalista hacia el proletariado y el odio teórico más vicioso hacia la burguesía pueden coexistir, y a menudo lo hacen, con el esnobismo ordinario en la vida cotidiana.

5. *Pacifismo.* La mayoría de los pacifistas son parte de oscuras sectas religiosas o son simplemente humanitarios que se oponen a quitar la vida y prefieren no seguir sus pensamientos más allá de ese punto. Pero existe una minoría de pacifistas intelectuales cuyo motivo real, aunque no confesado, parece ser el odio a la democracia occidental y la admiración por el totalitarismo. La propaganda pacifista suele reducirse a decir que un bando es tan malo como el otro, pero si se examinan de cerca los escritos de los pacifistas intelectuales más jóvenes, se descubre que no expresan en absoluto una desaprobación imparcial, sino que se dirigen casi exclusivamente contra Gran Bretaña y Estados Unidos. Además, no tienen por regla condenar la violencia como tal, sino sólo la violencia utilizada en defensa de los países occidentales. No se culpa a los rusos, a diferencia de

los británicos, por defenderse con medios bélicos y, de hecho, toda la propaganda pacifista de este tipo evita mencionar a Rusia o China. Tampoco se afirma que los indios deban abjurar de la violencia en su lucha contra los británicos. La literatura pacifista abunda en comentarios equívocos que, si significan algo, parecen querer decir que los estadistas del tipo de Hitler son preferibles a los del tipo de Churchill, y que la violencia es quizás excusable si es lo suficientemente violenta. Tras la caída de Francia, los pacifistas franceses, enfrentados a una verdadera disyuntiva que sus colegas ingleses no han tenido que tomar, se pasaron en su mayoría a los nazis, y en Inglaterra parece haber habido una pequeña coincidencia de miembros entre la *Peace Pledge Union* y los *Black-shirts*. Escritores pacifistas han escrito elogiando a Carlyle, uno de los padres intelectuales del fascismo. En general, es difícil no sentir que el pacifismo, tal como aparece en un sector de la *intelligentsia*, está secretamente inspirado por la admiración por el poder y la crueldad exitosa. Se cometió el error de atribuir esta emoción a Hitler, pero podría volver a transferirse fácilmente.

Nacionalismo negativo

1. *Anglofobia*. Dentro de la *intelligentsia*, una actitud burlona y ligeramente hostil hacia Gran Bretaña es más o menos obligatoria, pero en muchos casos se trata de una emoción no fingida. Durante la guerra se manifestó en el derrotismo de la *intelligentsia*, que persistió mucho después de que quedara claro que las potencias del Eje no podían ganar. Mucha gente se alegró sin disimulo cuando cayó Singapur o cuando los británicos fueron expulsados de Grecia, y hubo una notable falta de disposición a creer en las buenas noticias, por ejemplo, lo de El Alamein, o el número de aviones alemanes derribados en la Batalla de Inglaterra. Los intelectuales ingleses de izquierda no

querían, por supuesto, que los alemanes o los japoneses ganaran la guerra, pero muchos de ellos no podían evitar sentir cierto placer al ver humillado a su propio país, y querían sentir que la victoria final se debería a Rusia, o quizás a los Estados Unidos, pero no a Gran Bretaña. En política exterior, muchos intelectuales siguen el principio de que cualquier facción apoyada por Gran Bretaña debe estar equivocada. Como resultado, la opinión «ilustrada» es, en gran medida, un reflejo de la política conservadora. La anglofobia es siempre susceptible de invertirse, de ahí ese espectáculo bastante común: el pacifista de una guerra que es belicista en la siguiente.

2. *Antisemitismo*. Actualmente hay pocas pruebas al respecto, porque las persecuciones nazis han hecho necesario que cualquier persona pensante se ponga del lado de los judíos contra sus opresores. Cualquier persona lo suficientemente educada como para haber oído la palabra «antisemitismo» afirma como algo natural estar libre de ella, y los comentarios antijudíos se eliminan cuidadosamente de todas las clases de literatura. En realidad, el antisemitismo parece estar muy extendido, incluso entre los intelectuales, y la conspiración general de silencio probablemente contribuye a exacerbarlo. La gente de izquierda no es inmune a él, y su actitud a veces se ve afectada por el hecho de que los trotskistas y anarquistas tienden a ser judíos. Pero el antisemitismo es más natural en las personas de tendencia conservadora, que sospechan que los judíos debilitan la moral nacional y diluyen la cultura nacional. Los neo-tories y los católicos políticos son propensos a sucumbir al antisemitismo, por lo menos intermitentemente.

3. *Trotskismo*. Esta palabra se usa con tanta ligereza que incluye a los anarquistas, a los socialistas democráticos e incluso a los liberales. Yo la utilizo aquí para referirme a un marxista

doctrinario cuyo principal motivo es la hostilidad al régimen de Stalin. El trotskismo puede estudiarse mejor en panfletos oscuros o periódicos como el *Socialist Appeal* que en las obras del propio Trotsky, que no era en absoluto un hombre de una sola idea. Aunque en algunos lugares, por ejemplo en Estados Unidos, el trotskismo es capaz de atraer a un número bastante grande de adeptos y convertirse en un movimiento organizado con un pequeño *führer* propio, su inspiración es esencialmente negativa. El trotskista está en contra de Stalin igual que el comunista está a su favor y, como la mayoría de los comunistas, no quiere tanto alterar el mundo exterior como sentir que la batalla por el prestigio va a su favor. En todos los casos existe la misma fijación obsesiva en un solo tema, la misma incapacidad para formarse una opinión genuinamente racional basada en probabilidades. El hecho de que los trotskistas sean en todas partes una minoría perseguida, y que la acusación que se les suele hacer, es decir, la de colaborar con los fascistas, sea absolutamente falsa, crea la impresión de que el trotskismo es intelectual y moralmente superior al comunismo; pero es dudoso que haya mucha diferencia. Los trotskistas más típicos, en cualquier caso, son excomunistas, y nadie llega al trotskismo si no es a través de uno de los movimientos de izquierda. Ningún comunista, a no ser que esté atado a su partido por años de hábito, está seguro contra una repentina caída en el trotskismo. El proceso contrario no parece ocurrir con la misma frecuencia, aunque no hay ninguna razón clara para que no suceda.

En la clasificación que he intentado arriba, parecerá, a menudo, que he exagerado, que he simplificado en exceso, que he hecho suposiciones injustificadas y dejado fuera la existencia de motivos normalmente decentes. Esto era inevitable, porque

en este ensayo intento aislar e identificar tendencias que existen en todas nuestras mentes y pervierten nuestro pensamiento, sin que necesariamente se den en estado puro ni operen continuamente. En este punto es importante corregir la imagen excesivamente simplificada que me he visto obligado a hacer. Para empezar, uno no tiene derecho a suponer que *todo el mundo*, o que todos los intelectuales, están infectados por el nacionalismo. En segundo lugar, el nacionalismo puede ser intermitente y limitado. Un hombre inteligente puede sucumbir a medias a una creencia que le atrae, pero que sabe que es absurda, y puede mantenerla alejada de su mente durante largos periodos, sólo volviendo a ella en momentos de ira o sentimentalismo, o cuando está seguro de que no hay cuestiones importantes en juego. En tercer lugar, un credo nacionalista puede adoptarse de buena fe por motivos no nacionalistas. En cuarto lugar, en una misma persona pueden coexistir varios tipos de nacionalismo, incluso tipos que se anulan entre sí.

Hasta ahora he dicho “el nacionalista hace esto” o “el nacionalista hace eso”, utilizando, para ilustrarlo, el tipo de nacionalista extremo, apenas cuerdo, que no tiene áreas neutrales en su mente ni interés en nada excepto la lucha por el poder. En realidad, este tipo de personas son bastante comunes, pero no valen ni la pólvora ni el tiro. En la vida real hay que luchar contra Lord Elton, D. N. Pritt, Lady Houston, Ezra Pound, Lord Vanisttart, el Padre Coughlin y todo el resto de su lúgubre tribu, pero sus deficiencias intelectuales apenas necesitan ser señaladas. La monomanía no es interesante, y el hecho de que ningún nacionalista del tipo más intolerante pueda escribir un libro que siga pareciendo digno de leerse después de un lapso de años tiene un cierto efecto desodorizante. Pero cuando se ha admitido que el nacionalismo no ha triunfado en todas partes, que todavía hay personas cuyos juicios no están a merced

de sus deseos, el hecho es que los problemas urgentes —la India, Polonia, Palestina, la Guerra Civil española, los juicios de Moscú, los negros americanos, el pacto ruso-alemán o lo que sea— no pueden discutirse, o al menos nunca se discuten, a un nivel razonable. Los Elton, los Pritt y los Coughlin, cada uno de ellos siendo simplemente una enorme boca vociferando la misma mentira una y otra vez, son obviamente casos extremos, pero nos engañamos a nosotros mismos si no nos damos cuenta de que todos podemos parecernos a ellos en momentos desprevénidos. Que se toque una determinada nota, o un tema delicado —y puede ser un tema cuya existencia misma haya sido insospechada hasta entonces—, y la persona más ecuánime y de temperamento más dulce puede transformarse de repente en un partidario vicioso, ansioso únicamente de «marcarle» a su adversario, indiferente a la cantidad de mentiras que diga o errores lógicos cometa en el camino para lograrlo. Cuando Lloyd George, que se oponía a la guerra de los bóeres, anunció en la Cámara de los Comunes que los comunicados británicos, si se sumaban, afirmaban haber matado a más bóeres de los que contenía toda la nación bóer, consta que Arthur Balfour se puso en pie y gritó: “¡Canalla!” Muy pocas personas están a prueba de errores de este tipo. El negro desairado por una mujer blanca, el inglés que escucha a Inglaterra criticada ignorantemente por un americano, el apologista católico que recuerda la Armada española, todos reaccionarán de la misma manera. Un pinchazo en el nervio del nacionalismo, y las deficiencias intelectuales pueden desvanecerse, el pasado puede ser alterado, y los hechos más claros pueden ser negados.

Si uno alberga en algún lugar de su mente una lealtad u odio nacionalista, algunos hechos, aunque en cierto sentido se sepa que son verdaderos, son inadmisibles. He aquí algunos ejemplos. A continuación enumero cinco tipos de nacionalistas, y

contra cada uno de ellos adjunto un hecho que es imposible que ese tipo de nacionalista acepte, incluso en sus pensamientos secretos:

Tory británico: Gran Bretaña saldrá de esta guerra con poder y prestigio reducidos.

Comunista: Si no hubiera sido ayudada por Gran Bretaña y Estados Unidos, Rusia habría sido derrotada por Alemania.

Nacionalista irlandés: Eire sólo puede seguir siendo independiente gracias a la protección británica.

Trotskista: Que el régimen de Stalin es aceptado por las masas rusas.

Pacifista: Esos que «abjuran» de la violencia sólo pueden hacerlo porque otros cometen violencia en su nombre.

Todos estos hechos son manifiestamente obvios si uno no se deja llevar por sus emociones, pero para el tipo de persona que se menciona en cada caso también son intolerables, por lo que hay que negarlos y construir falsas teorías sobre su negación. Vuelvo al asombroso fracaso de la predicción militar en la guerra actual. Creo que es cierto que la *intelligentsia* se ha equivocado más sobre el desarrollo de la guerra que la gente común, y que se ha dejado llevar más por sentimientos partidistas. El intelectual promedio de izquierda creía, por ejemplo, que la guerra estaba perdida en 1940, que los alemanes estaban destinados a invadir Egipto en 1942, que los japoneses nunca serían expulsados de las tierras que habían conquistado, y que la ofensiva de bombardeos angloamericana no estaba haciendo mella en Alemania. Podía creer estas cosas porque su odio hacia la clase dominante británica le impedía admitir que los planes británicos pudieran tener éxito. No hay límite para las locuras que uno puede tragarse si está bajo la influencia de

sentimientos de este tipo. He oído decir, por ejemplo, que las tropas norteamericanas habían sido traídas a Europa no para luchar contra los alemanes, sino para aplastar una revolución inglesa. Hay que pertenecer a la *intelligentsia* para creer cosas así, ningún hombre corriente podría ser tan tonto. Cuando Hitler invadió Rusia, los funcionarios del Ministerio de Información emitieron, “como antecedente”, una advertencia de que cabía esperar que Rusia se derrumbara en seis semanas. Por otra parte, los comunistas consideraron cada fase de la guerra como una victoria rusa, incluso cuando los rusos habían sido expulsados casi hasta el mar Caspio y habían perdido varios millones de prisioneros. No es necesario multiplicar los ejemplos. La cuestión es que, en cuanto intervienen el miedo, el odio, los celos y el culto al poder, el sentido de la realidad se desquicia. Y, como ya he señalado, también se desquicia el sentido del bien y del mal. No hay crimen, absolutamente ninguno, que no pueda ser condonado cuando «nuestro» bando lo comete. Incluso si uno no niega que el crimen ha ocurrido, incluso si uno sabe que es exactamente el mismo crimen que uno ha condenado en algún otro caso, incluso si uno admite en un sentido intelectual que es injustificado — aún así uno no puede *sentir* que está mal. La lealtad está en juego, por lo que la piedad deja de funcionar.

La razón del auge y la expansión del nacionalismo es una cuestión demasiado amplia para plantearla aquí. Basta con decir que, en las formas en que aparece entre los intelectuales ingleses, es un reflejo distorsionado de las espantosas batallas que se libran en el mundo exterior, y que sus peores locuras han sido posibles gracias al desmoronamiento del patriotismo y de las creencias religiosas. Si se sigue esta línea de pensamiento, se corre el peligro de caer en una especie de conservadurismo o de quietismo político. Se puede argumentar plausiblemente,

por ejemplo —incluso es probablemente cierto—, que el patriotismo es una vacuna contra el nacionalismo, que la monarquía es una protección contra la dictadura y que la religión organizada es una protección contra la superstición. O de nuevo, se puede argumentar que no es posible una perspectiva imparcial, que *todos* los credos y causas implican las mismas mentiras, locuras y barbaridades; y esto se aduce a menudo como razón para mantenerse totalmente al margen de la política. No acepto este argumento, aunque sólo sea porque en el mundo moderno nadie que pueda describirse como intelectual *puede* mantenerse al margen de la política en el sentido de no preocuparse por ella. Creo que uno debe participar en política —utilizando la palabra en un sentido amplio— y que debe tener preferencias: es decir, debe reconocer que algunas causas son objetivamente mejores que otras, aunque se promuevan por medios igualmente malos. En cuanto a los amores y odios nacionalistas de los que he hablado, forman parte de la constitución de la mayoría de nosotros, nos guste o no. No sé si es posible librarse de ellos, pero sí creo que es posible luchar contra ellos, y que esto es esencialmente un esfuerzo moral. Se trata, en primer lugar, de descubrir lo que uno es en realidad, cuáles son realmente sus propios sentimientos, y luego de tener en cuenta los inevitables prejuicios. Si odiás y temés a Rusia, si estás celoso de la riqueza y el poder de Estados Unidos, si despreciás a los judíos, si tenés un sentimiento de inferioridad hacia la clase dominante británica, no podés deshacerte de esos sentimientos simplemente reflexionando. Pero podés al menos reconocer que los tenés, y evitar que contaminen tus procesos mentales. Los impulsos emocionales que son ineludibles, y tal vez incluso necesarios para la acción política, deberían poder coexistir con una aceptación de la realidad. Pero esto, repito, requiere un esfuerzo moral, y la literatura inglesa contemporánea, en la

medida en que se mantiene viva ante las grandes cuestiones de nuestro tiempo, muestra cuán pocos de nosotros estamos preparados para hacerlo.

CONTEXTO CONDENSADO

Voltaire y la epidemia de siempre

Voltaire fue bautizado como François Marie Arouet. Nació y murió en París, pero entre 1694 y 1778 sucedieron en su vida muchísimas cosas. Pasó mucho tiempo fuera de Francia, donde fue preso, luego perseguido y desterrado por su forma de incomodar a las élites y la Iglesia con la espada afiladísima de sus escritos. No le importó ser hijo de un noble para renegar de «los suyos», ni ser francés para hablar contra su país, ni haber vivido en Ginebra para darle a los ginebrinos, ni haber estudiado en un colegio jesuita para estrellarse contra ellos. El Padre jesuita Antonio Astrain escribió, en 1912: “En los tiempos modernos más daño hace la idea perniciosa de un escritor que la espada de un malvado militar. Erasmo desde Basilea, Calvino desde Ginebra, y Voltaire desde Ferney habían de ser más temibles a la Iglesia que Tamerlán con sus mongoles y Bayaceto con sus genizaros”. Tal era la influencia de Voltaire.

El mejor de los ejemplos lo describe Rosa Montero; sucedió

“en 1762, cuando se suicidó el hijo de un comerciante protestante de Toulouse llamado Jean Calas. La sociedad francesa de la época, agresivamente católica, decidió que el comerciante había asesinado a su propio hijo porque éste deseaba convertirse al catolicismo; la ley dio por bueno este delirio sin disponer de pruebas, y Jean Calas fue condenado a la pena capital y ejecutado con el suplicio de la rueda, es decir, fue torturado hasta

la muerte. Pocos meses después, Voltaire publicó su *Tratado sobre la tolerancia en torno a la muerte de Jean Calas*, en donde acusaba de la tropelía a los jesuitas; con ello no consiguió devolver a la vida al pobre Calas, pero sí logró la revisión del proceso y la rehabilitación de la familia; y además hizo a la sociedad francesa más consciente de los excesos del fanatismo y de las manipulaciones de los poderosos. No debió de serle fácil enfrentarse a todos para defender a una pobre familia de apestados. Ir en contra de la corriente general es algo sumamente incómodo.”

Voltaire supo nadar contra la corriente, incluso si le costaba perder el apoyo de las cortes en las que se paseó. No le importó haber vivido en ellas para criticar abusos de las monarquías, y tuvo líos y fue perseguido en casi todos los lugares a los que fue. El tema principal del texto de Montero es que “todos nos damos cuenta de cuándo nos vendemos”; los temas de toda la vida de Voltaire —que supo venderse y no dejarse comprar— fueron la tolerancia y el fanatismo. Toda su obra está marcada por ellos. Y casi todas sus obras fueron censuradas, quemadas, prohibidas — lo que, lógicamente, aumentó su popularidad. Después de un retorno triunfal a París, murió convertido en leyenda y fue enterrado en el Panteón. Pero volvamos a su obsesión. Uno conoce mejor a los autores por sus escritos, donde no pueden dejar de hablar de sus fijaciones, que por sus biografías. Sobre la tolerancia escribió, en su *Diccionario Filosófico*: “¿qué es la tolerancia? La panacea de la humanidad”. En el artículo sobre la superstición resumió su postura sobre el tema que nos atañe, rematando en la última frase: “En pocas palabras, mientras menos supersticiones, menos fanatismo; y mientras menos fanatismo, menos desgracias”.

A buen entendedor, pocas palabras, y el buen entendedor que cree que conoce bien el mundo y a sí mismo no necesita leer todo lo que sigue, una joya atemporal de una obsesión: el artículo sobre el *Fanatismo* de su *Diccionario Filosófico*.

Sobre este *Diccionario*: fue publicado por primera vez dos años después de su victoria en el caso Calas, en 1764, pero ya venía pensando en prepararla desde 1750. Sus problemas con la ley en varias regiones perturbaron su dedicación al tema. La primera edición se llamaba *Diccionario Filosófico Portátil*, y fue publicada anónimamente en Ginebra, mintiendo en la tapa que había sido impresa en Londres. ¿Por qué? La respuesta está en que fue censurada y quemada en todas partes (Ginebra, París, Roma), y a todas partes llegó. No por nada, y no sólo por esta obra, se llama a veces a la Ilustración como el Siglo de Voltaire. En esa época, tanto «diccionarios» como textos «portátiles» estaban de moda, y Voltaire, que había participado en varios de los primeros, se quejaba de que no pudieran ser lo segundo. “Nunca veinte volúmenes *in-folio* provocarán la revolución —escribió en una carta a d’Alembert, gestor de la *Enciclopedia*— son los pequeños libros portátiles [y baratos] los que deben temerse”.

La revolución llegó a los once años de la muerte de Voltaire, y también se dejó arrastrar por la intolerancia y el fanatismo.

Volvamos al grano, que es lo que quiso hacer nuestro autor con eso de la «portabilidad». Yendo al punto logró publicar 73 artículos en unas 350 páginas. Pero el libro fue demasiado exitoso y el autor no se aguantó las ganas ni la erudición, lo que es un problema para dejar cosas fuera y la edición; reeditó su diccionario casi cada año diciendo, en la portada: “revisado, corregido y aumentado por el autor”, dejando lo portátil en el pasado, habiendo cumplido su función.

En 1769, ya con 118 artículos, incluso le cambió el nombre a la colección: *La Razón alfabéticamente*. Había trabajado antes en la monumental *Enciclopedia* liderada por Diderot y d'Alembert, a la que había aportado 45 artículos, y entre 1770 y 1772 publicó sus *Cuestiones sobre la Enciclopedia*: a lo largo de nueve volúmenes corrigió, revisó y republicó lo escrito para el *Portátil* y la *Enciclopedia*, y aumentó nuevos artículos, publicando 440 en total. Años antes había escrito 117 artículos para el *Diccionario de la Academia Francesa*, y dejó sin publicar un manuscrito llamado *La Opinión alfabéticamente*.

En 1789, el año de la Revolución Francesa, la Sociedad Literaria Tipográfica de Kehl, publica una edición llamada simplemente *Diccionario Filosófico*, el que conocemos hoy, en la que Voltaire fusionó todos sus artículos susodichos, y cada artículo todo lo que escribió sobre cada tema (en las diferentes secciones se notan los distintos enfoques).

Tanto fusionó, que vale la pena mencionar algo más sobre este texto: tanto temaba Voltaire con el fanatismo, que no dudó en incluir en este ensayo una sección completa que ni siquiera fue escrita por él. Tomó párrafos completos, casi 1.600 palabras de las casi 11.000 del artículo *Fanatismo* escrito para la *Enciclopedia* por Alexandre Deleyre, y por eso no reproducimos aquí toda la primera sección (podemos resumir: “el fanatismo es sencillamente la superstición puesta en acción”).

El artículo de Voltaire, en la versión portátil, era realmente portátil: terminaba en los versos sobre Ícaro y empezaba donde escribe: “El fanatismo es a la superstición lo que el delirio es a la fiebre, lo que la rabia es a la ira”. O sea, el resultado de algo más profundo.

Las guerras de hoy —en las trincheras y en lo cultural— son otro síntoma más de esta “enfermedad epidémica” de nunca

acabar, otro capítulo más del mismo teatro. Voltaire da la cura, y hay que saber cuidarse, porque esta enfermedad puede contagiarse hasta a las mentes más brillantes.

Algunas notas extras para su lectura:

- 1) Clodoveo I (466-511): primer rey de los francos, unificó casi toda la Galia y estableció la capital de su reino en París. En español tenemos Clodoveo vía su nombre en latín, Flavius Chlodovechus; en francés el nombre es Clovis, luego Clouis, y de ahí Louis. Por eso tantos reyes Luis en Francia.
- 2) Sobre Bartolomé y Jean Díaz: el autor confunde los nombres: Bartolomé era, en realidad, Alfonso, y Jean era Juan, y no vivía en Nuremberg sino 90 km al sur, en Neuburg.
- 3) San Polieucto era un oficial militar romano que se convirtió al cristianismo y por eso murió decapitado en Melitene, Armenia, el año 259. Bueno, no por eso, sino por causar un desorden público.
- 4) A Guillermo, príncipe de Orange, líder de la lucha independentista de los Países Bajos, lo mató un español para cobrar la recompensa puesta por el rey Felipe II por traicionar a España y la fe católica. El tipo intentó acercarse al príncipe y trabajó su asesinato por casi tres años.
- 5) El asesinato de Francisco de Guisa, del rey Enrique III, de Enrique IV, y la matanza de San Bartolomé, están todos conectados. En 1563, un protestante hugonote asesina a Francisco de Guisa, uno de los líderes del bando católico en las guerras de religión francesas. En 1572, para apaciguar las cosas, se decide que Enrique de Borbón, hugonote

protestante, se case con la hermana del rey Carlos IX, que tenía 12 años. Pero ni los novios, ni el pueblo, ni el Papa, querían el matrimonio; y, una semana después de la boda, los fanáticos católicos desatan la Masacre de San Bartolomé, que se extendió luego por toda Francia. A la muerte del rey niño asumió su hermano, Enrique III, que nombró como su sucesor a su primo, Enrique de Borbón, el de la boda sin fiesta, que había pasado tres años en la cárcel después de San Bartolomé. Esto hizo que otro Enrique más, el hijo de Francisco de Guisa, que también aspiraba al trono y que había fundado ya la Liga Católica para enfrentarse al rey, arme desmanes, y los desmanes los pagó con su asesinato, ordenado por Enrique III en 1588. Al año siguiente un fraile, dominico, miembro de la Liga, vengó la muerte del Duque de Guisa: asesinó al III y se ganó los aplausos hasta del Papa. Vuelve a la escena Enrique de Borbón, convertido ahora Enrique IV, asesinado también por un fanático católico, en 1610.

- 6) Guyon, Patouillet, Chaudon, Nonotte y Paulian son adversarios de Voltaire. “Los” Clément, Chastel, Ravailac y Damiens fueron jueces del caso Calas y otros de ese tipo.
- 7) Los “convulsionarios” eran una secta jansenita. Querían canonizar a François de Pâris.
- 8) El jansenismo era un movimiento religioso formado por seguidores de Cornelius Jansen, que decían que no existía la libertad, sino la predestinación, y promovían la defensa de la autoridad de la Iglesia Católica frente al Estado, pero la Iglesia lo catalogó como un movimiento hereje.
- 9) Sus adversarios eran los molinistas, seguidores del jesuita Luis de Molina; intentaban reconciliar la providencia con el libre albedrío.

- 10) *Las travesuras de Scapin* es una obra de Molière; Trivelino es un personaje de la *commedia dell'arte* italiana.
- 11) El afectado por las maniobras del obispo de Vizcaya es el mismísimo Voltaire.
- 12) Viático: comunión para los que están a punto de morir.
- 13) Un cordelier era un fraile franciscano.
- 14) Cam era hijo de Noé, padre de Canaán. Se narra lo sucedido en Génesis 9:20-27, cuando Cam, viendo a su padre borracho y desnudo, le cuenta a sus hermanos, lo que no le gustó a Noé, quien maldijo... a su nieto.
- 15) Edmund Ludlow fue un parlamentario inglés, el juez que firmó la ejecución del rey Carlos I. Primero conspiró con Oliver Cromwell, lideró la conquista de Irlanda, y al volver lo desconoció, así como el Protectorado. Cromwell, que era un fanático católico, fue el parlamentario que transformó Inglaterra en una «república», instalándose como su *Lord Protector*, un dictador con más poderes que el rey. Al poco tiempo después de su muerte, el Parlamento, arrepentido, reinstauró la monarquía coronando como rey a Carlos II, hijo de Carlos I. Se mandó exhumar el cuerpo de Cromwell y su cabeza se expuso en Westminster durante 24 años, hasta 1685. La cabeza no se volvió a enterrar hasta 1960.

Are you not entertained?

VOLTAIRE : Fanatismo

Segunda sección

Si esta expresión conserva todavía algo de su origen, cuelga de un hilo muy delgado.

Fanaticus era un título honorable; significaba *servidor* o *benefactor* de un templo. Según el *Dictionnaire* de Trévoux, se han encontrado inscripciones en las que destacados romanos utilizaban este título de *fanaticus*.

En la arenga *pro domo sua* de Cicerón, hay un pasaje en el que la palabra *fanaticus* parece difícil de explicar. El sedicioso y libertino Clodio, que había hecho exiliar a Cicerón por haber salvado a la república, no sólo había saqueado y demolido las casas de este gran hombre, sino que, para que Cicerón no pudiera volver nunca a su casa de Roma, había consagrado el terreno, y los sacerdotes habían construido allí un templo a la Libertad, o más bien a la esclavitud en que César, Pompeyo, Craso y Clodio tenían entonces a la república: ¡cuánto la religión, en todos los tiempos, ha servido para perseguir a los grandes hombres!

Cuando en tiempos más felices Cicerón fue por fin restituido, suplicó ante el pueblo que le devolvieran el terreno de su casa y que la reconstruyeran a expensas del pueblo romano. Así se expresa en su alegato contra Clodio (*Oratio pro domo sua*, cap. 40):

“Adspicite, adspicite, pontifices, hominem religiosum, et... monete eum, modum quemdam esse religionis: nimium esse superstitiosum non oportere. Quid tibi necesse fuit anili superstitione, homo fanatice, sacrificium, quod alienæ domi fieret, invisere?”

La palabra *fanaticus*, ¿significa aquí fanático demente, fanático despiadado, fanático abominable, como la entendemos hoy? ¿O significa piadoso, consagrador, hombre religioso, devoto, adepto de los templos? ¿Es esta palabra aquí un insulto o un elogio irónico? No sé lo suficiente para decidirlo, pero lo traduciré:

“Miren, pontífices, miren a este hombre religioso; adviértanle que la religión misma tiene sus límites, que no hay que ser tan escrupuloso. ¿Qué necesidad, vos consagrador, vos fanático, qué necesidad tenés de recurrir a viejas supersticiones para asistir a un sacrificio que se hacía en una casa ajena?”.

Cicerón alude aquí a los misterios de la buena diosa, que Clodio había profanado al disfrazarse de mujer para colarse, con una vieja, en la casa de César, y acostarse con su esposa; esto es, evidentemente, una ironía.

Cicerón califica a Clodio de hombre religioso, por lo que la ironía debe mantenerse a lo largo de este pasaje. Utiliza términos honorables para transmitir mejor la vergüenza de Clodio. Por eso me parece que utiliza la palabra fanático como una palabra honorable, como una palabra que conlleva la idea de un consagrador, de una persona piadosa, de un celoso servidor de un templo. Desde entonces se ha dado este nombre a los que se creían inspirados por los dioses.

*Los dioses a quien los interpreta
le han dado un extraño don:*

*¿No puede uno ser profeta
Sin acaso perder la razón?*

El mismo *Dictionnaire* de Trévoux dice que las antiguas crónicas de Francia llaman a Clodoveo *fanático* y *pagano*. Al lector le gustaría que nos hubieran dado estas crónicas. No he encontrado este epíteto de Clodoveo en los pocos libros que tengo sobre el monte Krapack, donde vivo.

Hoy entendemos por fanatismo una locura religiosa, oscura y cruel. Es una enfermedad de la mente que se contrae como la viruela. Los libros lo transmiten mucho menos que las asambleas y los discursos. Rara vez nos acaloramos leyendo, porque al hacerlo estamos serenos. Pero cuando un hombre ardiente y de imaginación fuerte habla a imaginaciones débiles, sus ojos están ardiendo, y este fuego se comunica; sus tonos, sus gestos, sacuden todos los nervios de sus oyentes. Él grita: «Dios los observa, sacrifiquen lo que es sólo humano; luchen las luchas del Señor»; y nosotros vamos a la lucha.

El fanatismo es a la superstición lo que el delirio es a la fiebre, lo que la rabia es a la ira.

El que tiene éxtasis, visiones, el que toma sus sueños por realidades, y sus imaginaciones por profecías, es un fanático novato que da grandes esperanzas: pronto podrá matar por amor de Dios.

Bartolomé Díaz era un fanático declarado. Tenía un hermano en Nuremberg, Jean Díaz, que no era más que un luterano entusiasta, fuertemente convencido de que el Papa era el Anticristo, que tenía el signo de la bestia. Bartolomé, que estaba aún más convencido de que el Papa era Dios en la tierra, dejó Roma para ir a convertir o matar a su hermano: lo asesinó; esto fue perfecto, y le hemos hecho justicia a este Díaz en otra parte.

Polieucto, que va al templo en día solemne a derribar y romper las estatuas y ornamentos, es un fanático menos horrible que Díaz, pero no menos bobo. Los asesinos del duque Francisco de Guisa, del príncipe Guillermo de Orange, del rey Enrique III, del rey Enrique IV, y de tantos otros, eran enérgicos enfermos de la misma rabia que Díaz.

El mayor ejemplo de fanatismo es el de los burgueses de París que, la noche de San Bartolomé, corrieron a asesinar, degollar, tirar ventanas y despedazar a sus conciudadanos que no iban a misa. Guyon, Patouillet, Chaudon, Nonotte, el ex jesuita Paulian, no son más que fanáticos callejeros, miserables a los que nadie presta atención; pero en un día de San Bartolomé harían grandes cosas.

Hay fanáticos de sangre fría: son los jueces que condenan a muerte a los que no tienen otro delito que no pensar como ellos; y estos jueces son tanto más culpables, tanto más dignos de la execración de la humanidad, en cuanto que, no estando en un arrebato de furia —como los Clément, los Chastel, los Ravailac, los Damiens, es probable que pudieran escuchar a la razón.

No hay otro remedio para esta enfermedad epidémica que el espíritu filosófico, el que, propagado de persona a persona, finalmente suaviza la moral de los hombres y previene los brotes de la enfermedad; pues tan pronto esta enfermedad progresa, hay que huir y esperar a que el aire se purifique. Las leyes y la religión no son suficientes contra la peste de las almas; la religión, lejos de ser un alimento saludable para ellas, se convierte en veneno en los cerebros infectados. A estos miserables se les recuerda constantemente el ejemplo de Aod, que asesinó al rey Eglón; el de Judit, que corta la cabeza a Holofernes mientras dormía con él; el de Samuel, que cortó en pedazos al rey Agag;

el del sacerdote Joad, que asesinó a su reina en la puerta de los caballos, etc., etc., etc. No ven que estos ejemplos, que fueron respetables en la antigüedad, son abominables en el presente: sacan su furia de la misma religión que los condena.

Las leyes siguen siendo muy impotentes contra estos arrebatos de rabia: es como si le leyeras una sentencia judicial a un hombre enloquecido. Estas personas están convencidas de que el espíritu santo que las penetra está por encima de la ley, que su entusiasmo es la única ley a la que deben hacer caso.

¿Qué le respondés a un hombre que te dice que prefiere obedecer a Dios antes que a los hombres y que, por tanto, está seguro de ganarse el cielo degollándote?

Una vez que el fanatismo ha gangrenado un cerebro, la enfermedad es casi incurable. He visto convulsionarios que, al hablar de los milagros de su San Pâris, poco a poco se acaloraban entre ellos; los ojos se les inflamaban, todo su cuerpo temblaba, la furia les desfiguraba el rostro, y habrían matado a cualquiera que los contradijera.

Sí, yo los vi a estos convulsionarios, los he visto echar espuma por la boca y sus miembros retorcerse. Gritaban: “¡Necesitamos sangre!” Consiguieron hacer asesinar a su rey por un lacayo, y acabaron gritando sólo contra los filósofos.

Casi siempre son los sinvergüenzas los que dirigen a los fanáticos, y los que les ponen el puñal en la mano; se parecen a aquel Viejo de la Montaña que, según se dice, hizo probar a los imbéciles las alegrías del paraíso, y que les prometió una eternidad de esos placeres de los que les había dado un anticipo, con la condición de que asesinaran a todos los que él nombrara. Sólo ha habido una religión en el mundo que no haya sido contaminada por el fanatismo, esa es la de los eruditos chinos.

Las sectas de los filósofos no sólo fueron ejemplos de esta peste, sino que fueron su remedio: porque el efecto de la filosofía es tranquilizar el alma, y el fanatismo es incompatible con la tranquilidad. Si nuestra santa religión ha sido tan frecuentemente corrompida por esta furia infernal, es a la locura de los hombres que tenemos que culpar.

*‘Así, del plumaje que tenía
Ícaro pervirtió el uso:
Lo recibió para su salvación,
Le sirvió para su daño.’*

(Bertaud, obispo de Séz)

Tercera sección

Los fanáticos no *luchan* siempre *las luchas del Señor*. No siempre asesinan a reyes y príncipes. Hay tigres entre ellos, pero hay todavía más zorros.

¡Qué red de engaños, calumnias y robos, tejida por los fanáticos de la corte de Roma contra los fanáticos de la corte de Calvino; por los jesuitas contra los jansenistas, y viceversa! Y si nos remontamos más atrás, la historia eclesiástica, que es la escuela de las virtudes, es también la de la villanía empleada por todas las sectas unas contra otras. Todas llevan la misma venda en los ojos, ya sea cuando se trata de incendiar las ciudades y pueblos de sus adversarios, degollar a sus habitantes, condenarlos a la tortura, o cuando se trata simplemente de engañar, enriquecerse y dominar. Los ciega el mismo fanatismo; creen que hacen el bien: todo fanático es conscientemente sinvergüenza, y así mismo es un asesino de buena fe por una buena causa.

Leé, si podés, los cinco o seis mil volúmenes de reproches que los jansenistas y los molinistas se han hecho mutuamente

en los últimos cien años sobre sus sinvergüenzuras, y mirá si Scapin y Trivelino se acercan a ella.

Una de las mejores sinvergüenzuras teológicas que hemos hecho es, a mi juicio, la de un pequeño obispo (se nos asegura en el informe que era un obispo vizcaíno; algún día averiguaremos su nombre y su obispado); su diócesis estaba una parte en Vizcaya y una parte en Francia.

Había una parroquia en la parte francesa que alguna vez fue habitada por unos moros de Marruecos. El señor de la parroquia no era mahometano; era muy buen católico, como debería serlo todo el universo, ya que la palabra católico significa «universal».

El obispo sospechaba que este pobre señor, que sólo se ocupaba de hacer el bien, tenía malos pensamientos, malos sentimientos en el fondo de su corazón, algo que olía a herejía. Lo acusó de haber dicho en broma que en Marruecos había gente honrada como en Vizcaya, y que un marroquí honesto no podía ser enemigo mortal del Ser Supremo, que es el padre de todos los hombres.

Nuestro fanático escribió una extensa carta al rey de Francia, señor soberano de este pobre señorito de parroquia. En su carta, pedía al señor soberano que transfiriera el señorío de este infiel siervo a la Baja Bretaña o a la Baja Normandía, según le placiera a Su Majestad, para que no infectara más a los vascos con sus malas bromas. El Rey de Francia y su Consejo se rieron, con toda razón, de este hombre extravagante.

Nuestro pastor vizcaíno, al enterarse algún tiempo después de que su oveja francesa estaba enferma, prohibió al párroco del cantón que le diera el viático, a menos que entregara una nota de confesión en la que debía constar que el moribundo no

estaba circuncidado, que condenaba de todo corazón la herejía de Mahoma, y cualquier otra herejía en esa línea, como el calvinismo y el jansenismo, y que pensaba en todo como el obispo vizcaíno.

Las notas de confesión estaban entonces muy de moda. El moribundo llamó a su párroco, que era un borracho imbécil, y lo amenazó con hacerlo ahorcar por el parlamento de Burdeos si no le daba el viático, por el que el moribundo sentía una extrema necesidad. El cura tuvo miedo; administró el viático a nuestro hombre, quien, después de la ceremonia, declaró ante testigos que el pastor vizcaíno le había acusado falsamente ante el rey de tener afición a la religión musulmana, que él era un buen cristiano y que el vizcaíno era un calumniador. Firmó este documento ante notario; todo quedó en orden: se sintió mejor, y el reposo de una buena conciencia pronto lo curó por completo.

El pequeño vizcaíno, indignado de que un viejo moribundo se hubiera burlado de él, resolvió vengarse; y así fue como lo hizo.

Hizo fabricar en su dialecto, al cabo de quince días, una supuesta profesión de fe que el párroco pretendía haber escuchado. La hizo firmar por el cura y tres o cuatro campesinos que no habían asistido a la ceremonia. Luego hizo «verificar» la escritura del falsificador, como si la verificación la hubiera convertido en auténtica. Un acta no firmada por la única parte implicada, un acta firmada por desconocidos, quince días después del suceso, un acta desmentida por testigos auténticos, era visiblemente un crimen de falsificación; y como se trataba de cuestiones de fe, este crimen condujo visiblemente al sacerdote y a sus falsos testigos a las galeras en este mundo, y al infierno en el otro.

El señorito escudero, que era burlón y no malvado, se apiadó del alma y del cuerpo de aquellos desgraciados; no quiso llevarlos ante la justicia humana, y se contentó con ridiculizarlos. Pero declaró que, en cuanto se muriera, se daría el placer de imprimir toda esta maniobra del vizcaíno con las pruebas, para divertir al pequeño número de lectores que gustan de estas anécdotas, y en absoluto para instruir al universo — hay tantos autores que hablan al universo, que se imaginan que hacen que el universo esté atento, que creen que el universo está ocupado con ellos, pero éste no cree ser leído por una docena de personas en todo el universo. Volvamos al fanatismo.

Fue esta rabia por el proselitismo, esta furia por conseguir que otros bebieran de su vino, lo que llevó a los jesuitas Castel y Routh ante el famoso Montesquieu cuando éste agonizaba. Estos dos energúmenos quisieron jactarse de haberlo persuadido de los méritos de la atrición y de la gracia suficiente. «Lo convertimos», decían; «en el fondo era un alma buena; amaba mucho la compañía de Jesús. Nos costó un poco convencerlo de ciertas verdades fundamentales, pero como en esos momentos uno siempre tiene la mente más aguda, pronto lo convencimos».

Este fanatismo conversor es tan fuerte que el monje más libertino dejaría a su amante para ir a convertir un alma al otro extremo de la ciudad.

Vimos al padre Poisson, cordelier en París, que arruinó su convento para pagar a sus fulanitas, y que fue encerrado por su moral depravada; era uno de los predicadores más populares de París, y uno de los conversores más implacables. Así era el famoso cura de Versailles, Fantin. Esta lista podría ser más larga, pero no debemos revelar las fechorías de ciertas personas

en ciertos lugares. Ya sabés lo que le pasó a Cam por revelar la depravación de su padre; se puso negro como el carbón.

Sólo roguemos a Dios, al levantarnos y al acostarnos, que nos libre de los fanáticos, como los peregrinos a La Meca ruegan a Dios no encontrarse con *rostros tristes* en su camino.

Cuarta sección

Ludlow, un entusiasta de la libertad más que un fanático de la religión, ese hombre valiente que sentía más odio por Cromwell que por Carlos I, relata que las milicias del parlamento fueron siempre derrotadas por las tropas del rey en los inicios de la guerra civil, así como el regimiento de «porteros» no resistió, en los días de la Fronza, contra el gran Condé. Cromwell le dijo al general Fairfax: “¿Cómo esperarás que los porteros de Londres y los tenderos indisciplinados resistan a una nobleza animada por el fantasma del honor? Presentémosles un fantasma mayor, el fanatismo. Nuestros enemigos sólo luchan por el rey; persuadamos a nuestro pueblo de que están librando la guerra por Dios. Dame licencia, voy a levantar un regimiento de hermanos asesinos, y te garantizo que los convertiré en fanáticos invencibles.”

No falló en esto, formó su regimiento de hermanos rojos a partir de locos melancólicos; los convirtió en tigres obedientes. Ni Mahoma fue mejor servido por sus soldados.

Pero para inspirar tal fanatismo, es necesario que el espíritu de los tiempos te respalde. Hoy en día, un parlamento francés intentaría en vano reclutar un regimiento de porteros: no conseguiría movilizar ni a diez mujeres del mercado. Sólo a los inteligentes corresponde formar fanáticos y conducirlos, pero no basta con ser engañoso y audaz, ya hemos visto que todo depende de venir al mundo en el momento oportuno.

Quinta sección

La geometría no siempre endereza el espíritu. ¿En qué precipicio no caemos todavía con estas aristas de la razón? A un famoso protestante¹ —que fue uno de los primeros matemáticos de nuestros días y que siguió los pasos de los Newton, los Leibnitz y los Bernouillis—, se le ocurrió, a principios de este siglo, tirar unos corolarios bastante singulares. Se dice que con un grano de fe se pueden mover montañas; y él, mediante un análisis totalmente geométrico, se dijo a sí mismo: tengo muchos granos de fe, por lo tanto, haré más que mover montañas. A él se lo vio en Londres en 1707, acompañado de varios eruditos, incluso eruditos de espíritu ingenioso, anunciar públicamente que resucitarían a un muerto en el cementerio que quisieran. Sus razonamientos se basaban siempre en la síntesis. Decían: «Los verdaderos discípulos deben hacer milagros; nosotros somos verdaderos discípulos, así que haremos lo que nos plazca. Los santos impíos de la Iglesia romana, que no eran geómetras, han resucitado a mucha gente honrada; por eso, con más razón, nosotros, que hemos reformado a los reformados, resucitaremos a quien queramos».

No hay nada que replicar a estos argumentos; están perfectamente formados. Esto es lo que ha inundado la antigüedad de prodigios; por eso los templos de Esculapio en Epidauro, y en otras ciudades, estaban llenos de ofrendas: las bóvedas estaban adornadas con muslos enderezados, brazos enderezados, niñitos de plata: todo era un milagro.

Finalmente, el famoso geómetra protestante de quien hablo tenía tan buena fe, aseguró tan positivamente que resucitaría a los muertos, y esta plausible proposición causó tal impresión en

¹ Fatio Duillier.

el pueblo, que la reina Ana se vio obligada a concederle un día, una hora y un cementerio de su elección, para que realizara su milagro fielmente y en presencia de la justicia. El santo geómetra eligió la iglesia catedral de San Pablo para hacer su demostración; el pueblo se alineó en los setos, se colocaron soldados para contener respetuosamente a vivos y a muertos, los magistrados ocuparon sus puestos, el secretario anotó todo en los registros públicos; no se puede exagerar la constatación de nuevos milagros. Se desenterró un cuerpo de los elegidos por el santo; éste rezó, se arrodilló, hizo unas contorsiones preciosas, sus compañeros lo imitaron — pero el muerto no dio señales de vida; fue devuelto a su agujero, y el resucitador y sus seguidores fueron castigados con ligereza.

Desde entonces he visto a uno de estos pobres; me confesó que uno de ellos había cometido un pecado venial, y que el muerto sufrió por eso, de lo contrario la resurrección hubiera sido infalible.

Si estuviera permitido revelar la torpeza de personas a las que debemos el más sincero respeto, diría aquí que Newton, el gran Newton, encontró en el Apocalipsis que el Papa es el Anticristo, y muchas otras cosas de esta naturaleza; diría que él era muy seriamente arriano. Yo sé que la distancia que hay entre Newton y mi otro geómetra es como la que hay entre la unidad y el infinito, no hay comparación posible. Pero ¡qué pobre especie es el género humano, si el gran Newton creyó encontrar en el Apocalipsis la historia actual de Europa!

Parece que la superstición es una enfermedad epidémica de la que no siempre están exentas las almas más fuertes.

Hay personas de muy buen sentido en Turquía que serían empaladas por ciertos sentimientos sobre Abu Bakr. Una vez admitidos estos principios, razonan muy consecuentemente; los

navaristas, los radaristas, los jabaristas, se condenan recíprocamente con argumentos muy sutiles; todos sacan conclusiones plausibles, pero nunca se atreven a examinar los principios.

CONTEXTO CONDENSADO

Benjamin Brodie y la psicología de la epidemia

Sir Benjamin Collins Brodie atendió la salud de la familia real del Reino Unido durante tres reinados, incluso fue el médico de cabecera del rey Jorge IV. En algún momento de su carrera tuvo que decidirse entre hacer investigación y enseñar —no sólo era doctor en medicina, sino también en derecho civil y filosofía— o convertirse en un gran cirujano: eligió lo segundo, pero nunca se alejó de la *vita contemplativa* y el trabajo intelectual. Publicó mucho sobre su arte, y su obsesión con las articulaciones salvó, y sigue salvando, no sólo amputaciones, sino vidas (literalmente cambió la forma de tomar decisiones sobre la amputación). Aunque cirujano y todo, siempre dejó las operaciones como último recurso. Estudió también hernias, fracturas, el sistema urinario... en fin, su trabajo sirvió de base para el avance de la medicina en el siglo 19, y lo llevó a los salones reales, donde fue ordenado baronet, un rango nobiliario entre barón y caballero. Fue presidente de la Royal Society — un cargo que también ocupó Newton—, y el primer presidente del *General Medical Council*; ambos al mismo tiempo. Si has visto la serie *Grey's Anatomy*, sabrás que es un juego de palabras con *Gray's Anatomy*, una especie de biblia para los médicos escrita por Henry Gray; bueno, este señor le dedicó su trabajo a nuestro Benjamin C. Brodie, considerado una eminencia en el mundo de la medicina británica. Tal era su reputación.

Quizá por eso la primera edición de sus *Psychological Inquiries* fue publicada anónimamente. La psicología era todavía un tema muy experimental, más asociado a la filosofía que a la medicina. Y sus observaciones y opiniones pueden haber sido, digamos, un poco controversiales; no sé si a mediados del siglo 19 llamar al fundador de los mormones de “mitad loco y mitad impostor” era algo que podía hacer que te «cancelen».

Pero este librito, publicado por primera vez en 1854, fue un éxito, y para 1856, en la tercera edición, ya llevaba el sello de su nombre en la tapa. Escrito en forma de diálogos, llevaba por subtítulo: *Las relaciones mutuas de la organización física y las facultades mentales*. En 1862, un año después de haber dejado sus presidencias y pocos meses antes de morir, lanzó una edición expandida que incluía una segunda parte con *Algunos puntos en la Historia física y moral del Hombre*.

Aquí leemos un extracto del primer diálogo, la sección que trata sobre la *influencia de los entusiastas y fanáticos*.

Brodie, como todos nosotros, no puede no ver las cosas sino con los lentes de su experiencia: como Voltaire con el fanatismo, tildó a la opinología de epidemia, y vio su articulación con el fanatismo y los charlatanes.

Desde que leí este texto, he vuelto siempre a él para curarme de las rabietas que puede provocar esta enfermedad. Encima lo descubrí en pleno clímax de la pandemia, cuando todas estas epidemias estaban en su cumbre, tomando todo tipo de cuerpos y cerebros, sin discriminar entre ricos y pobres, educados y no educados, sin tomar en cuenta etnias ni nacionalidades, igualándonos a todos. Es por culpa de esta plaga que hemos cometido todo tipo de horrores: cruzadas, pogromos, genocidios, la muerte de Jesús, la de Jean Calas, la de Mahsa Amini... Nacido en 1783 y muerto en 1862, Brodie tiene aquí

la claridad para describir el antes, el ahora y, por supuesto, el después.

Algunas notas extras para esta lectura:

1) Los “hábitos contemplativos” de los que habla se refieren a la capacidad de prestar nuestra atención completa a las cosas durante mucho tiempo, hasta que sus conexiones se nos revelen. Lo que dicen que Newton describió diciendo: “Mantengo el tema constantemente frente a mí y espero hasta que empiece a aclarar, y poco a poco llega la luz plena”.

2) La fábula de los caballeros que disputan por el escudo de oro y plata cuenta la pelea de dos caballeros por un escudo: uno decía que era de oro, el otro que era de plata; al final se les acerca un tercero y les dice que un lado es de oro y el otro de plata, que los dos tenían razón, pero no estaban viendo la figura completa. Para ponernos de acuerdo en algo, primero tendremos que ponernos de acuerdo en la perspectiva desde la que lo estamos mirando.

3) El “monje fanático” es Pedro de Amiens, *a.k.a.* Pedro el Ermitaño (1050-1115), clérigo francés quien, antes de que inicie la Primera Cruzada, ya había intentado llegar a Tierra Santa con una «peregrinación armada» —a esas contradicciones nos lleva el fanatismo— en la llamada Cruzada Popular o Cruzada de los Pobres, que fue repelida y masacrada por el ejército selyúcida (persas musulmanes). Populista y muy elocuente, Pedrito despertó el fanatismo de las masas cristianas.

4) George Gordon fue un político británico del siglo 18. Con 29 años, fue el principal instigador de las *Gordon Riots* de 1780, una serie de disturbios anticatólicos que terminaron saqueando y destruyendo varias iglesias católicas, prendiendo fuego a una

prisión, y por poco la turba —que tenía como cincuenta mil personas— hace lo mismo con el Banco de Inglaterra. Hasta el día de hoy, son los peores disturbios *ever* de Londres. Gordon era en ese momento protestante, siete años después se convirtió al judaísmo $\bar{\setminus}(\prime)_/\bar{\setminus}$.

5) Joanna Southcote (1750-1814) era una profetisa inglesa que creía que tenía dones sobrenaturales. Se autodenominó como «la mujer del Apocalipsis» (Ap 12) y a sus 64 años proclamó que estaba embarazada del Mesías, el Siloh del Génesis (Gn 49), quien, por supuesto, nunca nació. Southcote sufría de hidropesía, un trastorno en el que se acumula líquido en los tejidos, por lo general en el vientre, lo que provoca hinchazón generalizada. Llegó a tener más de cien mil seguidores sólo en Londres.

6) Joseph Smith Jr. (1805-1844) es el fundador de la Iglesia de los Santos de los Últimos Días. Supuestamente tuvo una revelación en la que se le apareció un ángel que le pidió que tradujera un texto, el cual se convirtió en el Libro de Mormón, que publicó a sus 24 años. Murió a los 38 y la iglesia que fundó tiene hoy casi veinte millones de fieles.

BENJAMIN COLLINS BRODIE: La influencia de entusiastas y fanáticos

...CRITES: En este momento prefiero volver a una parte anterior de nuestra conversación. Aceptando todo lo que decís acerca de la ventaja de los hábitos contemplativos, de todos modos, imagino que no estás queriendo afirmar que éstos son más importantes que la capacidad de formar un buen juicio sobre lo que tengamos enfrente, y de razonar con precisión.

EUBULUS: Con seguridad que no. Pero tampoco dudo que en todos los casos en los que tenemos que llegar a una conclusión, comparando la evidencia de un lado con la del otro (y estas incluyen todas las ramas del conocimiento humano excepto las matemáticas puras), nada contribuye tanto al razonamiento preciso como los hábitos de los que estamos hablando. El defecto principal en quienes razonan de forma imprecisa es el tan felizmente ilustrado por la fábula de los dos caballeros que disputan por el escudo de oro y plata. No ven, o no tienen en cuenta, la totalidad de los hechos en los que tienen que fundamentar su conclusión. ¿Quién es tan poco propenso a caer en este error como el individuo que mantiene constantemente ante él el tema al que se dirigen sus indagaciones, hasta que se le presentan, gradualmente, todas sus relaciones? Obsérvese que estoy hablando de una imaginación bien regulada, que no se deja llevar por prejuicios o pasiones, o analogías fantasiosas.

La imaginación mal regulada de las mentes inferiores es un asunto muy diferente, y no produce más que entusiastas, fanáticos y, debo agregar, impostores.

CRITES: Pero, desafortunadamente, esta última clase de personas es la que, por su actividad y fervor, es a menudo la más influyente en el mundo. Un monje fanático persuadió a toda la cristiandad de que se embarcara en la trama salvaje de las cruzadas. Lord George Gordon, un loco fanático, lideró la muchedumbre de Londres que fue a quemar la prisión de Newgate, y casi involucró a toda la metrópoli en el conflicto. No hace mucho desde que un número no pequeño de personas, que pertenecían no solamente a las clases sin educación, fueron inducidas a creer que una anciana hidrópica estaba a punto de ser la madre del verdadero Siloh. E, incluso en la actualidad, muchos miles de mormones atestiguan su fe en la misión divina de un hombre mitad loco y mitad impostor en la persona de Joe Smith. ¡Cuántas historias similares puede proporcionar cualquiera que estudie la historia de la raza humana!

EUBULUS: Me temo que no necesitamos ir tan lejos a la época de las Cruzadas, ni remitirnos a los discípulos de Joanna Southcote, ni a los mormones, para tener ejemplos de tal credulidad de parte una porción considerable de la humanidad. Efectivamente, hemos descartado nuestra fe en la astrología y las brujas; compadecemos la ignorancia del pobre africano que, en una temporada de sequía, busca los conjuros del hacedor de lluvia; no podemos comprender bien cómo fue que los atenienses civilizados del siglo 3 pudieron haber creído que las estatuas de mármol se sentirían ofendidas, y mostrarían su disgusto dejando sus pedestales y caminando de noche. Sin embargo, con toda nuestra presumida sabiduría, y todo nuestro

avance en conocimientos, hay en el presente muchos que creen en cosas que no están respaldadas por pruebas mejores que éstas. Hay epidemias tanto de opinión como de enfermedad, y prevalecen tanto entre las clases sociales educadas como entre las no educadas. La energía y la sinceridad de los fanáticos es poderosa en todas las épocas, y arrastra consigo la convicción de esa gran parte de la humanidad que no investiga ni piensa por sí misma. Es, en efecto, un hecho triste, que una gran ampliación de la educación y el conocimiento no produce ninguna mejora correspondiente en este sentido. Aun así, al final, prevalece la sensatez. Los errores y los engaños duran solo un tiempo. Aquellos que deshonran a una época desaparecen, y son relevados por aquellos que deshonran a la siguiente. Pero una verdad, una vez establecida, permanece indiscutible, y la sociedad, en general, avanza...

CONTEXTO CONDENSADO

Agnes Repplier y la opinología

Agnes Repplier nació en Filadelfia en 1855, murió en la misma ciudad casi un siglo después, en 1950. A los 21 años ya se había ganado cierto nicho de lectores con sus *short stories*, pero no fue hasta la siguiente década que ese nicho se expandió más allá de Pensilvania, especialmente con sus ensayos en las revistas neoyorquinas *The Catholic World* y *Harper's Magazine*, y en *The Atlantic Monthly*, revista nacida en la cuna literaria de la época: Boston. *The Atlantic* —hoy con sede en Washington y ya no *monthly*— tenía entonces entre sus regulares a Emerson, Mark Twain, Harriet Beecher Stowe, Julia Ward Howe, Longfellow, Henry James —uno de los admiradores de Repplier, como lo fue G. K. Chesterton—, entre otros. También publicó una carta muy famosa de Martin Luther King, y ha sido una casa para David Foster Wallace.

El ensayo que leemos aquí fue publicado —ya adivinaste— en *The Atlantic*, en abril de 1894. Pero, como lo que hemos leído en esta serie, parece escrito en estos días. Y seguramente le parecerá a quien lo lea en un siglo. Repplier se apoya en literatos —citados y criticados— para hablar de algo universal, para contar quejas y hacer observaciones que son atemporales, como el hecho de que somos ávidos para opinar sobre cosas ajenas, ávidos para interesarnos por las opiniones ajenas, y

propensos a vivir según estas opiniones ajenas. En resumen: opinología.

La esencia de querer encajar y querer «mandarnos la parte», mostrarnos intelectual y moralmente superiores al otro, sigue ahí. Y sigue siendo mayor el vanidoso interés por mostrarnos superiores en algún tema, que nuestro interés por los temas en sí, que no nos importan tanto. Vale la pena preguntarse, cada vez que alguien tuitea o comparte un *story* o un tiktok sobre los muertos de algún atentado, bombardeo o incluso abuso policial, si realmente se siente afectado por el asunto o si lo hace para no quedarse fuera del tren, del *trend*.

“Epidemias de opinión”, como dijo Sir Benjamin C. Brodie. Y el peor de sus síntomas, el buscar la opinión y la aprobación sobre cualquier tema de cualquier famoso. Replier lo vivió en carne propia y lo cuenta aquí. Hoy lo vemos por todas partes: *influencers* y celebridades hablando sobre todos los temas como si fueran expertos; y nosotros también. Opinólogos y todólogos. Y todas nuestras opiniones marcadas completamente con el color de nuestros fanatismos, siguiendo el ritmo de la melodía impuesta por los jefes de nuestra tribu.

Opinions, se llama simple y llanamente el ensayo que leemos. Fue publicado el mismo año en su colección *In the dozy hours, and other papers* por la editorial Houghton Mifflin, fundada en 1832 en Boston, que continúa operando hasta el día de hoy y para la que no tenemos más tiempo y espacio para hacer *name-dropping*.

Volvemos a Replier, quien en vida fue una ensayista muy reconocida en el mundo literario en inglés —son varios los títulos honorarios de instituciones y universidades que recibió— y una de las primeras mujeres en ser miembro del *National Institute of Arts and Letters*. Vivió la mayoría de su vida en Filadelfia,

pero pasó varias etapas por Europa. Dejó de publicar en los inicios de la Segunda Guerra Mundial: su último ensayo — como es de esperar, publicado en *The Atlantic*— se imprimió en 1940.

Alguna vez fue expulsada del colegio por no querer leer un libro de esos que son obligatorios, porque lo consideraba “estúpido”. No perdió nunca esa personalidad, ni la independencia de pensamiento, ni la libertad de expresión, incluso siendo muy católica. Nunca se casó, no tuvo hijos, cuidó a sus hermanos, y tuvo muchos gatos. Su favorita se llamaba Agripina.

Algunas notas extras para esta lectura:

- 1) No traduzco *frills*, una palabra que indica adornos innecesarios, aunque podría usarse «floritura». Lo mismo con *La vie de parade*, un dicho que la escritora puso en su original francés y que significa «la vida de apariencias», «la vida de desfile», «la vida de fachada» (antes la de la alta sociedad, hoy la de las redes sociales).
- 2) La frase: “Los movimientos vivos no surgen de comités”, del cardenal John Henry Newman (de su *Apologia pro Vita Sua*, 1865) fue citada también por Joseph Ratzinger en 1990 (mucho antes de que sea Papa) en un homenaje por el centenario de la muerte de Newman. Hoy, la frase nos sirve para recordar que la paz, y la guerra, no surgen de comités ni se pueden planificar y sellar en escritorios, sino que surgen del sentimiento en la calle. Estos movimientos surgen y ganan tracción con el flujo de las opiniones y el péndulo de la opinión pública.
- 3) La Feria Mundial se llevó a cabo en Chicago de mayo a octubre de 1893; se ideó para conmemorar los 400 años de

la llegada de Cristóbal Colón a América. Su nombre oficial era *World's Columbian Exposition*; se la apodó la «Ciudad Blanca» por el color de los edificios hechos para el evento, diseñados por grandes arquitectos y diseñadores de la época (214 edificios temporales en estilo neoclásico, la feria ocupaba 256 hectáreas). El edificio de Antropología fue uno de los más famosos, su exposición fue curada por Fredric Ward Putnam, científico y profesor de Harvard.

- 4) Mr. Arnold es Matthew Arnold. No tenemos tiempo, y quizá no es importante, contextualizar a cada persona que se nombra. Eso sí, Alberto Magno fue un obispo alemán del siglo 13, maestro de Santo Tomás.
- 5) Creo que la frase de Santa Teresa de Jesús (1515-1582) la leyó en el artículo sobre la santa de James Anthony Froude, publicado en octubre de 1883 en el *Quarterly Review* de Londres, republicado el mismo año en *Littell's Living Age* —una revista de Boston en la que se curaban artículos de diferentes fuentes—, incluido en 1892 en la colección *The Spanish Story of the Armada and Other Essays* del autor. La cita en cuestión reza: “*Do not contend in words about things of no consequence*”; el original en español es uno de sus *Avisos* a sus monjas: “Nunca porfiar mucho, especial en cosas que va poco”.
- 6) «Porfiar» es “discutir de manera obstinada o mantenerse excesivamente firme en una opinión”. Hay una gran diferencia entre porfiar y saber de lo que se habla. Santa Teresa también avisa: “nunca hablar sin pensarlo bien” y “nunca afirme cosa sin saberla primero”. También dicen que dijo: “Lee y conducirás, no leas y serás conducido”. Pero leo y nada me conduce a la fuente de tal cita.

- 7) *The Scarlet Letter* es una novela que trata el tema del adulterio y el sexo fuera del matrimonio. Publicada en 1850, uno puede imaginarse el alboroto que causó. Fue muy bien recibida en los Estados Unidos y Gran Bretaña. Hoy es uno de los grandes clásicos de la literatura.
- 8) La frase de Sir Thomas Browne titula el tercer capítulo de la tercera parte de su *Moral cristiana*, escrita en la década de 1670; el pedido de no fiarse de la ceguera que nos provocan nuestras opiniones es antiguo. También es antigua la costumbre de no seguir los consejos que uno da: Browne creía en la existencia de la brujería.
- 9) Dos años antes, Repplier, en otro ensayo, ya había citado la frase que leemos de Walter Pater, quien la escribió en *Mario el epicúreo*, su novela filosófica de 1885 que se desarrolla en la Roma de Marco Aurelio.
- 10) Miss Snellicci es un personaje de la novela *Nicholas Nickleby* de Charles Dickens, quien la publicó de forma serializada entre 1838 y 1839, divulgando un capítulo por mes, antes de lanzar el libro completo (en lo que hacemos aquí “no hay nada nuevo bajo el sol”). La poesía citada dice: “*Sing, God of Love, and tell me in what dearth / Thrice-gifted Snellicci came on earth, / To thrill us with her smile, her tear, her eye, / Sing, God of Love, and tell me quickly why*”. No hay muchas traducciones al español, yo intenté no copiar la que encontré (porque no me gustó, y de la búsqueda estética trata el epicúreo libro de Pater).
- 11) *You Are Old, Father William* es un poema de Lewis Carroll que aparece en *Alicia en el país de las maravillas*, en el quinto capítulo (*Consejos de una oruga*). Sus versos se asemejan a lo que se le pedía al primer ministro inglés.

12) Sobre la frase que se atribuye a un “gran agitador”, no la encuentro en inglés, y lo más cerca que he podido llegar es a una frase de Nietzsche en el decimoséptimo discurso de su *Zarathustra*. Dice, en alemán: “*Die Stimme der Heerde wird auch in dir noch tönen*”. La traducción al español sería: “La voz del rebaño seguirá resonando dentro tuyo”. Al inglés: “*The voice of the herd will still resound within you*”. Repplier escribe: “*The voice of the great multitude ... rings in our startled ears*”. “La voz de la gran multitud” es una frase que aparece en Apocalipsis 19, aunque no como algo malo, sino como algo estruendoso que adora a Dios, que viene a salvarlos. En el griego koiné original del libro de la Biblia, la palabra es ὄχλος, *ókhlos*, que suele traducirse en inglés y en español como «multitud», «muchedumbre». (A la degeneración de la democracia se la llama «oclocracia», «gobierno de la muchedumbre».) En alemán se traduce como *Schar*, que, así como «multitud», de alguna manera, también quiere decir «rebaño», aunque no como *Heerde* — pero igual resuena. Lo que me hace pensar que Repplier está citando a Nietzsche es que éste escribió esta frase mientras discute sobre la libertad individual, la soledad que conlleva, y el dejarse llevar por el rebaño. Ahora bien, *Zarathustra* se publicó por partes entre 1883 y 1885, la edición completa del libro salió recién en 1895, un año después de este ensayo, y su primera traducción al inglés se publicó en 1896 (*by* Alexander Tille). Pero Repplier, por su madre, tenía ascendencia germana y sabía hablar alemán. Nietzsche escribió después *El Anticristo*, figura asociada al falso profeta del Apocalipsis que aparece en el mismo capítulo susodicho, pero ese libro, aunque escrito en 1888, no vio la luz pública hasta un año después de publicado este ensayo. Lo más probable es que todavía no doy con el au-

tor de la cita (quizás en otro idioma); o, probablemente, todo está conectado.

AGNES REPPLIER: Opiniones

Se ha observado ocasionalmente, por personas que no simpatizan del todo con los métodos y estrategias de nuestro tiempo, que ésta es una época de aguda curiosidad intelectual. Tenemos poco tiempo libre y poco gusto por el estudio duro, y ya no reconocemos las admirables cualidades de una ignorancia sabia y satisfecha. En consecuencia, se ha inventado para nosotros, en los últimos años, una *via media*, algo que no es ni luz ni oscuridad, un atajo hacia esa meta para la que —solíamos estar seguros— no había un camino real que los pies lánguidos pudieran seguir. El objetivo aparente del nuevo sistema es permitirnos vivir como caballeros, o como damas, con las ideas de otras personas; ahorrarnos el trabajo y el agotamiento inherentes a la formación de nuestras propias opiniones al darnos uso gratuito de las opiniones de otras personas. Hay una simplicidad encantadora en el esquema, que no implica ningún esfuerzo de pensamiento o ajuste mental, y que no puede dejar de recomendarse de todo corazón al público en general, mientras el mérito adicional de su bajo precio lo hace entrañable para sus ahorrativos defensores. Todos estamos acostumbrados a hablar vagamente sobre «cuestiones de interés candente» y «los problemas absorbentes del día». Algunos de nosotros incluso llegamos a tener una noción bastante clara de cuáles son estas cuestiones y problemas. Es natural, por lo tanto, que sintamos un vivo placer, no por los temas en sí, que nos importan

muy poco, sino por las persuasiones y convicciones de nuestros vecinos, por las que hemos aprendido a preocuparnos mucho. Las discusiones pasan con bravía en todo nuestro entorno, y los veredictos fáciles, despreocupados y engréidos, que tan francamente se confían al mundo, se han convertido en una fuente reconocida de educación e ilustración popular.

He pensado a veces que este febril intercambio de opiniones recibió un impulso fatal de esa curiosa epidemia que cundió en Inglaterra hace unos años, conocida como las «Listas de los Cien Libros». Nunca antes se había ofrecido a la gente una oportunidad tan admirable para ponerse lo que comúnmente llamamos *frills*, y hay que confesar que la aprovecharon al máximo. El *Corán*, las *Analectas* de Confucio, Spinoza, Heródoto, Demóstenes, Jenofonte, la *Historia de la Filosofía* de Lewis, la *Saga de Njal*, la *Conducta del Entendimiento* de Locke... Esas, y sólo esas, fueron las obras que nos recomendaron sin vacilar hombres a los que habíamos considerado, tal vez, tan humanos como nosotros mismos, de los que casi habríamos sospechado que solazaban sus momentos más ligeros con un estudio ocasional de Rider Haggard o Gaboriau. Si se pudiera crear lectores por el simple proceso de inundar el mundo con buenos consejos, estas listas arbitrarias habrían marcado una nueva era intelectual. Así las cosas, se limitaron a excitar una curiosidad viva pero infructuosa. “Los movimientos vivos”, nos recuerda el cardenal Newman, “no surgen de comités”. Conocí, en efecto, a una impetuosa estudiante que compró precipitadamente la *Gramática del Asentimiento* [de Newman] porque la vio en una lista; pero había un límite hasta para su ardor, porque dieciocho meses después las hojas seguían sin ser cortadas. Es una prueba sorprendente de la inspirada racionalidad del señor Arnold que, mientras tantos de sus compatriotas nos instruían de esta manera imperativa, sólo él, que podría haber

hablado con autoridad, declinara añadir su nombre y su lista al resto. Era un juego divertido, dijo, pero no se sentía dispuesto a jugarlo.

Algunas variantes de este pasatiempo alguna vez popular han llegado incluso hasta nuestros días. Listas de los mejores autores estadounidenses, listas de los mejores autores extranjeros, listas de los diez mejores libros publicados en una década, han aparecido ocasionalmente en nuestros periódicos, mientras que una lista de libros que personas prominentes pretendían o esperaban leer «en un futuro próximo» nos llenaba de respeto por tan heroicas anticipaciones. Obras de diez volúmenes del carácter más severo se contaban como insignificancias en estos estudios prospectivos. Ahora mismo, es cierto que la Feria Mundial dio un tono menos escolástico a las discusiones de los periódicos. Escuchamos hablar relativamente poco de las *Analectas* de Confucio y mucho de la Ciudad Blanca y del Departamento de Antropología. Quizá sea mejor contarle al público tus impresiones sobre la Feria que confiarle tus autores favoritos. Una revelación es tan valiosa como la otra, pero es posible, con precaución, hablar de Chicago en términos que brinden una satisfacción generalizada. No es posible expresar preferencias literarias, artísticas o nacionales sin exponerse a reproches enérgicos de personas que sostienen puntos de vista diferentes. Una vez fui atraída por un periódico de Nueva York hacia una serie de confidencias inofensivas que, en mi parecer, no despertarían ni interés ni indignación. Las preguntas que se hacían eran leves, como las que deleitaban los corazones de los niños, cuando yo era muy pequeña, en nuestros «Álbumes de fotografías mentales». “¿Quién es tu personaje de ficción favorito?” “¿Cuál es tu personaje favorito de la historia?” “¿Cuál creés que es el mejor atributo del hombre?”

Habiendo respondido amablemente a una parte de estas preguntas, me sorprendió y halagó, algunas semanas más tarde, verme descrita en un diario —con la fuerza, además, de mis propias confesiones— como irracional, mórbida y cruel; excusable sólo por tener un entorno melancólico y una constitución enfermiza. Y lo mejor de todo era que, al parecer, yo misma había revelado todo esto. “Nunca porfiar mucho, especial en cosas que va poco”, aconseja Santa Teresa, que llevó con ella al claustro suficiente sabiduría para habernos mantenido a todos nosotros, pobres mundanos, fuera de problemas.

El sistema por el cual opiniones de poco o ningún valor se recogen asiduamente y se distribuyen generosamente es demasiado completo como para dejarse desconcertar por la inexperiencia o la indiferencia. El editor o periodista emprendedor que plantea la pregunta se parece mucho a Sir Charles Napier; quiere una respuesta de cualquier tipo, por muy incapaces que seamos de dársela. Una lista de las preguntas que me han formulado durante el último año me recuerda dolorosamente mi propia inexperiencia y simplicidad. Estas son algunas que recuerdo: ¿Cuál era mi opinión sobre la formación universitaria como preparación para el trabajo literario? ¿Cuál era mi opinión sobre la comedia griega? ¿Era pesimista u optimista, y por qué? ¿Cuáles eran mis flores favoritas, y si las cultivaba? ¿Qué libros pensaba que *no* debían leer los niños pequeños? ¿A qué edad y bajo qué impulsos consideraba que los niños empezaban a decir palabrotas? ¿Qué estudios especiales y serios proponía para las mujeres casadas? ¿Qué consideraba más necesario para el desarrollo integral de los jóvenes? Parecía inútil insistir en mis respuestas que yo nunca había ido a la universidad, nunca había leído una línea de griego, nunca me había casado, nunca había tenido niños a mi cargo y no sabía nada sobre el desarrollo de los jóvenes. Descubrí que mi ignorancia

en todos estos puntos se daba por supuesta desde el principio, pero que este hecho sólo hacía que mis opiniones fueran más interesantes y picantes para gente tan ignorante como yo. Tampoco se les ocurrió nunca a mis corresponsales que si yo hubiera sabido algo sobre la comedia griega o la formación universitaria, me habría esforzado en convertir mis conocimientos en dinero escribiendo mis propios artículos, y nunca habría sido tan pródiga como para regalar mi información.

Que estas discusiones o simposios públicos son, sin embargo, un consuelo ocasional para sus participantes, quedó demostrado por la presteza con que varios escritores se presentaron, hace algunos años, para explicar al mundo por qué la ficción inglesa no era una de las mejores cosas. Lectores inocentes y miopes, apegados a lo obvio, habían supuesto tontamente que las novelas modernas eran más bien tristes porque los novelistas no eran capaces de escribir otras mejores. Por lo tanto, se convirtió en el deber manifiesto de los novelistas el notificarnos claramente que podían escribir novelas mucho mejores, pero que el público no se lo permitía. Como el Dr. Holmes, no se arriesgaban a ser tan graciosos como podían. “Los lectores reflexivos de edad madura”, nos dijeron, “se están muriendo por exactitud”. Todos y cada uno de ellos estaban dispuestos a proporcionar esta exactitud sin escatimar esfuerzos, pero les era prohibido, no vaya a ser que “el choque de los mandamientos rotos” pueda desagradar a los oídos femeninos educados. En esta ocasión se intercambiaron una gran cantidad de sentimientos airados, y se ofrecieron muchas sugerencias originales y valiosas a modo de alivio. Era una gran oportunidad para que cualquiera que hubiera escrito un cuento confiara al mundo «la teoría de su arte», hiciera observaciones autocomplacientes sobre su propio «punto de vista» y deplorara el estúpido decoro del público. Cuando los ecos de estas apasionadas

protestas se convirtieron en silencio, nos consoló pensar que Hawthorne no había tardado en escribir *La letra escarlata* desde un lugar de sensible consideración por las opiniones de sus vecinos; y que dos grandes naciones, imperturbables por “el choque de los mandamientos rotos”, habían recibido el libro como una herencia de infinita belleza y deleite. El arte no necesita apologistas, y nuestro gran artista literario, utilizando el material que había escogido a su manera, despreocupado tanto por las nuevas teorías como por los antiguos prejuicios, dio al mundo una obra maestra de ficción y el mundo no había sido tan estúpido y la pudo apreciar.

El placer de repartir opiniones por escrito no se limita en absoluto a los profesionales, a las personas de las que se supone que saben algo sobre un tema porque llevan años más o menos ocupados en él. Por el contrario, los debates más animados y enérgicos son aquellos en los que el público en general se presta a participar. Casi cualquier tema sirve para despertar el entusiasmo argumentativo del lector promedio, que se lanza a la refriega con esa alegre presteza que resulta tan estimulante para el espectador pacífico. La disputa sobre la pronunciación o la ortografía de una palabra, si se ventila con ánimo en una revista literaria, traerá docenas de cartas, todas escritas de la manera más seria y urgente, y todas emanando aparentemente de personas con opiniones rigurosas y un ocio sin límites. Si una letra aquí o allá —una «u», quizás, o una «l»— puede elevarse a la dignidad de asunto nacional, entonces los combatientes se ponen sus cotas de malla, despliegan las banderas de sus países y disputan alegre y frecuentemente al son de música marcial. Si, por el contrario, el objeto de la disputa es una afirmación un tanto obvia, como, por ejemplo, que el trabajo de las mujeres en el arte, la ciencia y la literatura es inferior al de los hombres, es sorprendente y gratificante ver el número

de contendientes que se preparan rápidamente para negar lo innegable y llevar al fracaso una esperanza perdida. El lector impasible que se encuentra por primera vez con una observación de este género, se pregunta si vale la pena afirmar tan explícitamente lo que todo el mundo ya sabe; ¡Y he aquí! No pasa una semana sobre su cabeza sin que una docena de airadas protestas hayan sido lanzadas a la imprenta. Estas se encuentran con réplicas sarcásticas. El director de la revista, que naturalmente se complace en conseguir material tan fácilmente, despierta hábilmente sentimientos adormecidos; y el tiempo, el temperamento y la tinta son desperdiciados sin restricción por personas que son los únicos conversos de su propia elocuencia. “No abracés el lado ciego de las opiniones”, dice Sir Thomas Browne, quien, nacido en una época contenciosa, “sin genio para las disputas”, predicó melodiosamente sobre los encantos de la tolerancia y las incomodidades del entusiasmo desmesurado.

No hace mucho, un periódico chiquito, pero vivaz, me pidió por favor que dijera en sus columnas si creía que valía más la pena leer libros nuevos o libros viejos. Era el tipo de pregunta que una vida ordinaria, gastada estudiando mucho, le permitiría a uno responder apenas; pero descubrí, examinando algunos números atrasados del periódico, que ya había sido respondida muchas veces, y aparentemente sin la menor vacilación. Los corresponsales se habían presentado para derribar a nuestros antiguos ídolos, sin ningún sentimiento de inseguridad o recelo. Un despreocupado reformista de Nebraska sostenía con firmeza que la señora Hodgson Burnett escribía mucho mejores historias que Jane Austen; mientras que otra intrépida persona, un virginiano, declaraba que *El vicario de Wakefield* era “aburrido y ñoño”, diciendo que “la mitad del mundo lector estaría de acuerdo con él si se atreviera”. Tal vez lo estarían —

¿quién sabe?—, pero es el privilegio de esa mitad del mundo de la lectura el guardar silencio sobre el tema. La preferencia simple es un motivo bueno y suficiente para determinar la elección individual de libros, pero no justifica que un lector confiera sus impresiones al mundo. Ni siquiera el humor involuntario de tales revelaciones puede ganarles el perdón, porque la tendencia a permitir que el espíritu individual se desboque a través de la crítica está dando como resultado un estándar más bajo de corrección. “El verdadero valor de las almas”, dice el señor Pater, “está en proporción a lo que pueden admirar”; y la noción popular de que todo es cuestión de opinión, y que una opinión es casi tan buena como otra, es inconmensurablemente perjudicial para esa ley superior por la que tratamos de elevarnos firmemente a una apreciación de lo que es mejor en el mundo. Tampoco podemos absolver a nuestros críticos modernos de fomentar esta ignorancia auto-afirmativa, cuando ignoran con tanta ligereza esos indestructibles estándares que nos hacen capaces de medir la diferencia entre las cosas grandes y pequeñas. Parece una hazaña inteligente y atrevida establecer nuestros propios modelos, pero esto es en realidad mucho más fácil que esforzarse en seguir los inalcanzables viejos modelos de nuestros antepasados. La originalidad que prescinde tan alegremente del pasado es impotente para darnos una estimación correcta de cualquier cosa que disfrutemos en el presente.

De las opiniones improvisadas de los científicos o literatos a las opiniones improvisadas de la multitud no hay más que un paso. Cuando los novelistas terminaron de decirnos, en los periódicos y revistas, lo que pensaban unos de otros, y sobre todo lo que pensaban de sí mismos, llegó entonces el turno a los lectores de novelas de decirnos lo que *ellos* pensaban de la ficción. Esta repentina invasión de los vándalos no dejó a los novelistas

más que un recurso, un privilegio indiscutible. Podían permitirse saber exactamente cómo es que llegaron a escribir sus libros; en qué momentos de inspiración, bajo qué influencias benignas, dieron al mundo esas páginas de valor incalculable.

“¿Cantá, Dios del Amor, y decime en qué estado de pobreza vino al muno Snevellicci, con sus tres destrezas!”

Después de lo cual, a menos que el público no silenciado se presente para decir cómo, cuándo y dónde leyó los volúmenes, deben reconocerse expulsados del campo.

La vie de parade ha alcanzado su máxima expresión cuando a un Primer Ministro de Inglaterra se le pide que diga al mundo —como el *Viejo Padre William*— cómo se ha mantenido tan saludable; cuando al Príncipe de Gales se le pide que adorne una lista de libros leíbles; cuando a un eminente clérigo se le pide que nos revele por qué nunca ha estado enfermo; cuando se pregunta a la esposa del Presidente de los Estados Unidos cómo prepara su cena de Acción de Gracias; cuando las mujeres casadas en la vida privada descorren el velo doméstico para contarnos cómo han criado a sus hijas, y las solteras nos revelan el secreto de su éxito social. Añadamos a estas fuentes de información las opiniones de los poetas sobre la educación, y de los educadores sobre la poesía; de los eclesiásticos sobre la política, y de los políticos sobre la Iglesia; de los periodistas sobre el arte, y de los artistas sobre el periodismo; y debemos reconocer con toda sinceridad que ésta es una época ilustrada. “La voz de la gran multitud”, por citar a un agitador popular; “resuena en nuestros sobresaltados oídos”; y su elocuencia es polifacética y discursiva.

Se dice que Alberto Magno fabricó una vez una cabeza que hablaba. Fue algo extremadamente inteligente de su parte. Pero la cabeza estaba tan encantada con su logro que hablaba

todo el tiempo. Entonces, según la tradición, Santo Tomás de Aquino se impacientó y la rompió en pedazos. Santo Tomás fue un erudito, un filósofo y un santo.

BONUS CRACKS:

Extractos condensados sin contexto

JOHN STUART MILL

Sobre la libertad, capítulo 1 (1859)

La lucha entre la Libertad y la Autoridad es la característica más conspicua en las partes de la historia con las que estamos más familiarizados, particularmente en la de Grecia, Roma e Inglaterra. Pero en los tiempos antiguos esta lucha era entre los súbditos, o algunas clases de súbditos, y el Gobierno. Por libertad se entendía la protección contra la tiranía de los gobernantes políticos. Los gobernantes eran concebidos (excepto en algunos de los gobiernos populares de Grecia) como en una posición necesariamente antagónica al pueblo al que gobernaban... Por lo tanto, el objetivo de los patriotas era establecer límites al poder que el gobernante debía ejercer sobre la comunidad; y esta limitación era lo que entendían por libertad.

Sin embargo, llegó un momento en que los hombres dejaron de considerar una necesidad de la naturaleza que sus gobernantes fueran un poder independiente, opuesto en interés a ellos mismos. Les parecía mucho mejor que los diversos magistrados del Estado fuesen sus arrendatarios o delegados, revocables a su antojo... A medida que avanzaba la lucha por hacer que el poder gobernante emanara de la elección periódica de los gobernados, algunas personas empezaron a pensar que se había dado demasiada importancia a la limitación del poder mismo. Eso (podría parecer) era un recurso contra los gobernantes cuyos intereses se oponían habitualmente a los del pueblo. Lo que ahora se quería era que los gobernantes se identificaran con el pueblo; que su interés y su voluntad fueran el interés y la voluntad de la nación. La nación no necesitaba ser protegida contra su propia voluntad. No había que temer que se tiranizara a sí misma...

Pero, en las teorías políticas y filosóficas, así como en las personas, el éxito revela defectos y debilidades que el fracaso podría haber ocultado a la observación... Ahora se percibía que frases como «autogobierno» y «el poder del pueblo sobre sí mismo» no expresan la verdadera situación. El «pueblo» que ejerce el poder no es siempre el mismo pueblo sobre el que se ejerce; y el «autogobierno» del que se habla no es el gobierno de cada uno por sí mismo, sino de cada uno por todos los demás. La voluntad del pueblo, además, significa prácticamente la voluntad de la parte más numerosa o más activa del pueblo; la mayoría, o aquellos que logran hacerse aceptar como la mayoría; el pueblo, por consiguiente, puede desear oprimir a una parte de sí mismo; y las precauciones son tan necesarias contra esto como contra cualquier otro abuso de poder...

[La tiranía de la mayoría] practica una tiranía social más formidable que muchas clases de opresión política; aunque no suele sostenerse con penas tan extremas, deja menos medios de escape, penetrando mucho más profundamente en los detalles de la vida y esclavizando al alma misma. Por eso, la protección contra la tiranía del magistrado no es suficiente: se necesita también protección contra la tiranía de la opinión y el sentimiento prevalecientes; contra la tendencia de la sociedad a imponer, por otros medios que las penas civiles, sus propias ideas y prácticas como reglas de conducta a los que disienten de ellas; a encadenar el desarrollo, y, si es posible, impedir la formación, de cualquier individualidad que no esté en armonía con sus costumbres, y obliga a todos los caracteres a modelarse según su propio modelo. Hay un límite a la interferencia legítima de la opinión colectiva con la independencia individual: y encontrar ese límite y mantenerlo contra la usurpación es tan indispensable para una buena condición de los asuntos humanos como la protección contra el despotismo político.

EPICTETO

Sobre la libertad (*Disertaciones*, VI, 1; c. 100-135)

Libre es quien vive como quiere; quien no puede ser forzado, obligado, estorbado ni apresurado; y cuyos impulsos no tienen trabas, sus apetitos son alcanzables, y no cae en lo que debe evitar. ¿Quién quiere vivir en el error? Nadie. ¿Quién quiere vivir engañado, expuesto, siendo injusto, desenfrenado, quejumbroso, despreciado? Nadie. Ningún malvado vive como quiere, por lo tanto, tampoco son libres. ¿Y quién quiere vivir en pena, con miedo, con envidia, compadecido, fallando y fracasando en sus deseos, desviándose y cayendo en lo que quiere evitar? Nadie. ¿Hay entre los malvados alguno sin tristezas, sin miedos, que no se haya obstinado en sus deseos y luego fracasado? No hay; entonces no hay ninguno de ellos que sea libre.

Si un hombre que ha sido dos veces cónsul escucha estas cosas, y le añadís: «pero vos sos sabio, esto no va con vos», te perdonará. Pero si le decís la verdad: «nada te diferencia de los que han sido vendidos tres veces en cuanto a no ser un esclavo», ¿qué más podés esperar sino golpes?

—¿Cómo es eso de que soy un esclavo? —dirá él—. Mi padre es libre, mi madre es libre, nadie puede comprarme; y también soy senador, y amigo del César, y he sido cónsul, y tengo muchos esclavos.

—En primer lugar, querido senador, quizás tu padre era esclavo de este tipo de servidumbre, y tu madre y tu abuelo, y todos tus antepasados; y si ellos fueron libres, ¿qué tiene que ver esto con vos? ¿Y si ellos eran de naturaleza noble y vos in-noble, y si ellos intrépidos y vos un cobarde, y si ellos recatados y vos un libertino?

—¿Y qué tiene que ver esto con la servidumbre?

—¿No se parece a la esclavitud el obrar en contra de tu voluntad, quejándote, obligado?

—Puede ser —dice—. Pero, ¿quién puede obligarme a hacer, sino el amo de todos, el César?

—Vos mismo acabás de admitir que tenés un amo. En todo caso, que no te consuele el que sea, como decís, el amo de todos: antes bien, date cuenta que igual sos esclavo, pero de una familia importante. Porque así también suele gritar la gente de Nicópolis: «¡Por suerte del César, somos libres!» Ahora, si te parece, no hablemos del César, pero respondeme: ¿alguna vez has amado a alguien? ¿Una chica, un muchacho, un esclavo, o alguien libre?

—¿Y esto qué tiene que ver con ser esclavo o libre?

—¿Nunca te mandó esa persona amada a hacer algo que no querías hacer? ¿Nunca adulaste a tu esclavito? ¿Nunca le besaste los pies? Pero si alguien te forzara a besar los pies del César, esto te parecería un insulto y excesiva tiranía. ¿Qué otra cosa es la esclavitud? ¿Alguna vez fuiste de noche a algún lugar que no querías? ¿Nunca gastaste lo que no querías gastar? ¿No has lamentado y suspirado palabras? ¿No te has sometido a ser abusado y excluido [por esa persona amada]? Y si te avergüenza confesar tus propias locuras, mirá lo que dice y hace Trasónides, quien, habiendo combatido tantas cosas —quizás más batallas que vos—, salió de noche, cuando su esclavo no se atrevía a salir, y si se le obligaba a hacerlo, hubiera ido renegando y lamentando la amargura de la servidumbre. Y Trasónides, ¿qué dice después? “Me ha esclavizado una muchacha vulgar, a mí, a quien jamás esclavizó ningún enemigo”. ¡Infeliz! Sos esclavo de una muchacha y encima una despreciable. ¿Por

qué, entonces, seguís llamándote libre? ¿Por qué alardeás de tus expediciones militares? Y después pide una espada, y se enoja con quien, por bondad, se la niega; y le manda regalos a ella que lo odia; y suplica, y llora, y ni bien tiene un pequeño éxito, vuelve a vanagloriarse. ¿Y entonces qué? ¿Era lo suficientemente libre como para no ansiar ni temer? “Ni ansiar ni temer, eso es libertad”.

Pensemos ahora en la idea que nos hacemos de libertad en los animales. Algunos crían leones mansos, los tienen encerrados y los alimentan, incluso algunos hasta los pasean. ¿Y a quién se le ocurre decir que un león así es libre? ¿No está más esclavizado cuanto más a gusto vive? ¿Qué león que tenga sentido y razón quisiera ser uno de esos leones? Y otra más, esas aves que son capturadas y alimentadas, ¿cuánto sufren al tratar de escapar? Algunas se mueren de hambre antes que someterse a una vida así; y las que sobreviven, que lo hacen con sufrimiento, ni bien encuentran un resquicio para escapar, vuelan. Tanto anhelan su libertad natural y ser independientes, libres de estorbos.

—¿Y qué daño te puede hacer este encierro?

—Pero, ¿qué decís? Estoy hecho para volar donde yo quiera, para vivir al aire libre, para cantar cuando me plazca. ¿Me quitás todo eso y después me preguntás qué me pasa?

Por esto, diremos que sólo son libres los que no soportan el cautiverio, los que, ni bien son capturados, escapan mediante la muerte...

El esclavo quiere ser liberado inmediatamente. ¿Para qué? ¿Creés que es porque quiere pagar a los recaudadores su cuota de emancipación? No, sino porque se imagina que hasta hoy ha vivido restringido y afligido por no poder hacerlo. «Si se me

libera —piensa—, todo es felicidad, no sirvo a nadie, hablo con todos de igual a igual, voy y vengo donde quiera y como quiera». Cuando es liberado, inmediatamente, no teniendo dónde comer, busca a quién halagar, alguien con quien cenar. Luego, o trafica su cuerpo y padece las cosas más terribles —y aunque consiga un pesebre para dormir ha sido reducido a una esclavitud mucho peor que la anterior—, o incluso si se vuelve próspero, es ignorante a lo bueno, se enamora de una chica, se lamenta, se encuentra infeliz, y desea volver a ser esclavo. Se dice a sí mismo: «¿Qué daño sufrí en mi esclavitud? Otro me vestía, otro me daba zapatos, otro me alimentaba, otro me cuidaba cuando estaba enfermo, y yo le hacía unos pocos servicios. Pero ahora, miserable, ¡las cosas que sufro siendo esclavo de muchos en vez de uno sólo! Pero si consigo los anillos [del rango ecuestre], entonces estaré contento y feliz». Primero, para conseguirlos, sufre el derecho de piso, y una vez los tiene, todo vuelve a ser lo mismo. «Pero entonces —se dice—, si me alisto en el servicio militar, me libraré de todos mis males». Se alista; sufre todos los azotes, y sin embargo pide un segundo y un tercer mando en el ejército, y como colofón a su carrera es nombrado senador, y entonces se vuelve un siervo que va al senado, y ahí es cuando experimenta su más fina y espléndida esclavitud.

JOHN GRAY

El Gran Inquisidor y los peces voladores (*Perros de paja*, IV, 2; 2002)

En su comentario sobre la parábola del Gran Inquisidor de Dostoyevski, D. H. Lawrence confesó que una vez había rechazado la filosofía del Gran Inquisidor por considerarla una “pose cínico-satánica”. En la parábola de Dostoyevski, que aparece en forma de «poema» compuesto por Iván Karamazov y contado a su hermano Aloysha en la novela *Los hermanos Karamazov*, Jesús vuelve al mundo en tiempos de la Inquisición española. Aunque llega “suavemente, sin ser observado”, no pasa mucho tiempo antes de que es reconocido por el pueblo y hecho prisionero por el Gran Inquisidor. Encerrado en el antiguo palacio de la Santa Inquisición, es interrogado, pero se niega a responder.

El Gran Inquisidor le dice a Jesús que la humanidad es demasiado débil para soportar el don de la libertad. No busca la libertad, sino el pan; no el pan divino prometido por Jesús, sino el pan terrenal ordinario. La gente adorará a quien les dé pan, porque necesitan que sus gobernantes sean dioses. El Gran Inquisidor le dice a Jesús que su enseñanza ha sido enmendada para tratar a la humanidad como realmente es: “Hemos corregido Tu obra y la hemos fundado en el *milagro*, el *misterio* y la *autoridad*. Y los hombres se regocijaron de volver a ser conducidos como ovejas, y de que el terrible don que les traía tanto sufrimiento fuera, por fin, sacado de sus corazones”.

Lawrence nos dice que rechazó la afirmación del Gran Inquisidor de que los seres humanos no pueden soportar la libertad por considerarla “un alarde de blasfemia”. Reflexionando,

su juicio fue diferente: la afirmación del Gran Inquisidor contiene “la crítica final e incontestable de Cristo... es un resumen mortal y devastador, incontestable porque lo confirma la larga experiencia de la humanidad. Es la realidad contra la ilusión, y la ilusión era la de Jesús, mientras que el tiempo mismo replica con la realidad”. Lawrence explica su cambio de opinión con una pregunta: “¿Es cierto que la humanidad exige, y siempre exigirá, milagro, misterio y autoridad?” Responde:

“Sin duda es cierto. Hoy en día, el hombre obtiene su sentido de lo milagroso de la ciencia y la maquinaria, la radio, los aviones, los grandes barcos, los zepelines, el gas venenoso, la seda artificial: estas cosas alimentan el sentido del hombre de lo milagroso como lo hizo la magia en el pasado... El diagnóstico de Dostoyevski sobre la naturaleza humana es sencillo e incontestable. Tenemos que someternos y aceptar que los hombres son así.”

Lawrence tenía razón. Hoy en día, para la mayoría de la humanidad, la ciencia y la tecnología encarnan “milagro, misterio y autoridad”. La ciencia promete que las fantasías humanas más antiguas por fin se harán realidad. La enfermedad y el envejecimiento serán abolidos, la escasez y la pobreza ya no existirá; la especie será inmortal. Como el cristianismo en el pasado, el culto moderno a la ciencia vive de la esperanza en los milagros. Pero pensar que la ciencia puede transformar la suerte humana es creer en la magia. El tiempo replica a las ilusiones del humanismo con la realidad: una humanidad frágil, desquiciada, no realizada. Aunque permita reducir la pobreza y aliviar la enfermedad, la ciencia se utilizará para refinar la tiranía y perfeccionar el arte de la guerra.

La verdad que Dostoyevski pone en boca del Gran Inquisidor es que la humanidad nunca ha buscado la libertad, y nunca lo hará. Las religiones seculares de los tiempos modernos dicen que los seres humanos anhelan ser libres; y es cierto que les molesta cualquier tipo de restricción. Sin embargo, es raro que los individuos valoren su libertad más que la comodidad que proporciona el servilismo, y más raro aún que lo hagan pueblos enteros. Como comentaba Joseph de Maistre, a propósito de la sentencia de Rousseau según la cual los hombres nacen libres pero están encadenados por todas partes: pensar que, porque unos pocos buscan a veces la libertad, todos los seres humanos la quieren, es como pensar que, porque hay peces voladores, está en la naturaleza de los peces volar.

No hay duda de que en el futuro habrá sociedades libres como las ha habido en el pasado. Pero serán escasas, y variaciones de anarquía y tiranía serán la norma. Las necesidades que satisfacen los tiranos son tan reales como aquellas a las que responde la libertad; a veces son más urgentes. Los tiranos prometen seguridad; y liberación del tedio de la existencia cotidiana. Con seguridad, esto es sólo una fantasía confusa. La triste realidad de la tiranía es una vida gastada en espera. Pero el perenne romance de la tiranía viene de su promesa a sus súbditos de una vida más interesante que cualquier otra que puedan imaginar para sí mismos. Sea lo que sea en lo que se conviertan, las tiranías comienzan como festivales de los deprimidos. Los dictadores pueden llegar al poder apoyados sobre el caos, pero su promesa tácita es que aliviarán el aburrimiento de sus súbditos. En esto, no se puede reprochar al Gran Inquisidor.

FRIEDRICH NIETZSCHE

Del camino del creador (*Así hablo Zaratustra*, I, 17; 1883)

¿Querés, mi hermano, ir hacia la soledad? ¿Querés buscar el camino hacia vos mismo? Esperá un poco y escuchame.

«El que busca, se pierde fácilmente. Toda soledad es culpa»: así habla el rebaño. Y vos perteneciste al rebaño mucho tiempo.

La voz del rebaño seguirá resonando dentro tuyo. Y cuando digás: «Ya no comparto la misma conciencia con ustedes», será un lamento y un dolor.

Mirá, esa conciencia única engendró también este dolor: y el último destello de esta conciencia brilla aún sobre tu angustia.

Pero ¿querés recorrer el camino de tu angustia, que es el camino hacia vos mismo? ¡Mostrame entonces tu valor y tu fuerza para hacerlo!

¿Sos una nueva fuerza y un nuevo valor? ¿Un primer motor? ¿Una rueda que gira por sí misma? ¿Podés incluso hacer que las estrellas giren a tu alrededor?

¡Ay, hay tanta lujuria por las alturas! ¡Hay tantas convulsiones de los ambiciosos! ¡Mostrame que no sos uno de los lujuriosos y ambiciosos!

Ay, hay tantos grandes pensamientos que no hacen más que lo que un inflador: inflan y producen más vacío.

¿Te llamás libre? Quiero escuchar tus pensamientos dominantes y no que has escapado de un yugo.

¿Sos de los que han escapado de un yugo? Hay algunos que se deshicieron de su último valor cuando se deshicieron de su servidumbre.

¿Libre de qué? ¡Qué le importa esto a Zaratustra! Lo que tu ojo me hará saber brillando es: ¿libre para qué?

¿Podés concederte a vos mismo tu mal y tu bien, y colgar tu voluntad encima tuyo como ley? ¿Podes ser tu propio juez y vengador de tu ley?

Es terrible estar a solas con el juez y vengador de la propia ley. Así es como una estrella es arrojada al espacio desértico y al viento helado de hallarse sola.

Hoy todavía sufrís por los muchos, vos que sos uno: hoy todavía mantenés todo tu coraje y todas tus esperanzas.

Pero algún día la soledad te cansará, algún día tu orgullo se doblegará y tu coraje se quebrará. Algún día gritarás: «¡Estoy solo!».

Algún día ya no verás tan cerca tu altura y verás demasiado cerca tu bajeza; tu altivez misma te hará temer como un fantasma. Algún día gritarás: «¡Todo está mal!»

Hay sentimientos que quieren matar al solitario; si no lo consiguen, entonces, ¡ellos mismos tienen que morir! Pero, ¿sos capaz de ser un asesino?

¿Conocés ya, mi hermano, la palabra «desprecio»? ¿Y el tormento de tu justicia, de ser justo con quien te desprecia?

Obligás a muchos a cambiar de opinión sobre vos, y esto te lo echan en cara. Te acercaste a ellos y pasaste de largo: esto nunca te lo perdonarán.

Caminás encima, más allá de ellos: pero, cuanto más alto subís, más pequeño te ve el ojo de la envidia. Sin embargo, el más odiado de todos es el que vuela.

«¡Cómo que quieren ser justos conmigo! —tenés que decir—, yo escojo para mí su injusticia como la parte que me ha sido asignada».

Arrojan injusticia y suciedad al solitario: pero, mi hermano, si querés ser una estrella, ¡no tenés que brillar menos por eso!

¡Y cuidado con los buenos y justos! Les gusta crucificar a los que inventan su propia virtud: odian a los solitarios.

Cuidado también con la santa simplicidad. Todo lo que no es simpleza es impío para ellos; también les gusta jugar con fuego: la hoguera.

¡Y cuidado también con los arrebatos de tu amor! Los solitarios se apuran demasiado a tender la mano a quienes conocen.

A algunas personas no te es permitido darles la mano, sino sólo la pata: y yo quiero que tu pata también tenga garras.

Pero el peor enemigo que podés encontrar siempre vas a ser vos mismo; vos mismo te acechás en cuevas y bosques.

Solitario, ¡caminás el camino hacia vos mismo! ¡Y tu camino te lleva más allá de vos mismo y de tus siete demonios!

Serás un hereje y un brujo y un adivino y un necio y un escéptico y un impío y un villano para vos mismo.

Tendrás que querer quemarte en tu propia llama: ¡cómo querés renovarte, si primero no te has convertido en cenizas!

Solitario, caminás por el camino del creador: ¡querés crearte un dios a partir de tus siete demonios!

Solitario, caminás por el camino del amante: te amás a vos mismo y por eso te despreciás como sólo los amantes saben despreciar.

¡El amante quiere crear porque desprecia! ¡Qué sabe del amor el que no tuvo que despreciar lo que amaba!

Con tu amor y tu trabajo andate a tu soledad, mi hermano; y sólo después te seguirá la justicia.

Con mis lágrimas andate a tu soledad, mi hermano. Yo amo al que quiere crear más allá de sí mismo y por eso perece.

Así habló Zaratustra.

DORIS LESSING

Group minds (Las cárceles que elegimos, 4; 1986)

La gente que vive en Occidente, en sociedades que describimos como occidentales o el mundo libre, puede ser educada de muchas maneras diferentes, pero todas saldrán con una idea sobre sí mismas que va más o menos así: «soy ciudadano de una sociedad libre, y eso significa que soy un individuo que toma decisiones individuales. Mi mente es mía, mis opiniones las elijo yo, soy libre de hacer lo que quiera y, en el peor de los casos, las presiones sobre mí son económicas, es decir, puede que yo sea demasiado pobre para hacer lo que quiera hacer»... y puede pasar toda su vida sin pensar nunca en analizar esta imagen tan halagadora y, como resultado, se ve indefensa ante todo tipo de presiones para conformarse de muchas maneras.

Todos vivimos nuestras vidas en grupos: la familia, los grupos de trabajo, los sociales, religiosos y políticos. Es más, muy pocas personas son felices en solitario, y suelen ser vistas por sus vecinos como peculiares, egoístas o cosas peores. La mayoría de la gente no soporta estar sola mucho tiempo. Siempre están buscando grupos a los que pertenecer, y si un grupo se disuelve, buscan otro. Seguimos siendo animales de grupo, y eso no tiene nada de malo. Pero lo peligroso no es la pertenencia a un grupo, o grupos, sino no entender las leyes sociales que rigen los grupos y nos rigen a nosotros.

Cuando estamos en grupo, tendemos a pensar como lo hace ese grupo: puede que incluso nos hayamos unido al grupo para encontrar personas «afines». Pero también descubrimos que nuestra forma de pensar cambia por pertenecer a un grupo. Es

lo más difícil del mundo mantener una opinión individual disidente, siendo miembro de un grupo...

Hay, en efecto, gloriosos individualistas que insisten obstinadamente en decir la verdad tal como la ven, pero la mayoría cede a la opinión mayoritaria, obedece al ambiente. Cuando se dice de forma tan mala, tan poco halagadora, como aquí, las reacciones tienden a ser de incredulidad: «Yo, con certeza que no cedería, digo lo que pienso...» Pero, ¿lo harías? Las personas que han experimentado muchos grupos, que quizás hayan observado su propio comportamiento, pueden estar de acuerdo en que lo más difícil del mundo es diferenciarse del grupo de compañeros o semejantes. Muchos coinciden en que entre nuestros recuerdos más vergonzosos está este: cuántas veces dijimos que lo negro era blanco porque lo decían los demás...

Este mecanismo de obediencia al grupo, no sólo significa obediencia o sumisión a un grupo pequeño, o a uno muy determinado, como una religión o un partido político. Significa, también, estar de acuerdo con esos colectivos de personas que puede que nunca piensen sobre sí mismos como si tuvieran una mente colectiva, porque saben las diferencias de opinión entre ellos, diferencias que, para la gente de fuera, de otra cultura, parecen muy menores. Las suposiciones y afirmaciones subyacentes que rigen el grupo nunca se discuten, nunca se cuestionan, probablemente nunca se advierten, siendo la principal precisamente esta: que se trata de una mente grupal, intensamente resistente al cambio, dotada de suposiciones sagradas sobre las que no puede haber discusión...

¿De verdad no ven cómo repiten lo que dice cada uno? Uno puede observar cómo una idea o una opinión, incluso una frase, surge y se repite en cien reseñas, críticas, conversaciones — y luego desaparece. Pero mientras tanto, cada individuo que ha

repetido valientemente esta opinión o frase ha sido víctima de una compulsión a ser como los demás, y esto no ha sido nunca analizado, o no por ellos mismos. Aunque la gente de fuera puede verlo fácilmente... Por supuesto, hay mentes originales, gente que sigue su propia línea, no cae víctima de la necesidad de decir, o hacer, lo que todo el mundo hace. Pero son pocos. Muy pocos. De ellos depende la salud, la vitalidad de todas nuestras instituciones...

Una vez que hemos aprendido a ver este mecanismo en funcionamiento, podemos darnos cuenta de lo poco que hay en la vida que esté libre de él. Casi todas las presiones del exterior son en términos de creencias de grupo, necesidades de grupo, necesidades nacionales, patriotismo y exigencias de lealtades locales, como a tu ciudad y a grupos locales de todo tipo. Pero más sutiles y más exigentes —más peligrosas— son las presiones internas, que te exigen que te conformés, y estas son las más difíciles de vigilar y controlar... Por un lado hay gobiernos que manipulan, por otro lado hay gente que habla de democracia, *freedom*, *liberty* y el resto de estas cosas, como si estos valores se crearan y mantuvieran simplemente hablando de ellos, repitiéndolos a menudo. ¿Cómo es que los llamados movimientos democráticos no se preocupan de instruir a sus miembros en las leyes de la psicología de la multitud, la psicología del grupo? Cuando pregunto esto, la respuesta es siempre una reticencia incómoda y remilgada, como si el tema fuera realmente de muy mal gusto, desagradable, irrelevante. Como si todo fuera a desaparecer si se ignora. Así que en este momento, si observamos, alrededor el mundo, la paradoja es que podemos ver esta nueva información siendo estudiada con avidez por los gobiernos, los dueños y usuarios del poder — estudiada y puesta en práctica. Pero la gente que dice que se opone a la tiranía, literalmente no quiere saber.

CONCEPCIÓN ARENAL

La instrucción del obrero, capítulo 1 (1892)

La cuestión social, como la llaman, y que, lejos de ser una, son muchas, es en gran parte cuestión pedagógica, porque para las colectividades, como para los individuos, en la manera de ser influye la manera de pensar, y en la de pensar, la de saber.

Se mencionan y discuten diferentes crisis que tienen más o menos influencia en el bienestar del obrero: crisis financiera, crisis monetaria, crisis comercial, crisis industrial; pero no se habla de la crisis intelectual que existe, y es factor poderoso de los problemas sociales...

La iniciación intelectual del pueblo, hay que repetirlo y recordarlo, es un hecho, bueno o malo, fatal o providencial, pero un hecho de que el pedagogo no puede prescindir. Se dice muchas veces que las muchedumbres se extravían porque tienen malas ideas, y más exacto sería decir que por tener pocas se apartan del buen camino.

El que discurre con pocas ideas es fácilmente avasallado por una; de lo cual resultan deformidades intelectuales algo semejantes a las del cuerpo que tiene una parte excesivamente desarrollada y el resto escuálido y raquítico. En el individuo, decir dominado por una idea fija equivale a decir trastornado; lo mismo acontece en las colectividades cuando el equilibrio intelectual no puede establecerse por falta de los elementos necesarios para formarle.

Estos desequilibrios no son peculiares de las muchedumbres, sino que en ellas se prolongan más y se manifiestan de un modo más ostensible. Por desequilibrio intelectual se promulga

una ley injusta, se pone en práctica, y si la injusticia no pasa del todo desapercibida, al menos no produce escándalo ni ruido. Por desequilibrio intelectual se opone resistencia a una ley justa (caso mucho más raro que el anterior), y de esta resistencia, si es popular, resultan asonadas y motines y desmanes que hacen el error más ostensible y sus consecuencias más temidas. Así, pues, la mala influencia de las pocas ideas es más ostensible en el que tiene menos, pero real en todo el que no tiene bastantes...

Con unas cuantas leyes se remedia todo esto, suponiendo el caso, más favorable, de que no quiera remediarse a tiros... De que el pueblo no tenga bastantes ideas para juzgar bien en cuestiones económicas ni pueda abstenerse de juzgar, resulta otro inconveniente grave: y es que da pábulo a los desvaríos de los simplificadores teóricos. Prescindiendo de los muchos que en su interés explotan la ignorancia, hay no pocos que encuentran en ella un fermento para sus ideas quiméricas y vanas ilusiones; soñadores de buena fe, que no soñarían tanto si su imaginación, en vez de la credulidad que la sostiene y excita, encontrase el buen sentido que la enfrenara; toda colectividad extraviada contribuye más o menos a extraviar a los que la extravían...

Los obstáculos no se suprimen por ignorarlos, pero el ignorante suele dar por suprimidos los que ignora.

EDWARD ALSWORTH ROSS

***The Mob Mind* (1897)**

Un hombre expectante o excitado se entera de que mil de sus conciudadanos han caído presa de cierto sentimiento potente, y se encuentra con la expresión de este sentimiento. Cada uno de estos ciudadanos se entera de cuántos otros sienten lo mismo que él. Cada etapa en el crecimiento consecuente de este sentimiento en extensión e intensidad es percibida, y así se fomenta la simpatía y la disposición a ir con la masa. ¿No obtendremos inevitablemente, por esta serie de interacciones, esa mirada de «fuera» que caracteriza al átomo humano en la turba?

El boletín, el rumor que se pasea, «el hombre de la calle» y la fácil aglomeración para hablar o arengar abren esos caminos entre las mentes y preparan esos contactos que permiten a la masa ambiental presionar casi irresistiblemente sobre el individuo. Pero, ¿por qué debe limitarse este fenómeno a la gente apiñada en unos pocos kilómetros cuadrados de suelo urbano? El contacto mental no está ligado a la proximidad. Con el telégrafo para recoger y transmitir las expresiones y signos del estado de ánimo dominante, y el correo rápido que apresura a las ansiosas garras de miles de personas que esperan las hojas aún húmedas del diario matutino, las personas remotas son llevadas como si estuvieran en presencia unas de otras. A través de sus órganos, el público excitado es capaz de asaltar al individuo con una masa de sugestión casi tan vívida como si estuviera realmente en medio de una inmensa muchedumbre.

Antes, en un día, una conmoción podía provocar la fiebre hasta en un radio de unas cien millas alrededor de su punto de

origen. Al día siguiente podría agitar la zona más allá, pero mientras tanto el primer cuerpo de gente se habría enfriado y estaría dispuesto a escuchar a la razón. Y así, mientras una ola de excitación pasaba lentamente sobre un país, toda la masa popular no se encontraba en ningún momento en el mismo estado de agitación. Sin embargo, ahora, nuestros dispositivos de aniquilación espacial, al transmitir una conmoción sin pérdida de tiempo, la hacen casi simultánea. Un vasto público comparte la misma rabia, alarma, entusiasmo u horror. Entonces, a medida que cada parte de la masa se familiariza con el sentimiento de todos los demás, el sentimiento se generaliza e intensifica. Se produce un aumento de la temperatura emocional, lo que conduce a una reacción similar. Al final, el público se traga la individualidad del hombre ordinario, como la muchedumbre se traga la voluntad de sus miembros.

Es evidente que, en cuestiones de política, este consenso instantáneo de sentimientos u opiniones es perjudicial si se traduce en una acción inmediata. Antes, la lentitud necesaria para enfocar y determinar la voluntad común aseguraba la pausa y la deliberación. Ahora, la rápida aparición de un sentimiento masivo amenaza con traicionarnos hacia medidas impulsivas o poco meditadas. Calores y arrebatos repentinos reemplazan la reflexión y el acuerdo; y con ello aumenta la impaciencia ante los controles y la maquinaria que impiden al público dar efecto inmediato a su voluntad. A medida que el funcionamiento del gobierno representativo se vuelve así menos torpe, desaparece parte de esa sana deliberación que ha distinguido a la democracia indirecta de la directa.

ALEXANDRE DELEYRE

Fanatismo (artículo de la *Enciclopedia*, 1751; edición condensada por Voltaire para la sección primera de su ensayo en el *Diccionario Filosófico*)

Fanatismo. Es el efecto de una falsa conciencia que somete la religión a los caprichos de la imaginación y a los desvaríos de las pasiones.

Generalmente surge cuando los legisladores tuvieron una visión demasiado estrecha, o porque sobrepasaron los límites que ellos mismos se fijaron. Sus leyes no se hicieron más que para una sociedad elegida. Extendidas por fervor religioso a todo un pueblo, y transportadas por ambición de un clima a otro, las leyes debían haberse cambiado y adaptado a las circunstancias de los lugares y los pueblos. Pero ¿qué pasó? Que ciertos espíritus de carácter parecido al del pequeño rebaño para el que fueron hechas las recibieron con el mismo calor, y en vez de ceder una letra, se convirtieron en sus apóstoles e incluso en sus mártires. Los otros, por el contrario, menos ardientes, o más apegados a los prejuicios de su educación, lucharon contra el nuevo yugo, y no consintieron en abrazarlo hasta que fuera suavizado; y de ahí el cisma entre los rigoristas y los moderados, que los pone a todos furiosos: a unos por la servidumbre y a otros por la libertad.

Imaginemos una inmensa rotonda, un panteón con mil altares; y, colocado en medio de la cúpula, figurémonos un devoto de cada secta, extinta o existente, a los pies de la divinidad que honra a su manera, en todas las formas bizarras que la imaginación ha podido crear. A la derecha, un contemplativo tendido en una estera, ombligo al aire, esperando que la luz celeste

venga a investir su alma. A la izquierda, un energúmeno prostrado que golpea su frente contra la tierra para hacer brotar la abundancia. Allá, un saltimbanqui que baila sobre la tumba de aquel a quien invoca. Acá, un penitente inmóvil y mudo como la estatua ante la que se humilla. Uno muestra lo que el pudor oculta, porque Dios no se avergüenza de su semejanza; otro cubre incluso su rostro, como si el obrero sintiera horror por su obra. Otro le da la espalda al sur, porque ése es el viento del diablo; otro extiende los brazos hacia el oriente, donde Dios muestra su rostro radiante. Jovencitas en lágrimas magullan su carne aún inocente para apaciguar al demonio de la lujuria, por medios capaces de irritarlo; otras, en una postura completamente opuesta, solicitan los acercamientos de la Divinidad. Un joven, para amortiguar el instrumento de la virilidad, se ata anillos de hierro de un peso proporcional a su fuerza; otro detiene la tentación en su origen mediante una amputación completamente inhumana, y cuelga en el altar los despojos de su sacrificio.

Veámoslos a todos salir del templo, y, llenos del dios que los agita, esparcen el miedo y el engaño sobre la faz de la tierra. Se reparten el mundo entre ellos, y pronto el fuego se enciende por los cuatro extremos; los pueblos escuchan, y los reyes tiemblan. El imperio que el entusiasmo de una sola persona ejerce sobre la multitud que la ve o la escucha, el calor que los espíritus reunidos se comunican entre sí, todos estos movimientos tumultuosos, aumentados por la agitación de cada individuo, causan en poco tiempo un vértigo general. Basta que un pueblo sea encantado por unos cuantos impostores, la seducción multiplicará los prodigios, y todo el mundo se perderá para siempre.

El espíritu humano, una vez que ha abandonado los senderos luminosos de la naturaleza, ya no vuelve a ellos; deambula alrededor de la verdad sin encontrar más que destellos de luz, que, mezclándose con el falso brillo con el que lo rodea la superstición, terminan por hundirlo en las tinieblas.

Es espantoso ver cómo la opinión de apaciguar al cielo mediante la masacre, una vez introducida, se ha extendido universalmente en casi todas las religiones, y cómo los motivos de este sacrificio se han multiplicado hasta el punto de que nadie puede escapar al cuchillo. A veces hay que sacrificar a los enemigos al dios Marte, exterminador, como los escitas que degollaban al 1% de sus prisioneros en sus altares, y por esta costumbre de la victoria podemos juzgar la justicia de la guerra — en otros pueblos, la guerra sólo se hacía para tener lo suficiente para proveer a los sacrificios; de suerte que, habiéndose instituido inicialmente, según parece, para expiar los horrores, finalmente sirvieron para justificarlos.

A veces un dios bárbaro demanda como víctimas sólo hombres justos: los getas competían por el honor de llevar los deseos de su patria a su dios Zalmoxis. El que tenía la feliz suerte de ser destinado al sacrificio era lanzado a fuerza de brazos sobre unas lanzas empinadas. Si recibía un golpe mortal al caer sobre las picas, era un buen augurio para el éxito de la negociación y para el mérito del diputado; pero, si sobrevivía a su herida, era un villano con quien el dios no tenía ningún trato.

A veces los dioses piden de vuelta la vida que acaban de donar a los niños: una justicia hambrienta de sangre de la inocencia, dice Montaigne. A veces es la sangre más cara: los cartagineses sacrificaban sus propios hijos a Saturno, como si el tiempo no los devorara lo suficientemente pronto. A veces es la sangre más hermosa: la misma Amestris que hizo clavar en la

tierra a doce hombres vivos para obtener de Plutón, mediante esta ofrenda, una vida más larga, esta Amestris sacrifica incluso también a esta divinidad insaciable catorce niños pequeños de las casas más importantes de Persia, porque los sacerdotes siempre han hecho comprender a los hombres que deben ofrecer en el altar lo máspreciado que tienen. Es sobre este principio que, en algunas naciones, se sacrificaban a los primogénitos, quienes, entre otras cosas, eran rescatados con ofrendas que eran más útiles para los ministros del sacrificio. Esto es, sin duda, lo que implantó en Europa la práctica de varios siglos de consagrar al celibato a los niños a partir de los cinco años, y la de encerrar en el claustro a los hermanos del príncipe heredero, mientras en el Asia los degollaban.

A veces es la sangre más pura: ¿no hay indios que se muestran hospitalarios con todos los hombres, y que se empeñan en matar a cualquier extranjero virtuoso o erudito que pase por su tierra, para que sus virtudes y talentos permanezcan con ellos? A veces es la sangre más sagrada: entre la mayoría de los idólatras, son los sacerdotes los que hacen de verdugos en el altar; y los siberianos matan a los sacerdotes para enviarlos al otro mundo a rezar por el pueblo.

Pero aquí hay otros furores y otros espectáculos. Toda Europa pasa al Asia por un camino inundado con la sangre de los judíos, que se degüellan para no caer en el hierro de sus enemigos. Esta epidemia despobló la mitad del mundo habitado: reyes, pontífices, mujeres, niños y ancianos se rindieron al vértigo sagrado que hizo que innumerables naciones se degollaran durante dos siglos sobre la tumba de un Dios de paz. Fue entonces cuando vimos oráculos mentirosos y ermitaños belicosos; monarcas en los púlpitos y prelados en los campamentos; todos los estados perdidos a manos de una gentuza

insensata; montañas y mares atravesados; posesiones legítimas abandonadas para volar a conquistas que ya no eran la tierra prometida; la moral corrompida bajo un cielo extranjero; príncipes, después de haber despojado sus reinos para recomprar un país que nunca les había pertenecido, terminaron de arruinarlos para su rescate personal; miles de soldados perdidos bajo varios jefes, sin reconocer a ninguno de ellos, apresurando su derrota con la desertión; y esta enfermedad sólo terminó por dar paso a un contagio aún más horrible.

El mismo espíritu de fanatismo alimentó la furia de las conquistas lejanas: apenas Europa reparó sus pérdidas, el descubrimiento de un nuevo mundo aceleró la ruina del nuestro. África y Europa se agotaron en vano para repoblarlo; enervada la especie por el veneno del oro y del placer, el mundo se encontró desierto, y amenazado de estarlo cada día más por las continuas guerras encendidas en nuestro continente por la ambición de extenderse a esas islas extranjeras.

Contemos ahora los millares de esclavos que el fanatismo hizo, ya en Asia, donde la falta de circuncisión era una mancha de infamia; ya en África, donde el nombre de cristiano era un crimen; ya en América, donde el pretexto del bautismo sofocaba la humanidad. Contemos los millares de hombres que hemos visto perecer en la horca en siglos de persecución, o en guerras civiles a manos de sus conciudadanos, o por sus propias manos por excesiva maceración. Recorramos la faz de la tierra, y después de ver a simple vista tantos estandartes desplegados en nombre de la religión, en España contra los moros, en Francia contra los turcos, en Hungría contra los tártaros; tantas órdenes militares fundadas para convertir a los infieles con la espada, degollándose unos a otros al pie del altar que supuestamente defendían, apartemos la vista de este espantoso

tribunal levantado sobre los cadáveres de los inocentes y los desgraciados para juzgar a los vivos como Dios juzgará a los muertos, pero con una balanza muy distinta.

En una palabra, todos los horrores de quince siglos repetidos varias veces en uno solo, pueblos indefensos masacrados al pie de los altares, reyes apuñalados o envenenados, un vasto Estado reducido a la mitad de su tamaño por sus propios ciudadanos, la nación más belicosa y pacífica dividida de sí misma, la espada desenvainada entre hijo y padre, usurpadores, tiranos, verdugos, parricidas y sacrílegos, violando todas las convenciones divinas y humanas con un espíritu religioso: esta es la historia del fanatismo y de sus hazañas.

FINIS

Notas al PDF:

Todas las lecturas del bonus tienen su propio contexto en la web de Conectorium, donde algunas son, además, extractos más largos. También en la web, los contextos de algunas de las lecturas principales son un poco más extensos.

Si te gustó este libro, compartí este PDF con quien querrás.

Si querés compartir alguna lectura específica, aquí te dejamos todos los links:

<https://www.conectorium.com/nassim-nicholas-taleb-un-choque-entre-dos-sistemas-recap-de-la-guerra-en-ucrania/>

<https://www.conectorium.com/george-orwell-sobre-la-libertad-de-prensa/>

<https://www.conectorium.com/bertrand-russell-el-librepensamiento-y-la-propaganda-oficialista/>

<https://www.conectorium.com/hannah-arendt-que-es-la-libertad/>

<https://www.conectorium.com/george-orwell-notas-sobre-el-nacionalismo/>

<https://www.conectorium.com/voltaire-sobre-el-fanatismo/>

<https://www.conectorium.com/benjamin-brodie-psicologia-opiniones-y-fanatismo/>

<https://www.conectorium.com/agnes-replier-sobre-la-opinologia/>

<https://www.conectorium.com/john-stuart-mill-sobre-el-cancel-culture/>

<https://www.conectorium.com/epicteto-sobre-la-libertad/>

<https://www.conectorium.com/john-gray-la-libertad-y-los-salvadores/>

<https://www.conectorium.com/nietzsche-del-camino-del-creador/>

<https://www.conectorium.com/doris-lessing-la-libertad-y-el-pensamiento-grupal/>

<https://www.conectorium.com/concepcion-arenal-la-instruccion-del-obrero/>

<https://www.conectorium.com/edward-alsworth-ross-la-turba-y-la-tecnologia/>

<https://www.conectorium.com/deleyre-voltaire-y-el-fanatismo/>

conectorium.com/ alabanza-y-menosprecio-de- la-libertad-y-la-democracia

Una serie sobre las cadenas
que tenemos y que no vemos.

Sobre las causas y los peligros
del cancel culture y la censura;
los nacionalismos, los idealismos,
los fanatismos y todos los ismos;
la opinología y la propaganda;
y la polarización política.

Spoiler alert: la libertad y
la democracia costaron sangre;
hoy el riesgo es el retorno
de los autoritarismos.

Con ensayos de:

Voltaire
George Orwell
Agnes Repplier
Nassim Nicholas Taleb
Benjamin C. Brodie
Bertrand Russell
Hannah Arendt

Y extractos
de varios más